

REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1884

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,

Libertad, 16 duplicado, bajo

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO X—TOMO XLIX

ENERO—FEBRERO 1884



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS



INCURSIÓN POR LA BOTANICA

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.

(VIRGILIO.)



L mundo de las plantas presenta á la vista del atento observador que le estudia, maravillosos encantos y misterios de una organización complicada y no bien conocida. Todo, en la armonía con que cielos y tierra entonan el eterno hosanna, produce admiración y ofrece motivos para que el espíritu medite: lo infinitamente grande, como lo infinitamente pequeño; la vía láctea con los sinnúmeros astros que la forman, como el animalillo microscópico, que nace, vive, se reproduce y muere en el espacio de muy pocos segundos. Son tantas y tales las trasformaciones de la materia, influída por la fuerza vital, cuya realidad es indudable, aunque su esencia íntima se ignore, que ni aun con la imaginación puede abarcarse tan inmenso conjunto, en que parece se hallan un infinito dentro de otro infinito, y en admirable concierto, cumpliéndose siempre é invariablemente las leyes que impuso el sublime Arquitecto de tan grande obra.

¿Progresará el hombre indefinidamente? ¿Llegará una época, más ó menos remota, en que acierte á darse cuenta de las causas que originan cuanto cae bajo sus sentidos? Creemos que no; su perfectibilidad es limitada, como su inteligencia; hay en el fondo de cuantos problemas se propone resolver algo que pone obstáculos insuperables á su esfuerzo por la posesión de la verdad.

Muchas pruebas podríamos aducir en apoyo de nuestra opinión; pero nos fijaremos principalmente en lo que dice el sabio botánico Mr. Duchartre, respecto á la fecundación de las plantas, cuya erudita narración vamos á exponer.

La historia de las ideas y observaciones relativas á la fecundación de las plantas comprende tres períodos, que marcan la serie de los progresos efectuados poco á poco en el conocimiento de tan notable fenómeno. El primer período comienza en la antigüedad griega y termina en los últimos años del siglo XVII, con la publicación por Camerer de su famosa carta á Valentini sobre los sexos de las plantas; el segundo período se extiende hasta el descubrimiento efectuado por Amici y Brogniart, hace unos cincuenta años, de la formación del tubo polínico; el tercer período, que alcanza hasta nuestros días, comprende los últimos cincuenta años, en que numerosas y atentas investigaciones han permitido seguir el fenómeno en casi todos sus detalles. He aquí como los describe Duchartre:

Primer período.—Los griegos, y después los romanos, tuvieron algunas ideas sobre la existencia de sexos en ciertas plantas, particularmente las dióicas, á causa de las prácticas que la experiencia había enseñado á los labradores. En efecto, Herodoto refiere que los babilonios distinguían los pies machos y los pies hembras, entre las palmeras, y que, como hoy hacen los árabes, cogían el polen de los primeros para exparcirlo sobre el espádice de las segundas. Los poetas latinos y Plinio nos enseñan que los romanos habían aprendido de los griegos nociones bastante precisas respecto á la palmera, y un corto número de otras especies dióicas y aun de algunas monóicas; por lo tocante á las plantas hermafro-

ditas, parece que sólo conocían que la producción de frutos era en ellas consecuencia de la floración (1).

La Edad Media no agregó ningún conocimiento nuevo á los que ya tenían los antiguos, y es necesario llegar á la segunda mitad del siglo XVII para ver que las nociones sobre los sexos de las plantas se desprenden de incertidumbres y errores. Efectivamente, en esta época fué cuando Bobart probó que el pistilo no se convierte en fruto sin la acción del polen, y que Grew, 1685, admitió la existencia de dos sexos en las plantas, así como la necesidad, para la formación de una semilla, de la acción del polen sobre el pistilo que contiene el óvulo, cuyo micrópilo había descubierto. Muchas dudas quedaban todavía respecto á las partes de las flores que representaban los dos sexos y su acción respectiva, cuando Camerer publicó en 1694 su carta á Valentini en la que se expresaba en términos más categóricos que sus predecesores y contemporáneos.

Segundo período.—Camerer declaró que las anteras son la parte fundamental de la flor y la constituyen si falta la corola, cuya importancia es secundaria. Distinguió perfectamente las flores masculinas y las femeninas en un gran número de plantas monóicas y dióicas; notó que los estambres y estilos están unas veces reunidos en una misma flor, otras en ramas diferentes de un mismo pie y hasta en pies distintos; afirmó que, sin dichos órganos, ninguna planta puede dar semilla, ó que si faltan las anteras no hay fruto posible.

Otro escrito de gran interés para la historia de los conocimientos sucesivamente adquiridos en el papel de los órganos reproductores es el *Discours sur la structure des fleurs, leurs*

(1) Quotque in flore novo pomis se fertilis arbor
induerat, totidem autumnno matura tenebat.

(Virg., *Geórg.*)

Si bene floruerint segetes erit area dives;
Si bene floruerit Vinea Bacchus erit;
Si bene floruerint Oleæ nitidissimus annus, etc.

(Ovidio, *Fast.*)

differences et l'usage de leurs parties, pronunciado el 10 de julio de 1717, por Sebastián Vaillant, en la apertura del curso en el Jardín de Plantas. Todos los órganos florales están descritos y denominados; su papel se indica en términos tan precisos, que parece no queda por dilucidar más que la manera propia é íntima, según la cual los granos de polen al llegar al estigma hacen sentir su influencia á los óvulos contenidos en el ovario. En efecto, hallándose ya entonces fuera de duda la necesidad del polen, faltaba determinar en qué consistía su acción, y Samuel Morland expuso la idea de que los granos de este polvillo pasaban al través del estilo, llegaban al ovario y penetraban en los óvulos. Vaillant rechazó esta hipótesis, sustituyéndola por otra, á la que no podían hacerse las objeciones deducidas de las dimensiones relativas de las diferentes partes y de la observación directa, que se habían formulado contra la teoría del sabio inglés. «Los estilos—decía—trasmiten á los huevecillos, no los granos de polvo, sino solamente el vapor ó espíritu volátil que, desprendiéndose de los granos de polvo, va á fecundar los huevos.»

Tal era el estado de los conocimientos á principios del siglo XVIII, respecto á los órganos de la flor y su papel; sin embargo, aun entonces el célebre Tournefort profesaba ideas muy extrañas, que adoptaron también Pontedera y otros botánicos. Es un hecho curioso que la realidad del fenómeno de la fecundación, así como la sexualidad de las plantas, no solamente los hayan combatido, en el siglo pasado Siegesbeck (1737), y Heister (1748), sino que hasta en época más reciente los negaran Schelver (1812) y Henschel (1820), que han tratado de probar que el polen, al llegar al estigma, se reduce á mortificarlo, determinando una acumulación de savia en el ovario y su consiguiente desarrollo en fruto.

Linneo, en 1735, en sus *Fundamenta botanica* (edición de Amsterdam) reunió un gran número de hechos, que demostraban la sexualidad de las plantas; y fundando en los órganos reproductores su sistema de clasificación del reino vegetal, que obtuvo tan inmensa voga, llamó la atención hacia dichos órganos, hasta el punto de que se ha creído poder atribuirle el descubrimiento de la fecundación.

Durante todo el resto del siglo XVIII y los primeros años del XIX, fueron agregándose hechos á los que ya se poseían; pero si la realidad de la fecundación se admitía sin controversia, era aún desconocida la marcha del fenómeno. A las hipótesis de Morland y Vaillant había sucedido la no menos errónea, que se basaba en la explosión de los granos de polen en el agua y la expulsión de la fovila, indicada por Bernardo de Jussieu (1739), y, sobre todo, por Needham (1745). Consistía en admitir que los granos se abrían sobre el estigma y lanzaban la fovila, que absorbida por este órgano, recorría después todo el pistilo para llegar á los óvulos y fecundarlos.

Tercer período.—En 1822, Juan B. Amici, célebre óptico y hábil observador, de Módena, hizo un descubrimiento, que fué el primer paso en la determinación de la marcha real de la fecundación (1). Vió que sobre el estigma aterciopelado de la *Portulaca oleracea*, L., un grano de polen emitía una especie de tubo muy fino, trasparente, que se extendió á lo largo de un pelo estigmático, adhiriéndose á él en toda su longitud. En este tubo, que no era otra cosa que el *tubo polínico*, comprobó una circulación de gránulos; observando un movimiento análogo en las células del estigma. Al cabo de tres horas desaparecieron los gránulos, sin que pudiera determinar Amici á dónde se habían ido. Esta observación, evidentemente incompleta, no hubiera hecho adelantar á la ciencia, bajo este respecto, mucho más que las de otros botánicos que habían ya visto y hasta representado el tubo polínico, sin adivinar su origen ni menos su papel, como Gleichen, en 1781; Richard, en 1814, y F. Bauer en sus estudios de algunas orquídeas. Afortunadamente, aquel hecho aislado fué un rayo de luz para Mr. Brogniart (2), que lo tomó por punto de partida de una serie de investigaciones, quien en una Memoria

(1) Amici (J. B.), *Osservazioni microscopiche sopra varie piante* (*Atl. della Soc. ital. d. Scienze in Modena*, XIX, 1823, pág. 23).

(2) Brogniart (Ad.), *Mémoire sur la génération et le développement de l'embryon dans les végétaux phanérogames* (*Ann. des Sc. nat.*, 1.^a serie, XII, 1827, 143 págs. y 11 laminas).

fundamental, presentada á la Academia de Ciencias de París el 26 de diciembre de 1826, pudo decir: «En todos los polens que cuidadosamente he examinado, he visto que, después de permanecer sobre el estigma un tiempo más ó menos considerable, presentaban un apéndice, de longitud variable, formado por una membrana, sumamente fina y trasparente, que salía evidentemente del interior del grano de polen por una abertura accidental ó por un agujero particular practicado en la membrana externa. Este apéndice contenía un gran número de granillos polínicos, y era, sin duda, una expansión de la membrana interna del grano de polen.» Mr. Brogniart es, por lo tanto, el primero que ha comprendido la gran importancia del tubo polínico, y que le ha visto penetrar profundamente en el tejido del estigma. Brogniart vió que el tubo polínico penetraba entre los utrículos; pero desgraciadamente no pudo seguirle en todo su trayecto, y admitió que, abriéndose por su extremidad en el interior de los tejidos del estigma, vertía la fovila, que se encaminaba desde allí, por los intervalos de las células del tejido conductor, hasta el ovario y los óvulos donde efectuaba la fecundación.

Algunos años más tarde se ha seguido al tubo polínico en toda la extensión del estilo, en la cavidad del ovario y hasta en el interior del óvulo. Las investigaciones de Schleiden, Fritzsche, H. Mohl, Hofmeister, Tulasne, Deecke, Schacht, Henfrey, Radlkofer, etc., han completado los conocimientos sobre la marcha de la fecundación. Mas ved lo que ocurre: llega á determinarse hasta la distinta velocidad con que en las diferentes especies camina el tubo polínico desde su formación; se le sigue, y se le ve penetrar por el micrópilo, para lo que manifiesta notable fuerza instintiva, y conseguido esto, cuando ya parecía completo el triunfo y explicado el fenómeno, se presenta la dificultad insuperable de inquirir cuál pueda ser la acción de la extremidad del tubo polínico sobre las vesículas embrionales, de las que está separado por una membrana que no se modifica visiblemente. Y faltando ya la base, comiéntase á divagar por el peligroso campo de las hipótesis, ingeniosas sin duda, pero muy lejanas quizás de lo cierto.

¡Qué hermoso mundo es el mundo de las plantas! ¡Cuánto tiempo ha vivido el hombre sin conceder á esos séres los cuidados que exigen, creyéndolos don gratuito de la naturaleza, maná que podía saborearse sin ningún desvelo por su conservación! Mundo silencioso y solitario, hermosísima alfombra que cubre la tierra y forma con el azul del cielo tan encantador paisaje que no han podido fijarlo en el lienzo los más ilustres pintores. Abruma el pensamiento el considerar sólo el infinito número de individuos que lo constituyen, desde la gigantesca *Wellingtonia*, cuya copa se pierde en las nubes á cien metros de altura, y los retorcidos *Calamus* de mil varas de longitud, hasta el musgo y el liquen que cubren de tintas verdosas la abandonada torre señorial, ó las algas que flotan ligeras en las aguas de murmuradores arroyuelos. Lo mismo que existen en los abrasados arenales del Africa y apagan con sus jugos la sed de la perdida caravana, y con su sombra la protegen de los ardientes rayos del sol y la cubren y libran del temido *sirocco*, se encuentran también con tamaño reducido en las regiones de las nieves perpetuas.

Ellas contribuyen muy principalmente á conservar la atmósfera en condiciones á propósito para la vida animal. Durante el día, sus células que contienen clorofila, fijan el carbono para su nutrición y ponen en libertad el oxígeno; por lo que es grande el favor que les debemos, pues les debemos la vida, que tanto se ama cuanto más se deja, es decir, cuanto más próximo se halla el término de la peregrinación. Son las plantas vastos depósitos del calor solar que almacenan por su trabajo químico, asimilándoselo para su crecimiento, y que más tarde devuelven íntegro, pues como afirmó el infortunado Lavoisier, en la naturaleza nada se pierde, nada se crea.—Esas minas de hulla, de la que consume Londres anualmente seis millones de toneladas, ¿qué otra cosa son sino inmensos bosques antediluvianos, ocultos por los accidentes geológicos? Compréndese, exclama Flammarión, por qué un día en que rodó por primera vez la locomotora sobre los rails, dijese Stephenson á Buckland, que la contemplaba atónito: «¿Sabéis quién mueve esa pesada máquina? El sol, que hace más de dos millones de años enviara á la tierra con

sus rayos luminosos esa fuerza misma que hoy reduce á vapor el agua.»

Felices pueblos aquellos en que se concede al reino vegetal toda la importancia que merece, y se le estudia en sus diversas manifestaciones para procurarle cuantos medios de vida exige; pueblos en los que el árbol es sagrado y no se devastan los montes para cubrir una necesidad del momento, sin poner los ojos en el porvenir; espíritus mezquinos que tienen por mérito su osadía y por gloria su ignorancia.

Prueba la atención que se les da en países más dichosos que el nuestro, el que se hayan debatido las teorías más abstractas, y aun las que, de resolverse satisfactoriamente, hubieran producido como consecuencia exclusiva un triunfo científico. Conocida es de todos la marcada fijeza con que la raíz tiende hacia el centro de la tierra y el tallo hacia el cenit, constancia que se puso más de manifiesto por las experiencias de Duhamel y Dutrochet. Sembró una bellota en un tiesto aquel botánico, y, como de ordinario, la raíz descendió verticalmente y el tallo se dirigió en sentido inverso; dió vuelta al tiesto, y la planta se encontró invertida, y bien pronto la raíz formó un codo, dirigiéndose como antes hacia abajo, y, por su parte, el tallo hizo lo mismo para tomar su dirección normal. Cuantas veces cambió de posición el tiesto, se produjo igual fenómeno. La raíz para dar la vuelta, lo hace siempre por el lado opuesto á la luz, ocurriendo lo contrario con el tallo; además éste tarda más tiempo que aquélla en encorvarse. Pues bien; á seguida se ha tratado de hallar explicación: Artruc, suponiendo que era debido á una acumulación de savia en la parte inferior del tallo que, alargándose más que la superior, forma una convexidad que le obliga á ergirse; Dodart, creyendo que el sol atrae al tallo y la tierra á las raíces; la Hire, imaginando que las raíces se dirigen al centro de la tierra arrastradas por el peso del jugo nutritivo, reducido á vapor en el tallo por efecto de la elaboración de la planta, suposición completamente gratuita; Darwin, atribuyéndolo á que la raíz penetra en tierra buscando la humedad, así dice en su *Phytologia*: «La plúmula es estimulada por el aire, y se alarga en el sentido (de abajo á

arriba) según el cual experimenta más viva excitación.» Quizás tenga alguna influencia esta causa, pues ha observado Duhamel que las plantas próximas á canales ó arroyos tienen sus raíces en dirección paralela al curso de las aguas. Knight refiere (1) que después de sembrar habas muy superficialmente en unos tiestos, los invirtió cuidando de ponerles un alambrado para contener la tierra sin impedir el paso á las raíces. Regó ligeramente, y observó que las raíces se extendieron horizontalmente en vez de ir hacia abajo, y pocos días después, produjeron numerosas raicillas que se desarrollaron hacia arriba, penetrando en la tierra hasta la mitad del tiesto. Lo que prueba que la tierra húmeda había alterado la dirección normal de las raíces.

Knight efectuó una experiencia en extremo curiosa: colocó en el contorno de una rueda vertical de 0^m,275 de diámetro algunos granos de judía, imprimiendo á la rueda un movimiento de rotación de más de 150 vueltas por minuto. Al cabo de algunos días, las plantitas, para las cuales se había sustituido la fuerza de la gravedad por la fuerza centrífuga, dirigieron sus tallos hacia el centro de la rueda y las raíces hacia fuera. Colocó encima de la primera otra rueda horizontal, imprimiéndola una velocidad que llegaba á 250 vueltas por minuto. Entonces las plantitas de ésta, que estaban sometidas á la acción de la gravedad que se ejercía verticalmente y á la fuerza centrífuga que actuaba horizontalmente, tomaron una dirección intermedia; dirigieron sus raíces y tallos, según una línea inclinada diez grados sobre la horizontal. Habiéndose disminuído después la velocidad de rotación hasta quedar reducida á 80 vueltas por minuto, se inclinó más hacia abajo la raíz y se irguió el tallo de cada planta, llegando á formar un ángulo de 45 grados. «Creo—dice Knight—haber probado que las raíces de las plantas que germinan, son determinadas á descender y los tallos á elevarse por alguna causa externa y no por una fuerza inherente á la vida vegetal; no hallo motivo para dudar de que en

(1) Knight, *On the direction of the growth of roots*; en *A selection*, etc.

este caso no sea la gravitación el principal, si no el único agente empleado por la naturaleza.»

Conviene añadir que, según Sachs, si la rueda vertical gira muy lentamente no dando más que una vuelta en 15 minutos, entonces la raíz y el tallo no obedecen ni á la gravedad, ni á la fuerza centrífuga, y se desarrollan sencillamente en la misma dirección en que se las fijó al aparato.

Ahora bien: ¿cómo la misma fuerza de la gravitación puede hacer que el tallo y la raíz tomen direcciones contrarias? No se ha dado hasta la presente explicación satisfactoria; tampoco se ha andado todo el camino en la solución de este problema.

Más importante, sin duda, hubiera sido poder determinar si las plantas poseen la facultad de elegir los alimentos que les convienen y de rehusar los perjudiciales, ó si, por el contrario, los absorben todos indistintamente. Adelantamiento grande en el complicado arte del cultivo hubiérase logrado al conseguir saber si los vegetales excretan al exterior por las raíces y qué sustancias son las excretadas. Apesar de que hace próximamente un siglo que Brugmans sometió á los botánicos este último punto, y aunque después Macaire, Chatin, Meyen, Garreau, Brauwiers, Goldman, Sachs, Unger, Walser y otros lo han estudiado con detenimiento y sagacidad, sábese únicamente hasta el día que la rotación de cosechas de De-Candolle no se apoya en nada cierto, habiéndose seguido porque la expuso tan ilustre maestro; que el genio, como el sol, ciega á sus satélites, y deslumbrados, copian sin someter al raciocinio su conducta.

Problema también de muy difícil solución es el darse cuenta clara de si las plantas sienten. Ante los fenómenos que presentan de movimientos curiosos y actitudes especiales, acostúmbrase decir que son causados por la irritabilidad de los tejidos, pero nunca por la sensibilidad, que suele rechazarse en absoluto como absurda hipótesis. Mas perdónesenos una pregunta: ¿dónde acaba la irritabilidad y empieza la sensibilidad? ¿Cuáles son los límites que las separan? Achaque antiguo en el hombre es el de tratar de engañarse con la aplicación de palabras que no expresan conceptos claros.

Confiécese que no se sabe de una manera fija el por qué del llamado *sueño de las plantas* (*Somnus plantarum*, de Linneo), y qué diferencias de constitución hacen sea tan pronunciado este fenómeno en unas, é imperceptible ó tal vez nulo en otras.

Cuando el sol declina en el horizonte y durante el crepúsculo, nótese que las hojas de determinadas especies, como las de la *Cassia floribunda*, Cav., mueven sus foliolos, que se aproximan considerablemente, movimiento que se manifiesta por lo general en las acacias, que como árboles de adorno suelen cultivarse en los jardines. ¿Y quién no ha oído hablar de la sensitiva (*Mimosa pudica*, L.), cuyos movimientos, además de los naturales y periódicos del sueño, tan fácilmente se originan, por el paso de una nube que oscurece la luz del sol, por el galopar á larga distancia de un caballo, ó por la excitación que un insecto la produce al posarse en sus hojas? ¿Quién ignora que basta tocar la extremidad de uno de sus foliolos para que todos los de la hoja y aun los de una rama, se plieguen como atemorizados por el imprudente que se ha permitido acercarse á la sensitiva?

No menos notables son los movimientos del *Hedysarum girans*, L. (*Desmodium girans*, DC.), curiosa especie descubierta en Bengala por lady Monson, y en la que su gran foliolo impar se mueve constantemente y los otros dos, de bastante menor magnitud, se hallan animados de una oscilación particular, en la que el vértice de cada uno describe una elipse cuyo plano es oblicuo al eje de la hoja.—Citaremos, por último, la *Dionæa Muscipula*, L., ó atrapa-moscas, que ha sido, juntamente con las *Drosera*, *Sarracenia* y *Nepenthes*, motivo para animadas controversias en las que Darwin, Hooker, Reess y Will lucen su ingenio y vasta erudición, pues discuten muy formalmente si hay ó no plantas carnívoras.

En 1866, Sigersan y Divers hicieron curiosas experiencias con la sensitiva, hallando notable relación entre los movimientos de esta planta y el sistema nervioso, y creyendo influya en su origen el magnetismo. Sigersan sufrió una impresión dolorosa, producida, al parecer, por su contacto con aquella planta, observándose que las contracciones de ésta

eran más rápidas y persistentes poniéndola en contacto con un cuerpo orgánico que con uno mineral.

Al terminar estos deshilvanados renglones, con que pretendemos complacer á D. José de Cárdenas, cuyos deseos son para nosotros órdenes, justo será que cedamos la palabra al inmortal Goëthe, poeta y naturalista, verdadero autor de la teoría de las metamórfofis, que en la actualidad casi universalmente se admite. Canta en una de sus bellas composiciones á la memoria de Schíller, glorioso hijo de Alemania, y dice elocuentemente:

«La hoja coloreada siente la mano divina y se contrae al modificarse. Sus tiernas formas se desenvuelven y se hallan destinadas á enlazarse: parecen graciosas parejas reunidas alrededor de sagrado altar. Himeneo las cubre con sus alas, y con las brisas esparcen aromáticos perfumes, que embriagan deleitosamente. Y entonces se convierten en semillas los numerosos gérmenes que encierra el ovario.

»Así, uniéndose un nuevo eslabón al que le precede, se continúa al través de los tiempos la misteriosa cadena y se conserva el conjunto como el individuo.

»Vuelve ahora, inolvidable amigo, tus miradas al torbellino que enrededor tuyo se agita, y no habrá confusión para tu espíritu: cada planta te anuncia leyes eternas; cada flor habla con lenguaje más claro, y si aciertas á leer en ellas los pensamientos de la divinidad, sabrás comprenderlas en todas partes y bajo cualquier forma que se presenten, lo mismo en la hiedra que sube abrazándose al añoso tronco que la sirve de sostén, como en la mariposa que alegre y voluble revolotea, ó en el hombre que disfraza con arte su verdadero pensamiento.»

R. ALVAREZ SEREIX.





COSAS DE MADRID

Continuación (I).

INFORMES DE UN TESTIGO.

1840 Á 1851



Á guerra civil llegaba á su término, y con él debía prometerse España una situación próspera cual nunca disfrutó. El mismo Código fundamental regía la Nación desde Calpe al Pirene, sin que la faja de territorio lusitano, separado contra el orden de la naturaleza del concierto peninsular, pudiera impedir su engrandecimiento, ni mucho menos el leopardo inglés aferrado en el Peñón á orillas del Estrecho. Cosas son estas de la fortuna que alteran poco el bienestar de los pueblos, y ninguno hay que no aspire á llevar sus fronteras adelante con objeto de regularizarlas.

Nada existía de la gloriosa y funesta herencia de Carlos V, semillero fecundo de incesante batallar durante dos siglos, y el asombroso imperio colonial americano de límites desconocidos, no absorbía la parte más activa é inteligente de la po-

(1) Véase la pág. 436 del tomo anterior.

blación española, para sepultarla en las pampas del Perú ó los herbazales del Amazonas, dejando á la patria común yerma y despoblada, á cambio de una riqueza efímera, cuales son los metales preciosos, si por obtenerlos se abandona el cultivo, la industria, el hábito del trabajo y hasta el comercio, trocado en agente de los extranjeros que han de suministrar hasta los elementos más indispensables á la vida.

Vaya enhorabuena tan aparente poderío, y quédense los grandiosos restos de nuestra inmensa dominación, tan ricos y bien situados, cual si la Providencia hubiera intervenido en ello, en provecho del país que sacrificado en obsequio del mundo cobró en ingratitudes.

Quédense, pues, las Antillas españolas, llaves del golfo de Méjico, como podrán serlo de ambas Américas, una vez abierto el istmo de Panamá; atiéndase con esmero al archipiélago filipino, establecido en la vía mejor del comercio extremo de Oriente, hoy más importante cuando los Imperios chino y del Japón despiertan de su largo sueño, con trazas evidentes de recobrar el tiempo perdido; consérvense factorías ó establecimientos en la costa del Africa Central, ya que otra cosa no sea posible en Fernando Poó y Annobón, y bien estamos con un pie sobre el territorio mauritano, pues eventualidades podrán ocurrir en que sea conveniente.

Si del fomento de tan importantes dominios se cuida, poniéndolos á salvo de un golpe de mano con bien entendidas obras de defensa, á falta de marina militar suficiente, España, segura de no ser conquistada y sin pretensiones de conquistadora, será más poderosa en población, riqueza y sólida influencia que lo fué en sus tiempos heroicos, si no lo es ya, apesar de cuantas dificultades se han opuesto á ello.

Se había realizado también en 1840 la desamortización civil y eclesiástica, constante deseo de las antiguas Cortes de Castilla, que desde el siglo XIV nunca dejaron de manifestar bajo una ú otra forma. No es mi propósito poner en claro si pudo haberse conseguido de modo más justo y conveniente que se verificó; sólo me cumple decir que, apesar de los perjuicios individuales, la reforma era urgentísima, si no habían de ser ilusorios los más sabios proyectos económicos para remediar lo

inculto de los campos, penuria y escasez de pobladores, y vicioso y rutinario del cultivo, males que en lo posible comenzaron á tener remedio.

Sólo así pudieron neutralizarse los males que sobrevinieron en cambio, á saber, un pronunciamiento militar á cada paso, apelando á cualquier pretexto, pues la causa aparente era lo de menos; los Ministerios á cortísimo plazo, alguno no llegó á contar veinticuatro horas, y sobre todo, los adelantos marchaban, apesar de los amigos officiosos del bien popular, empeñados en darle lo que no pedía, ni necesitaba, ni se le pasaba por las mientes apetecer; consecuencia de lo cual, ayudados sus aventureros patronos por la comisión de aplausos que nunca falta en tales casos, ponían al asendereado pueblo como á quien ajustan un vestido sin tomar medida, que si es estrecho se le rompe por las costuras, y si ancho se le cae de puro holgado.

En fin, era tan buena la situación en su índole que, apesar del cambio de Constituciones, reformas constitucionales y otras en perspectiva, y lo que es más, á través de la guerra civil, las mejoras urbanas de la capital comenzaron durante la lucha fratricida, continuando en progreso ascendente hasta el punto que hoy han llegado.

Cuatro personajes hay á quien Madrid está obligado á levantar estatuas. El primero Felipe II, que fué quien la elevó de enriscado villorrio á la condición de corte. Con Felipe III ha cumplido el concejo, por casualidad y como de mala gana, trasladando la estatua ecuestre de aquel Rey á la Plaza Mayor, que hizo edificar, después de establecida definitivamente la capitalidad. Al Marqués Viudo de Pontejos se le abrió un hueco en la pilastra de una fuente, y allí se cobijó el busto del ilustre iniciador de las mejoras locales, bajo la imitación del dios Término, obsequio que parecería agravio más que favor, á no suponer buena intención en quienes lo dispusieron, y con respecto á Bravo Murillo, algo se ha hecho tratando de consagrarle una estatua, en agradecimiento de haber dotado á Madrid de abundantes aguas, sin cuya circunstancia carecía la población de vida propia.

No citaré al Marqués de Salamanca, porque las vías férreas no se hicieron en beneficio de Madrid exclusivamente.

Como las preocupaciones vulgares cunden como la mala hierba, alguno encontrará reparo en las condiciones de tan dignos sujetos para escatimarles honores públicos, mas debe saber quien tal piense que las deudas por el bien recibido obligan á las almas nobles, no sólo por simpatía, sino aun á favor de un bozal de Angola, si á él se debe agradecimiento, cuanto más á tan excelentes varones, á no ser que el beneficiado sea alguno de esos para quienes la ingratitud es una prueba de la independencia del corazón, en cuyo caso está de más cuanto llevo dicho, pues nunca traté de entenderme con él.

A medida que el aspecto y modo de ser de la población cambiaba, las antiguas costumbres desaparecían, sin que las sustituyesen otras nuevas en el tráfago de los acontecimientos, resultando no tener ningunas entre las diversas situaciones que á cada paso creaban las reformas políticas y sociales en nuestro país.

La supresión de las órdenes religiosas, la abolición de los gremios, los cargos de diputados y concejales á que gran parte de los españoles podían aspirar, el infinito número de cesantes, las clases nobiliarias confundidas entre las demás en el Senado, Congreso, Ayuntamientos y hasta en la milicia nacional, y sobre todo una generación que se creía filósofa, pudo establecer algunos tipos originales, en mejor ó peor sentido; pero costumbres, caracteres propios de profesión, de clase, de estado, ninguno.

Entonces se vió lo que ya se había visto en la guerra de la Independencia; labriegos, estudiantes, médicos, jornaleros salir á campaña y dirigir soldados con inteligencia y destreza á punto de vencer en campo abierto á generales veteranos y tropas aguerridas; se vió á frailes de las comunidades más austeras mandar cuerpos de caballería, y no hace mucho á militares de crédito que habían figurado en el ejército español rezar devotamente el rosario en público de vuelta de una función de guerra.

Se vió más todavía. A escritores que nunca pisaron aula ninguna, exceder á los de mayores títulos universitarios en el libro, en la tribuna, en literatura dramática, y no en escala inferior, sino en primera línea, sin que nadie los excediese.

Bien conocido es su alto renombre; muchos pudieran contarse, mas presentes se hallan entre los versados en letras y gloria y prez son sus obras de la literatura castellana.

¿Será, por cierto, según oí no ha mucho á uno de los más entendidos generales, que la ciencia militar es patrimonio de todos los hombres de talento, ó quizá, según afirman otros, que en las escuelas sólo se aprenden las reglas para estudiar y nada valen sin el genio, ó mejor dicho, que los estudios provechosos comienzan cuando el aprendizaje acaba? ¿O por ventura estará invertido el orden natural en nuestro país?

No hay que pensarlo. En todas partes ha sucedido lo mismo. Dígase dónde aprendieron á ser grandes capitanes don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y el Marqués de Spínola; qué títulos universitarios tenían Cristóbal Colón, Franklin, Edison, y aun el mismo J. J. Rousseau, cuyas lucubraciones legislativas alcanzaron tanta boga. Les sobraba genio, y con él las reglas pronto se adquieren, cuando no se inventan mejores. Lejos de imaginar que entre nosotros se ha procedido de ligero actualmente. Hoy es y ninguno de esos señores se hallaría en condiciones de pretender un destino de tres mil pesetas, desprovisto de un título que le autorizase. No ha podido hacerse más para reglamentar la ciencia.

Estoy muy distante de pretender que se deje á los entendimientos agitarse en el vacío sin método ni plan concertado, compréndase bien; la inteligencia necesita apoyo para nacer, así como los niños quien dirija sus primeros pasos, por más que muchos, gracias á su excelente organismo, se alcen sin andadores á recorrer el camino de la vida.

Las sociedades en las ocasiones críticas, y cuando al espíritu humano se le permite libertad de acción, ofrecen muchos ejemplos de iniciativa individual, demostrando así que la sabiduría y el mérito no son exclusivos de enseñanzas, tiempos y clases determinadas. Esto aconteció en nuestro país con la transición laboriosa que se viene realizando casi desde principios del siglo, y como aún parece nos hallamos lejos de encontrar sólido fundamento, de ahí que las costumbres antiguas han desaparecido sin otras nuevas que las sustituyan.

Las tertulias de café, tan perjudiciales para la salud, han

sustituído á las antiguas reuniones nocturnas familiares; con esto el apartamiento de ambos sexos es mayor y las señoras tienen que buscar fuera de casa la distracción que en ella encontraban, á poca costa y mayor cultura para el trato social. Pocas son las diversiones y bailes que antes se llamaban caseiros. Preocupadas las gentes con las extensas revistas de recepciones y saraos que publican los periódicos, aumentado su brillo por la imaginación, aún se juzgan de más esplendor, sin embargo que lo son bastante, y sobre todo, ¿qué hija de Eva podrá leer con indiferencia el extenso catálogo de bellezas *esculturales, vaporosas* y radiantes de hermosura ideal, deslumbradoras con la rica pedrería que las minas del Brasil atesoran, desprendiendo de su abundosa cabellera de Ofir, ó negra como el ala de un cuervo, los más deliciosos perfumes de Arabia (léase París, casa de Mr. Violet) y adornando su airoso talle de ninfa con las preciadas telas *que envía á Europa el industrioso chino*, ó el indio ó el belga, con tal que cuesten mucho?

Dejando aparte los términos revesados con que suelen salpicarse tales descripciones, ilustradas con sus graciosas erratas, efecto de hallarse escrita medio en francés la reseña, no es posible, después de llegada á su noticia, que una mujer de clase media se atreva á dar un baile, y hace mal á fe en no conformarse con su fortuna cuando trate de buscar inocente recreo, pues ni el alegre solaz está vinculado en los capitalistas, ni la hermosura y gentileza son patrimonio de ilustre nacimiento, ni mucho menos se goza más cuando más se gasta, sino ateniéndose cada cual á su condición, y con esto y buena compañía las cosas irán bien, que perfectamente andaban cuando unas cuantas velas, un piano tocado alternativamente por los convidados y si acaso un violín, constituían lo necesario para hacer corta la noche en las funciones de la clase inferior.

Esto sí que está verdaderamente invertido, y el remedio se descubre muy remoto. No hay categorías en el exterior, y aspira á borrarlas en los gastos superfluos quien no puede soportarlos. La quimérica igualdad espartana se quiere realizar entre nosotros, pero en grado ascendente, es decir, subiendo á

igualar á los de alta esfera aunque sea arrastrando y á riesgo de caer en un cenagal.

Es cierto que ahora hay medios de adquirir que antes faltaban; convengo hasta cierto punto por amor á la paz; mas dudo guarde proporción el aumento que han tenido sueldos y jornales, ni las utilidades de la industria y comercio, con el afán que nos mortifica de extendernos donde no alcanza la manta.

Sobre todo, vamos á cuentas, que nunca es inútil hacerlo en circunstancias apuradas.

Antes de 1840 las dos libras de pan costaban en Madrid 8 cuartos, por término medio, ahora 48 céntimos; la carne 18 cuartos libra, hoy 100 céntimos; el tocino á 20 cuartos, ahora 100 céntimos, y así lo demás, sin contar los alquileres de las casas, muy bonitas sin duda, pero que por razón de embellecimiento han subido dos terceras partes en arrendamiento.

Dejo á la consideración del curioso á lo que han tenido que ascender los tributos; sólo trataré del llamado *subsidio industrial y de comercio*, impuesto al tráfico y la fabricación desde 1827.

Un rasgo pintará su historia.

Vivía años después un rico menestral encargado de las obras de los edificios de la real Hacienda, á más del Ayuntamiento. Discúrranse sus beneficios; mas lo que nadie pensará es que, echándola de patriota, dijese á sus contertulios cuando había recibido apremio por la contribución, que no pasaba de 20 reales por trimestre:—Ahí han traído la papeletita: un duro fuera del bolsillo. Así ya puede echar buen pelo,—continuaba refiriéndose á Fernando VII, para quien se creía era exclusivamente el importe de la contribución.

¿Cuánto pagará ahora un dueño de establecimiento en tales condiciones? Conteste quien pueda.

En verdad que son cuentas largas y mezquinas; pero así es la vida para los que no somos ricos; un refrán inglés dice: «Economiza los cuartos, que las onzas de oro se economizan por sí mismas.» Tengo á la vista un autor respetable y práctico de aquel país que refiere el hecho de un lord, que reducido por sus locos gastos á situación de vender su casa con muebles, se

ajustó con un comerciante á quien á pocos días fué á dar posesión en forma.—Echo de menos—dijo el comprador—algunos objetos que ví el otro día.—¡No hagáis caso de pequeñeces que nada valen!—repuso el gentleman con desprecio.—Por no hacer caso de ellos—replicó el comerciante—vendéis vuestra casa, que yo compro por haber atendido siempre á tales menudencias.

Ese afán de figurar que trastorna á la sociedad moderna, ese culto exagerado al oro del becerro, no al Becerro de Oro, que esto ya tendría algo de espiritual, es la plaga de nuestros días; de ella procede en gran parte la horrible locura del suicidio, de que hablaremos luego; de ella, como origen del escepticismo, la decadencia de las naciones, pues no ha existido pueblo grande, poderoso y viril, sin creencias firmes, que le hagan laudable el sacrificio, y de ahí tanto agitarse por sostener posiciones artificiales que destruyen la tranquilidad y sólo se alcanza su apariencia á costa de la honra.

No hay duda que las ventajas del tener son notorias, de fecha muy antigua. *Poderoso caballero es Don Dinero*—exclama Quevedo en uno de sus arranques de satírico despecho, y exagerando el concepto se dice también: *Dios es todo omnipotente y el dinero su teniente*; razón bastante, en tal convencimiento, para que la farándula y tramoya desempeñen gran papel en la historia íntima de la humanidad; pero entre el deseo de allegar caudal para darse vida ociosa y regalada, y querer competir con los favoritos de la fortuna, hay distancia inmensa. Sólo al célebre Cayo Julio se ha disimulado que diga: *O César ó nada*, y sin embargo, murió á puñaladas al pie de la estatua de su rival.

Pasando revista Federico II de Prusia en las inmediaciones de Berlín á un cuerpo de ejército, hizo notar el Rey á uno de sus ayudantes de mayor confianza la gran muchedumbre que se descubría.—Quisiera saber—contestó el oficial—de qué se mantiene tanta gente.—Yo te lo diré—repuso el monarca sin vacilar,—viven de engañarse unos á otros, y todos de engañarme.

Esto puede pasar cual propio de las flaquezas humanas y juicio de un filósofo; pero que haya entre las clases media y humilde quien renuncie á las costumbres que le impone su es-

tado, por no serle posible imitar á los magnates y próceres, es cosa de que no se sabe si reir ó compadecer.

El tipo y carácter genérico del pueblo madrileño se ha perdido. Hoy no existe, bien sea por el cosmopolitismo provincial de que se compone, ó ya más particularmente por el cambio de ideas y costumbres traspirenaicas que en la sociedad se han introducido, y holgáramonos de que al admitir ciertas fases del país vecino, imitésemos lo bueno y necesario que nos falta, en vez de copiar lo lascivo, lo insustancial y lo peor que aquéllas tienen.

El madrileño que podíamos llamar de pura raza apenas se conoce por tradición. Las provincias españolas todavía conservan su tipo característico: el catalán, el valenciano, el aragonés, el salamanquino, el gallego y el andaluz, han degenerado menos de su traje y costumbres habituales; sólo el madrileño se ha mistificado hasta lo infinito, sin que sea posible clasificarlo.

Hubo un día que este pueblo ostentaba su carácter peculiar: el manolo madrileño por esencia, gráficamente retratado está en los sainetes del célebre D. Ramón de la Cruz, que si bien con pequeña variante en el traje, ha existido inalterable en lo demás hasta 1840 ó 46 en que empezó su verdadera corrupción.

Ni tampoco puede admitirse que el tipo similar que los poetas actuales nos presentan en escena sea el tipo madrileño actual ni el antiguo de que pretenden derivarlo. Lo que en esos cuadros se nos presenta es el *chulo*, tipo que no debe confundirse de ningún modo con el social del pueblo bajo pero honrado; antes al contrario, el chulo, en su acepción genérica, es una excrecencia del manolo que éste rechaza, calificándolo por vagabundo, que vive á expensas de una prostituta.

No, el pueblo que se denominaba manolo (y que así debiera seguir llamándose), se distinguía por su homogeneidad en usos, costumbres y traje, con la distinción natural de sexo, y como toda sociedad se divide en clase alta, clase media y baja, á ésta que, como más numerosa, imprime el carácter de cada pueblo, es á la que nos referimos. Ahora como antes se componía generalmente de artesanos, trabajadores y menestrales

honrados, cuya afición dominante era ir el lunes á los toros en calesa (hoy también ha desaparecido este vehículo) con su manola ó compañera. Esta se adornaba con saya lisa corta de percal francés, media calada, calzando bonito zapato bajo, estrecho de pala, que dejaba lucir lo mórbido de su lindo pie; pañuelo de talle, de seda ó largo de Manila y su clásica mantilla, de casco de sarga ó moaré de seda con ancha franja de velludo terciopelo, que con gracia especial dejaba caer sobre los hombros, ostentando su característico tocado consistente en un rodete de canastillo sostenido por una peineta de concha y dos rizos que cubrían sus sienes hasta la megilla, llevando al cuello una sarta de perlas ó corales, según la posición de cada cual, con un broche de oro ó similar; este era el atavío de una madrileña.

El manolo, en general, gastaba pantalón y chaqueta corta hasta la cintura, que llamaban afracada, con alamares ó muletilas de seda, que figuraban los broches, chaleco [abierto para lucir la pechera de la blanca camisa de cuello vuelto, del que descendía en unos un pañuelo de seda con nudo á la calesera, y en otros se dejaba ver en el pecho un alfiler de diamantes; faja de seda de color por debajo del chaleco, calceta de hilo y zapato bajo con orejeras, que se cogían con un lazo de galón de seda ó bota hasta media pierna por debajo del pantalón, y por último, un sombrerito redondo de Calaña, muy gracioso, completaban su traje. Quien no vestía de este modo, en uno ó en otro sexo, no era madrileño.

Si del traje pasamos á las costumbres y diversiones habituales, sacaremos la misma consecuencia de antaño á ogaño. Ya hemos dicho que esta clase se componía de artesanos y trabajadores en todos los oficios conocidos, menos en los serviles ó groseros, ya públicos, ya domésticos, los que se desdeñaba desempeñar cualquier hijo de Madrid; eran éstos asiduos á sus respectivas obligaciones en los días no feriados, excepto el lunes, pues las corridas de toros no se permitían en los festivos, que se guardaban con todo rigor, según el precepto tercero del Decálogo, días que los madrileños menestrales dedicaban á espaciarse honestamente, ya de merienda en el soto de Migas Calientes (hoy Vivero), pradera

del Canal, del Corregidor ó Fuente de la Teja, concluyendo el día con el popular baile de candil; pues es de advertir que casi todos los manolos aprendían en los ratos de ocio á tocar la guitarra y á bailar los aires nacionales, para lo cual había varios maestros en la corte.

El carácter proverbial de los hijos de Madrid ha sido franco, leal y generoso, guardando siempre su clase y costumbres, sin mezclarse con la alta sociedad, sin envidiarla ni zaherirla, respetándola con dignidad, pero sin servilismo; así es, que pobre ó bien acomodado, siempre se conocía al manolo, ya fuese trabajador mecánico, maestro de artes ú oficios, cortador, etc., porque no se diferenciaban en sus hábitos y modo de vestir; la única diferencia consistía en lo más ó menos rico de las ropas ó alhajas de cada cual, según su fortuna; pero siempre distinguiéndose por su uniformidad y pulcritud en su traje y trato.

¿Se diferencia hoy así el pueblo madrileño bajo la denominación de manolo? De ningún modo. Esos artesanos ó menestrales, con una especie de camisa de color sobre la ropa, llamada *blusa*, con gorreta y mal calzados, por regla general, son una planta parásita, que se nutre de otra savia que la de su propio origen; ó cuando más, si no visten de blusa por desdenar este traje, hacen uso de lo que llaman americana, traje indeterminado, ó por salirse de su esfera, gastan levita como los caballeros, aunque se le despegue de los hombros.

Por idéntica consecuencia, la madrileña de hoy no es la manola antigua. ¿Ni quién la ha de conocer con esa saya de embudo, con mucha cola, un pañolón alfombrado y otro de seda en la cabeza, habiendo desterrado la clásica y genérica mantilla hasta para ir á misa? Haylas también de esta misma clase que, imitando á las señoras, gastan vestidos con bullones, recogidos y polisón, toquilla y hasta sombrero, adorno que, dicho sea de paso, favorece poco al gracioso rostro de las madrileñas, por regla general.

En fin, el tipo madrileño desapareció para no volver; ni en aptitudes ni en costumbres es lo que fué; la familia puede decirse que se ha disuelto, lo mismo en la clase inferior que en la clase media. Antes, unos y otros tenían sus peculiares dis-

tracciones, sus bailes, sus tertulias y saraos. Los manolos y manolas aprendían á tocar la guitarra y á bailar respectivamente, según se ha dicho: aquéllos con los maestros de orquesta, repartidos en los ámbitos de la villa, como eran Geromo, Matías, Paco Luche, el Vallecano, Vara y Cuarta, y otros que no recuerdo.

A casa de éstos acudían después de sus faenas cotidianas á ensayar las boleras, polos y seguidillas que habrían de estrenarse precisamente en las verbenas de San Juan y San Pedro.

Eran de ver, y tenían también su carácter propio, estas veladas del pueblo de Madrid, á las que acudían en tales noches todas las clases sociales al Prado, fijando sus reales los manolos desde la cabeza del Museo de Pinturas hasta el final del Jardín Botánico, donde formaba sus diferentes corros de baile cada cuadrilla ú orquesta; así como las señoras y clase media en el gran salón, donde á los acordes de la música del cuerpo de Guardias de Corps, se bailaban wals, mazourca y rigodones.

Hoy las verbenas no tienen el carácter de tales: puestos de feria, donde de todo hay menos diversión, flores ni verbena. Mucha gente aspirando el polvo y el humo de los buñuelos: allí se venden platos, vasos, mercería y quincalla, con otras zarandajas impropias de aquella nocturna y clásica diversión.

Las recreaciones de hoy se han replegado, fuera de los teatros que son de siempre, á los cafés, y como generalmente el bello sexo no se apega á estas reuniones, ya por no ser de su gusto y ya por sus domésticos quehaceres, sólo concurrimos los hombres; he ahí la razón de haberse aflojado en parte los vínculos y armonía de la familia, que antes eran indisolubles. De tal modo han desaparecido las costumbres de este pueblo en el punto que acabo de reseñar.

No disgustará á mis lectores les ofrezca unos versos originales de un cierto amigo, curioso observador de costumbres madrileñas, en que se pintan las variantes que han sufrido las felicitaciones de días, cumpleaños, pascuas, etc., celebridades todas que antes revestían un carácter *sui generis*, y hoy apenas ofrecen sombra de lo que fueron.

He aquí la humorística é inédita composición:

EL DÍA DE DÍAS

Marzo á diez y nueve
reza el calendario
San José bendito,
santo el más preclaro
de los que en el cielo
forman el catálogo,
y hasta aquí en la tierra
es muy respetado.

Día más alegre
no le tiene el año;
era fiesta clásica
no hace muchos años,
pero la Gloriosa
nos la ha arrebatado;
y aunque siempre cae
en tiempo el más santo (1),
es día de gresca,
bailoteo y trago.

Día de dar días,
pues no hay un cristiano
que un ciento no tenga
de amigos ó hermanos
que lleven tal nombre
con placer y agrado;
José, Pepe ó Pepa
se oye sin reparo,
ya en círculo excelso
ó en el pueblo bajo.

Es día de días,
como va sentado,
y esto me recuerda
los usos de antaño;
usos y costumbres
que ya han caducado
con las bellas luces
del siglo ilustrado.

(1) Cuaresma.

¡Oh, ténpora! ¡Oh, mores!
¡De recuerdos gratos!

Ívase á dar días,
con afecto llano,
sin dengues ni afeites,
ni fingiendo halagos.

—Téngalos felices
don José Manzano.

—Bien venido sea,
señor don Fulano,
y que usted que los vea
por muy luengos años.

Vaya, sin cumplidos,
síntese á mi lado.

¡Chica! (á la criada,
si falta criado):

Saca alguna cosa
á don Feliciano.

—¡Hombre!—Nada, nada,
hay que tomar algo.

¿De jamón en dulce
quiere usted un tasajo?

Que lo ha hecho Perona;
es muy buen bocado;

pastel ó empanada;
bizcochos borrachos;

salchichón ó bollos;
dulces ó bolados;

lo que usted apetezca,
sin ningún reparo.

(Todo, por supuesto,
muy bien saturado

con sus libaciones
de buen jerezano,

de fino anisete

ó manchego rancio,
según los haberes

del felicitado.)—

Y así se pasaba
de amistad el rato;
A torta por barba,
y por barba trago.
Pero hoy ¡oh, desdicha!
todo se ha cambiado
con las nuevas luces
del siglo ilustrado.

Hoy, para dar días,
es tema obligado
mandar su tarjeta,
sin más aparato,
ó si va el sujeto,
ir muy entonado,
según la etiqueta
tenga sancionado:
frá ó levita negra
con chaleco blanco,
pantalón estrecho
que caiga rozando
sobre la botina
ó bien el zapato;
todo, por supuesto,
muy bien charolado;
sombbrero de copa
y guante ajustado.

Llegas á la casa
entre tres ó cuatro,
que es la hora marcada
con reló en la mano:
llamas y preguntas,
muy desconfiado
de que te reciban,
que también hay casos.
—¿Estará visible
don José Manzano?
—Entre usted á la sala,
pasaré el recado;—
y sale diciendo
después de un buen rato,
—que esperes un poco,
pues se está arreglando.—

Por fin se presenta
don José Manzano.
—¡Oh, cuánta fortuna,

mi amigo más caro!
Perdóneme el tiempo
que ha estado esperando.
Estuve de baile
anoche, y el tálamo
dejamos muy tarde
los recién casados,
y este es el motivo
que estaba hecho un asco.

—Nada de perdones,
siendo yo el honrado
en felicitarle
por su cumpleaños.
—Mil gracias, mi amigo;
pero, sin embargo,
no recibo á gusto
tales agasajos,
porque ellos me indican
que va caducando
la vida á medida
que pasan los años.

¿Qué hay, pues, por la Corte?
—Nada; comentarios
sobre si habrá crisis,
y serán llamados
al nuevo Gobierno
tirios ó troyanos.—

Y por este estilo
se pasa ahora el rato
en día de días.
¡Qué broma! ¡qué chasco!
Y si el apetito
te da algún amago,
no pidas ni aun agua,
que es muy ordinario.

Ya ves cuán distinto
es ogaño á antaño,
lector queridísimo
del siglo ilustrado.
Mas yo que á la antigua
me encuentro chapado,
reniego del sesgo
que esto va tomando,
y digo á los pocos
que ya van quedando,

parientes ó amigos,
 en buen castellano:
 Esto no me peta:
 aquello es más guapo.

Sigan las costumbres
 que hemos heredado
 de nuestros abuelos
 de aquel tiempo clásico.

R. G. S M.

Acontecimientos de otro género contribuían á borrar del pueblo madrileño los restos que aun pudieran quedar de los usos y costumbres antiguas.

En 1840 dió el Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí al Teatro del Príncipe su comedia *Del mal al menos*, presentándose en el Parnaso español como una de sus glorias modernas quien tanto se había de distinguir en el drama político.

En 1841 (6 de diciembre) fué suprimida la Guardia Real de todas armas, y en 25 de mayo se habían trasladado las cenizas del gran poeta D. Pedro Calderón de la Barca, á consecuencia del derribo de la parroquia del Salvador, al cementerio de la sacramental de San Nicolás, en cuyo Campo Santo estuvieron hasta el reciente traslado á la iglesia de Venerables naturales de Madrid.

En 1842 (7 de marzo) se mandó construir un palacio para el Congreso de los Diputados en el local del convento del Espíritu Santo, donde se había abierto el estamento de procuradores, y en 22 de mayo muere el poeta D. Jose Espronceda, á la edad de treinta y dos años.

Muere en 1843 (16 de setiembre) el Conde de Toreno, de fama universal por los importantes cargos políticos que desempeñó fuera y dentro de la Península en las circunstancias más delicadas y como autor de la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*.

En 1845 plantea el Sr. Mon el sistema tributario, reforma vanamente intentada durante un siglo, y en 1847 se rehabilitó al Príncipe de la Paz, residente en París, y á la edad de ochenta años, en sus grados, honores y condecoraciones, y se proveen todas las mitras vacantes que desde 1833 no había confirmado la Santa Sede.

En 1848 muere el eminente publicista D. Jaime Balmes, en Vich (junio) y el insigne maestro de la juventud y literato D. Alberto Lista, en Sevilla (octubre). Las generaciones pa-

sadas se despedían de las venideras por medio de sus representantes más esclarecidos, y Madrid, donde tanto se distinguieron, lamentaba su fin como de hijos predilectos.

Si no con igual sentimiento súpose en 1851 que había fallecido en París, durante el mes de octubre, D. Manuel Godoy Álvarez de Faria, Príncipe de la Paz, á la edad de ochenta y cuatro años cumplidos, resignado durante su larga expatriación con la mala ventura que le ocasionaron sus pasadas grandezas.

La inauguración del ferrocarril de Madrid á Aranjuez en febrero del mismo año fué como la piedra angular del engrandecimiento de la corte en plazo inmediato. Así se ha confirmado y todos lo esperaban; por eso la satisfacción general no tuvo límites.

Si yo, modesto relator de tiempos que pasaron, tuviese algo de poeta, ocasión era de comparar con los ecòs de la trompa del Angel, el día de la resurrección, el primer silbido de la locomotora, llamando á Madrid á nueva existencia. Mas no lo haré, pues ni tengo facultades de hacerlo, ni tampoco el asunto requiere galas prestadas que justifiquen su grandeza; bástale comparar lo pasado con lo que á poco se realizó para que se aprecie la novedad en su justo valor.

Una ligera muestra de las comunicaciones antes de establecidas las vías férreas, ha de ser suficiente á no dudarlo.

Apenas hay memoria de aquellas galeras que admitían *asientos y arrobos* de retorno, tardando quince días hasta las provincias del Norte, ajustándose los pasajeros á comer con el ordinario, sopena de al llegar á las famosas posadas, que por sí solas darían asunto para un libro, oír á la moza contestar de mal humor, como á una impertinencia cuando se le preguntaba qué provisiones había: *las que V. traiga*, y le sobraba razón para decirlo, porque á no llevar consigo los bastimentos, tendría que resignarse el viajero con una cazuela de sopas de ajo, que si tenía huevos ya pecaba de refinamiento, una fuente de bacalao ó quizá una ortera de judías.

Déjese á un lado el manantial fecundo que era un viaje de Madrid á cualquier extremo de España, no sólo de aventuras y episodios curiosos, sino de nuevas y afectuosas relaciones.

No hay que hablar de la expansión y confianza que el hecho de viajar juntos inspiraba á los antiguos españoles, á lo que contribuía no poco la misma organización de los armatostes en que se viajaba, su andar reposado y lo expuestos á contingencias. Lo primero que se hacía era convertir el fondo de la galera en una especie de lecho común, extendiendo los colchones de forma que cada viajero pudiera descansar en ellos según apeteciese y el espacio diera cabida. Seguía decirse cada cual su nombre, patria natal, historia y objeto de su viaje, y hecho esto, quedaban establecidas amistosas relaciones, y con ellas los chistes y bromas á que daban lugar las mismas peripecias del camino, así como los recíprocos servicios y galanterías tributados al sexo débil con afanosa solicitud. Nunca se olvidaba la guitarra, respetada por todos cual cosa propia, regocijo de las interminables travesías de la Mancha y Castilla, consuelo de las paradas, lucimiento de los diestros en tañer, para quienes guardaban las damas sus más dulces miradas y halagüeñas frases en premio de su habilidad, y con esto y gran dosis de paciencia, y en ocasiones haber precavido un mal encuentro con José María ó los bandoleros del monte de Torozos anticipándose á pagarles tributo, se llegaba andando el tiempo al fin de la peregrinación.

Casi no era posible viajar de otro modo, pues el hacerlo en coche importaba un caudal. Seis mil reales costaba uno de aquellos de seis asientos hasta Sevilla, y por lo común una onza diaria era el precio. Del viajar en posta luego hemos de formar idea, además que esto solo era posible á uno ó dos viajeros.

En cuanto á los intrépidos que se aventuraban á viajar en macho con los maragatos arrostrando los hielos del puerto ó enervados por el calor de los escuetos despoblados, podría haberse dicho de ellos lo que Napoleón I de las víctimas de la campaña de Rusia: «el que haya carecido de vigor suficiente, que culpe á la naturaleza.»

Vinieron después las galeras aceleradas, en que se tardaba cinco días hasta Valencia. La sociedad progresaba.

Y tanto fué así, que no tardaron en establecerse las diligencias, con asombro de todos por su rapidez, si bien de co-

modidad tan dudosa, que un poco perfeccionadas, hubieran en tiempo de Calígula ó Domiciano servido de tormento el más eficaz para hacer renegar al creyente más firme.

De esto, á la rapidez, comodidad, baratura que debiera notarse, actividad en el comercio, facilidad de satisfacer todas las necesidades de la vida que disfruta Madrid con los ferrocarriles, la diferencia es inmensa. Si alguna de sus ventajas, como la economía en los artículos de primera necesidad, se ha neutralizado, si ha crecido en vez de disminuir la carestía, no se culpe á los medios de comunicación, otras son las causas, y apesar de ellos.

En casos especiales, se viajaba en posta ó á caballo á la ligera, de lo que trataré algún tanto, como punto comparativo del estado de las comunicaciones no hace mucho con el que hoy alcanzamos. Para ello ha de servirme un curioso original manuscrito, preparado para la imprenta, á que no llegó á darse, y ha parado en mis manos, por desgracia incompleto, cuyo título es: «Guía del viajero en sillas de posta y á caballo, que llaman á la ligera, ó sea Prontuario manual de las carreras, pueblos, sitios de sus paradas, distancias de unas á otras, precios de leguas y demás noticias conducentes para gobierno del público, en cuyo beneficio y utilidad la ofrece Pedro Antonio López de la Rúa, oficial que fué del Correo y Tesorería general de esta corte, y actualmente en el despacho de las reales postas.»

Precede al escrito una dedicatoria al superintendente general de correos, postas, caminos, etc., y la fecha es en Madrid, año de 1797, con los huecos en blanco del día y mes, sin duda para llenarlos en las pruebas de la impresión.

Sigue un prólogo, dando cuenta de los motivos que impulsan al autor á escribir la *Guía*, que no son otros que las muchas novedades ocurridas á causa de la construcción de caminos; pero lo que hace más sensible lo incompleto del manuscrito es que ofrece detallar los motivos por qué y cuándo tuvieron principio los correos, las franquicias, fueros y privilegios que por varias cédulas están concedidos á sus administradores y de postas, hasta la que fué comunicada en 1720, por el primer secretario de Estado.

Fuera de estas consideraciones, nada altera mi propósito la falta de original, pues fuera ocioso copiarle íntegro; solamente hago mención de ella para autorizar los datos que ofrezco, cual muestra de una de las condiciones de viajar en aquellos tiempos.

Véanse, pues:

POSTAS EN RUEDAS PARA LOS REALES SITIOS

ARANJUEZ.	<u>Rs. vn.</u>
Por una silla de distinción de dos asientos...	189
Por un solitario.....	140
Por un tiro de seis mulas.....	294
Idem de cuatro.....	196
Idem de tres.....	147

Para renovar el ganado que sale de esta corte á dicho sitio, se hallan las casas de postas que con sus distancias son las siguientes:

De Madrid á los Angeles.....	2 $\frac{1}{2}$ leguas.
A Espartinas.....	3 »
A Aranjuez.....	2 $\frac{1}{2}$ »
	<hr/>
	8 »

Para pasar á este y demás Sitios Reales, no se necesita más licencia que presentarse el viajero, ó persona en su nombre, en el despacho de Reales postas, donde se franquean y sientan las que salen, anotando el sujeto en la guía ó parte que lleva el postillón, y pasa de uno á otro hasta llegar al Sitio, donde lo recibe el caballero administrador que en él reside.

Cuando quisiere alguno pasar en silla á dicho Sitio, no estando la corte en él, será su coste 217 $\frac{1}{2}$ rs., fuera de portazgos y agujetas.

EL PARDO.	<u>Rs. vn.</u>
Por cada silla.....	36
Por un solitario.....	28
Por tiro de seis mulas.....	45
Idem de cuatro.....	39
Idem de tres.....	26

Por no haber más de dos leguas desde la corte á dicho Sitio, el mismo ganado que sale de una posta entra en la otra.

SAN LORENZO.	<u>Rs. vn.</u>
Por cada silla.....	189
Por un solitario.....	140
Por tiro de seis mulas.....	294
Idem de cuatro.....	196
Idem de tres.....	147

Para este sitio se encuentran las postas siguientes:

De Madrid á Abulagas.....	2	leguas.
Al puente del Retamar.....	2	»
A Galapagar.....	2 $\frac{1}{2}$	»
Al Escorial.....	2	»
	<hr/>	
	8 $\frac{1}{2}$	»

SAN ILDEFONSO.	<u>Rs. vn.</u>
Por cada silla.....	378
Por un solitario.....	280
Por tiro de seis mulas.....	588
Idem de cuatro.....	392
Idem de tres.....	294

En esta carrera se encuentran seis casas de posta, donde

se muda ganado y se titulan: Abulagas, Las Matas, Fonda de la Trinidad, Salineras, Novalejo y Castrojones.

Se previene estar mandado de orden superior, fecha 8 de abril de 1797, no deben los postillones exigir ni cobrar de los caballeros que condujeran á los Reales Sitios en sillas ó solitarios, más cantidad que la de 8 rs. en cada parada, y si fueren con tiro 8 rs. al tronquista y 4 al delantero, siendo igualmente de cuenta del viajero pagar los portazgos.

Si estando la corte en el Sitio de San Ildefonso se hallare precisado el que tomare posta á pasar al de San Lorenzo (por haber en él, como acontece, alguna persona real) y siendo indispensable que para ello se retrocedan las leguas que hay desde la fonda de la Trinidad á Guadarrama, en este caso pagará la demasía que por ello se devengare.

Cuando ocurriere querer el que toma la posta para cualquiera de los Reales Sitios, asegurar la vuelta á la corte, dejará pagado su importe en el despacho, y si señala el día y hora de dicha vuelta se le anota en el parte que lleva el postillón, pero si duda el cuándo, luego que llegue al Sitio prevendrá al caballero administrador quedar de su cargo darle el aviso, para que le mande carruaje al tiempo que lo necesite. Y la misma diligencia hará si saliendo de un Real Sitio quiere tener pronta la vuelta para él, dando razón en el despacho de esta corte cuando llegue ó después.

Para correr la posta en sillas se deberán tener presentes las noticias siguientes:

Según lo prevenido en el reglamento que para los correos extraordinarios se despachó en 23 de abril de 1720, y lo mandado en las ordenanzas de 5 de julio de 1785 y 8 de abril de 97, se han de pedir las licencias para correr en sillas desde Madrid, á los señores Directores generales de Correos, sin que por ellas se pague derechos algunos, pero sí satisfará el viajero la salida doble hasta la primera parada, cobrándose en el despacho de estas reales postas hasta Ocaña inclusive, por correr las demás de cuenta de particulares que las toman en arrendamiento.

En las ciudades y demás pueblos fuera de la corte darán las licencias los administradores de Correos, y donde no los

hubiere los maestros de postas, previniendo sean á sujetos de toda satisfacción y confianza, no interesando unos ni otros cosa alguna, ni menos la primera posta doble.

Por la escrupulosa noticia que se da y pone en la carrera de Cádiz en silla (que es la única por ahora, pues las demás son á la ligera), advertirán los viajeros las distancias de una posta á otra, el total de leguas de dos á dos paradas, el valor de cada una y el de las dos, y así sucesivamente hasta concluir la carrera, para evitar por este medio al curioso la molestia de sumar separadamente.

A causa de que no en todas las postas, y particularmente las que se hallan en despoblado, no hay disposición para hospedarse los que vayan en silla por dicha carrera, se anotan aquellos donde podrán hacer alguna mansión, ó tomar algún alimento, distinguiéndose con una F la en que se encuentra fonda; con F y P donde hay disposición para descanso; con la P donde hay posada además de la posta, y con D la que está en despoblado.

En carreras de caballos pagaba cada particular por término medio 9 1/2 reales por legua, y del real servicio 8 reales por cada legua.

PRONTUARIO DE LOS SELLOS Y PRECIOS QUE SEGÚN ELLOS DEBEN TENER LAS CARTAS SENCILLAS, SEGÚN EL ARANCEL DE 1.º DE SETIEMBRE DE 1770.

PRECIOS.	SELLOS DE	PRECIOS.	SELLOS DE
4 cuartos.	{ Castilla la Nueva. Alcarria. Cuenca. Mancha alta.	6 cuartos.	{ Murcia. Montañas de Santander. Andalucía alta. Navarra. Vitoria.
5 cuartos.	{ Castilla la Vieja. Soria. Mancha baja. Burgos. Extremadura alta.	7 cuartos.	{ Galicia. Asturias. Vizcaya. Cataluña y su Principado. Andalucía baja.
6 cuartos.	{ Extremadura baja. Aragón y su reino. Valencia y su reino. León. Rioja. Alicante.	8 cuartos.	{ Cádiz. Africa. Orán.
		9 cuartos.	Mallorca.

Con lo dicho es bastante para formar idea del estado de las comunicaciones en lo antiguo y ahora. El adelanto ha sido tan rápido, que nada mejor que la comparación puede hacerlo comprender.

Veamos si en lo que resta ha sucedido lo mismo.

DIONISIO CHAULIÉ.

(Se concluirá.)





LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA ⁽¹⁾

CAPÍTULO IV.

LAS BIBLIOTECAS ESCOLARES Y LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

Las Universidades é Institutos de España.—Comparaciones.—Bibliotecas de los Institutos.—Las escuelas normales y las de instrucción pública.—Resultados que recoge España por su negligencia en la enseñanza popular.—Ejemplo que nos presenta Italia y Francia.

I.

POR los capítulos anteriores conoce el lector las bibliotecas públicas de España: las que sin ser oficiales cuenta Madrid en sus Academias, corporaciones científicas y literarias, las de los particulares, y asimismo también las llamadas populares, que están distribuídas en todas las provincias del Reino. Nos proponemos ahora enumerar las de nuestros establecimientos de enseñanza provincial, que á nuestro entender debieran ser las más importantes, ya que no las mejores, porque claro es que en un país como el nuestro, en que la vida literaria, á igual que la política y la científica, está centralizada en Madrid, aquí también es de rigurosa necesidad que ha de encerrarse lo mejor que España tenga hasta en sus bibliotecas, como lo tiene ya en todos sus Museos.

Hemos dicho que las bibliotecas de los establecimientos

(1) Véase la página 183 del tomo XLVIII.

literarios de España debían ser más importantes de lo que hoy son, en atención al crecido número de la población escolar que necesita de libros para el estudio, y á probar esta aserción nos bastará consignar que no este año, en que las cifras son más elevadas, sino en el de 1875, en que aparece el término medio de la década anterior, se han matriculado hasta 59.555 alumnos, clasificados en esta forma: Facultad de derecho, 4.784; filosofía y letras, 865; farmacia, 1.401; ciencias, 804; medicina, 5.024; notariado, 520; practicantes de medicina, 360, y facultativos de segunda clase, 10. Los matriculados en los Institutos son 29.788; en las escuelas normales de maestros, 2.493; en las de maestras, 1.447; en las escuelas especiales, 11.955, y en las de matronas, 4, cuyas cifras dan un total de 59.305.

Observará el lector un excesivo número de matriculados en las Universidades, con una insignificante matrícula en las escuelas especiales, prefiriendo nuestra juventud las carreras literarias á las industriales, que tanta importancia tienen en el desenvolvimiento de los intereses materiales del País. Algo ha visto la juventud escolar española de este mal que en los últimos años tomó proporciones alarmantes, cuando en la matrícula última acusan nuestras Universidades un descenso muy significativo. Quizás habrán contribuído á esto las indicaciones que repetidas veces ha venido haciendo la prensa sobre este particular.

Siempre que comienza el curso académico en los varios establecimientos de enseñanza, casi todos los periódicos llaman la atención de los padres de familia sobre el difícil problema de la elección de carrera para sus hijos, excitándoles á la vez á que abandonen la trillada senda de enviarlos á la Universidad, y á que los dediquen preferentemente á las carreras industriales, tan abandonadas entre nosotros.

El hecho se repite un año y otro año, sin haberse obtenido en realidad, hasta ahora, grandes frutos de la predicación. Y decimos hasta ahora, porque en años anteriores la estadística universitaria ofrecía un número siempre creciente de alumnos. Mas en el actual, y por lo que respecta á la Universidad de Madrid, la matrícula ordinaria ofrece un descen-

so, digno de tenerse en cuenta, en las diversas facultades de enseñanza.

He aquí los datos de matrícula para el curso de 83 á 84:

Facultad de medicina: matriculados para el presente curso, 1.654 alumnos; ídem que lo fueron en el anterior, 2.090; diferencia de menos ahora, 436.

Facultad de ciencias: matriculados ahora, 1.291; ídem el curso anterior, 1.440; diferencia de menos, 149.

Facultad de farmacia: matriculados en este curso, 804; en el anterior, 877; diferencia de menos, 73.

Facultad de filosofía y letras: matrícula de este año, 995; ídem del anterior, 1.363; diferencia de menos, 368.

Facultad de derecho: matriculados en este curso, 1.995; ídem del anterior, 2.185; diferencia de menos, 190. (De los actualmente matriculados, lo han sido por el plan antiguo 1.697, y por el moderno 2.098.)

Notariado: matrícula actual, 142; ídem del curso último, 282; diferencia de menos, 140. (Por el nuevo plan se han matriculado 39, y por el antiguo 103.)

El total de matriculados en este año parece, pues, ser de 6.841, y el de los correspondientes al curso anterior 8.237, resultando en el actual una baja de 1.396 alumnos.

II.

Comparemos ahora los matriculados en las Universidades españolas con los de Alemania é Italia, que son los pueblos más asimilados al nuestro en esto de la instrucción superior. En Alemania, por ejemplo, en 1880-81 se contaba en sus 21 universidades hasta 23.800 alumnos, y en el año actual ha aumentado esta cifra hasta 25.086. La más concurrida tiene en su matrícula 4.000 estudiantes; pero muchas no llegan al número de 1.000. Las principales son las de Berlín, Leipzig, Munich, Breslau, Halle, Tubingen, Bonn, Goetingen y Wurzburg. Como verá el lector, Alemania tiene bastantes menos universidades que España, relativamente á su población. Y sin embargo, en nuestro País sólo saben leer 578.978

habitantes; leer y escribir 4.071.923, quedando privados de tan elementales conocimientos 11.978.168, y nada se sabe de 5.376.

Por datos referentes á 1882, que tenemos de Italia, vemos que el total de la población escolar asciende, por término medio, cada año á 3.111.006; cifra que comprende todos los ramos de la instrucción, y se refiere á todo el reino. Siendo la población total del reino de 28.459.628 habitantes, resulta que cerca de la novena parte de este total frecuenta anualmente las escuelas públicas.

A 29 llega el número de categorías de las instituciones escolares, y los alumnos asisten á ellas en la siguiente proporción: asilos de la infancia, 183.809; escuelas elementales diurnas públicas, 1.928.706; ídem privadas, 155.697; escuelas elementales por la noche, públicas y privadas, 455.687; escuelas dominicales, 212.439; colegios de señoritas, 52.925; escuelas normales y magistrales, 8.614; gimnasios del Estado, 12.876; otros establecimientos de la misma índole, particulares, 28.248; liceos del Estado, 5.989; otros liceos, 5.144; escuelas técnicas del Estado, 6.852; otras escuelas técnicas, 15.268; Institutos técnicos, 6.878; Institutos de marina mercante, 816; Universidades reales y libres, 11.386; cursos universitarios anexos al Liceo, 36; Institutos superiores, 1.235; escuelas superiores especiales, 730; Academias de Bellas Artes, 3.226; Conservatorios, 802; Institutos militares, 2.476; escuelas de marina, 129; escuelas de mecánica, 157; escuelas prácticas y especiales de agricultura, 1.657; escuelas de minas, 58; de artes y oficios, 9.166.

En la instrucción elemental es donde se nota más progreso, y esto debe animar tanto más, cuanto que es la instrucción popular la que más falta hace en Italia.

En 1861-62, el número total de escuelas se elevaba á 28.490; estas escuelas estaban frecuentadas por 885.152 alumnos de ambos sexos, y el año último, el número total de escuelas ascendía á 42.510, donde recibían instrucción elemental 1.928.706 alumnos. El número de profesores, que en 1861 no era más que de 21.500, en 1881 llegaba á 42.560. Todas las cifras casi dobladas.

Los estudios universitarios han progresado también visiblemente. Hay en Italia 21 Universidades, de las cuales 17 son del Estado y cuatro libres. En 1881 el número total de matriculados en los cursos universitarios era de 11.386, de los cuales 11.117 corresponden á las Universidades reales y 269 á las Universidades libres.

De esta población universitaria, correspondían á las distintas facultades: 4.454 á la de jurisprudencia; 1.476 á la de ciencias; 352 á la de filosofía y letras, y 4.185 á la de medicina.

Los Institutos superiores de perfeccionamiento que en Italia existen prestan también grandes servicios á la enseñanza, y en el mismo año los alumnos matriculados en ellos ascendieron á 1.235; de los cuales 898 pertenecían á la facultad de letras; 84 á las de letras y filosofía, y 250 á la de medicina.

En los últimos quince años la población universitaria ha aumentado casi en una cuarta parte.

Los establecimientos de enseñanza dirigidos por los religiosos y católicos hacen alguna competencia á los Institutos y escuelas del Estado; pero en los exámenes la instrucción oficial ofrece ventajas importantes.

El progreso de la instrucción desarrolla naturalmente en el público la afición á la lectura, y da también á las bibliotecas públicas una utilidad creciente. Durante el año 1881, á las 31 bibliotecas del reino han asistido 665.327 lectores, de los cuales 603.276 han ido de día y 161 de noche, sin contar 12.892 lectores, que han tomado libros para leer á domicilio. El número de volúmenes vendidos por las bibliotecas asciende á 998.475, y el de los servidos á domicilio se eleva á 18.894.

En este solo año las bibliotecas se han aumentado en 88.582 volúmenes, cuyo valor aproximado asciende á 297.300 pesetas.

Estas cifras no son muy espléndidas en relación con el afán que demuestra el pueblo de aprovechar todos los medios de instrucción que se ponen á su alcance.

Las obras predilectas del público son las que tratan de filología y de letras; en seguida vienen por este orden las de

jurisprudencia, economía política, ciencias médicas, ciencias naturales y matemáticas.

Por todos estos datos se ve que Italia está relativamente por encima de España, y conviene que nuestro Gobierno estimule, con medidas acertadas, la concurrencia á las escuelas y á los Institutos. La juventud no debe pasar sus mejores días en prosecución de títulos literarios que no puede aprovechar, porque la concurrencia que hoy se ha despertado entre las clases profesionales indica ya en España un rebajamiento moral que se retrata bien á las claras en los célebres anuncios de otros no menos célebres doctores que han tomado por asalto las cuartas planas de los periódicos españoles.

Conviene, pues, que el Gobierno proteja á la enseñanza primaria, como base para la cultura pública, y las Diputaciones provinciales atiendan cual se merecen á los Institutos de segunda enseñanza, para que la juventud que á ellos acude por obtener el grado de bachiller en artes, ensanchen sus conocimientos en las escuelas especiales y prefieran así las carreras industriales á las literarias, que no ofrecen más que un título improductivo al que, después de largos años ha consumido un capital considerable y una juventud vigorosa, para tener que acudir á las antesalas de los Ministerios en busca de un destino que les dé para vivir mal, y puedan con él matar sus ociosidades. Bajo este punto de vista los Institutos pueden prestar gran servicio al país, y, por tanto, nosotros los miramos con sumo interés.

III.

Pero ¿están estos establecimientos á la altura que era de desear? No es fácil responder en términos generales á esta pregunta, porque ni todas las provincias atienden por igual á las necesidades de la segunda enseñanza, ni en todas, por tanto, están los Institutos como nosotros quisiéramos verlos.

Conformes con su profesorado, pero el local que algunos ocupan es detestable, y, para mayor desgracia de la enseñanza, las bibliotecas en muy pocos están organizadas, ni prestan servicio público, ni aun limitado para los alumnos; de manera que el estudiante pobre, que no tiene para libros, habrá de servirse de los de sus compañeros ó se ve privado de estudiar.

Y no se diga que nuestros Institutos de segunda enseñanza carecen de bibliotecas; las tienen, con mayor ó menor número de volúmenes, todos los del Reino, como se demuestra por los siguientes datos, que son oficiales:

Instituto provincial de Albacete. Se creó en 1841, y cuenta un buen número de material científico y 3.960 volúmenes.

De Alicante, fundado en 1845, con un abundante material científico, procedente de las escuelas de Náutica, de Comercio y de dibujo, y con 12.800 volúmenes.

De Almería, establecido en 1845; cuenta 3.000 volúmenes.

De Ávila, creado en 1848; tiene 4.000 volúmenes.

De Badajoz, fundado en 1845 por la Sociedad Económica de Amigos del País; tiene 6.000 volúmenes.

De Baeza, creado en 1875, en la antigua Universidad; contando con 2.000 volúmenes.

De Barcelona, fundado en 1837, con un rico material científico para la enseñanza, y 5.600 volúmenes.

De Bilbao, fundado en 1847, con los restos del antiguo Colegio General de Vizcaya; tiene un escogido material científico y 6.000 volúmenes.

De Burgos, fundado en 1841, con el material y en el mismo edificio de la antigua Universidad; tiene muy buen material científico y unos 5.000 volúmenes.

De Cabra, fundado en 1875 con los restos que aún quedaban del Colegio de la Concepción, creado en 1679 por don Luis de Aguilar, y tiene buen material científico y unos 2.600 volúmenes.

De Cáceres, creado en 1839; tiene 3.400 volúmenes.

De Cádiz, fundado en 1876, sobre la base de las escuelas Industrial y de Comercio, que costeaba la provincia. Tiene unos 6.600 volúmenes.

De Canarias, creado en la ciudad de San Cristóbal de la Laguna, con los restos de la extinguida Universidad literaria de San Fernando, contiene material científico y 4.000 volúmenes.

De Castellón, fundado en 1846: posee 3.000 volúmenes.

De Ciudad-Real, creado en 1843: tiene 4.000 volúmenes.

De Córdoba, fundado en 1847, bajo el local y con los despojos del Colegio de Humanidades creado en 1572 por don Juan de Avila. Tiene un rico material científico y 7.000 volúmenes.

De la Coruña, creado en 1876: tiene 1.600 volúmenes.

De Cuenca, creado en 1844: cuenta con 2.000 volúmenes.

De Figueras, creado en 1845, con los restos del antiguo Colegio de Humanidades: cuenta con 2.500 volúmenes.

De Gerona, fundado en 1845: tiene 3.000 volúmenes.

De Gijón, fundado en 1794 por el inmortal D. Gaspar Melchor de Jovellanos, con el nombre de Real Instituto Asturiano. Tiene una gran colección de material científico y 12.000 volúmenes.

De Granada, fundado en 1845, con una rica colección de objetos de material científico y unos 5.600 volúmenes.

De Guadalajara, creado en 1857, con un buen material científico, casi todo él procedente del colegio de San Antonio de Sigüenza: reúne unos 4.000 volúmenes.

De Guipúzcoa, creado bajo la base del Seminario Vascongado fundado en 1769: tiene buen material científico y unos 6.000 volúmenes.

De Huelva, fundado en 1856, con buen material de enseñanza y unos 4.000 volúmenes.

De Huesca, creado en 1845, con los restos de la antigua Universidad, extinguida poco antes. Reúne una surtida colección de material científico y 4.800 volúmenes.

De Jaén, creado en 1843, con 1.400 volúmenes.

De Jerez de la Frontera, creado en 1851 bajo la base del extinguido Colegio de Humanidades de San Juan Bautista, que fundó en 1838 D. Juan Sánchez y le dotó con 100.000 duros. Cuenta con un buen material científico y 4.400 volúmenes.

De León, fundado en 1844, que cuenta con un rico material científico y más de 6.000 volúmenes.

De Lérida, creado en 1842, con buen material científico y 5.000 volúmenes.

De Logroño, fundado en 1843 con el material científico del Colegio de Humanidades, latín, dibujo y arquitectura. Reune bueno y escogido material moderno y unos 6.000 volúmenes.

De Lorca, fundado en 1864 sobre el antiguo colegio de la Concepción, creado por D. Francisco de Arcos y Moreno en 1772, suprimido en 1837. Tiene 2.000 volúmenes.

De Lugo, fundado en 1842: cuenta 2.000 volúmenes.

De Madrid (el de San Isidro), creado en 1845 con el material científico y literario que había quedado existente al extinguido de los PP. Jesuitas, y fundado en 1845. Posee un rico material de enseñanza y 8.000 volúmenes.

Idem del Cardenal Cisneros, antes llamado del Noviciado, creado en 1836. Reune un buen material científico y unos 9.000 volúmenes.

De Mahon, creado en 1875, con los restos de la antigua Escuela Náutica. Tiene 9.000 volúmenes.

De Málaga, inaugurado en 1846; se halla también surtido de aparatos y ejemplares para la enseñanza, y cuenta con 8.000 volúmenes.

De Murcia, fundado en 1837; tiene mucho material científico y 11.000 volúmenes.

De Orense, creado en 1845; tiene escogido material científico y 14.114 volúmenes.

De Oviedo, creado en 1845; con escogido material y 4.500 volúmenes.

De Palencia, fundado en 1845 con los despojos del Colegio de Humanidades, creado en 1212 por D. Alfonso VIII; tiene buen material científico y 4.600 volúmenes.

De Palma (Baleares), creado en 1835, con buenas cátedras y 7.000 volúmenes.

De Pamplona, fundado en 1842 con los restos del antiguo colegio de latín, creado en 1499 por el Ayuntamiento; cuenta con un escogido material y 4.500 volúmenes.

De Ponferrada, creado en 1874 y sostenido muy pobremente; cuenta con 600 volúmenes.

De Pontevedra, fundado en 1845; tiene algún material y 3.700 volúmenes.

De Reus, creado en 1875; tiene 1.100 volúmenes.

De Salamanca, formado en 1845; con buen material científico y 4.000 volúmenes.

De Santander, fundado en 1839; con buen material científico y 3.500 volúmenes.

De Santiago, creado en 1845, aunque de origen muy antiguo, pues en 1.501 ya existía un colegio de estudios menores, de donde surgió el moderno Instituto provincial. Cuenta buen material científico y 5.400 volúmenes.

De Segovia, fundado en 1841; cuenta 3.200 volúmenes.

De Sevilla, fundado en 1845. Reune un excelente material científico y 6.100 volúmenes.

De Sarriá, creado en 1845 con los restos de la antigua Universidad de Osma. Tiene buen material científico y unos 5.300 volúmenes.

De Tapia, fundado en 1867; cuenta 1.400 volúmenes.

De Tarragona, creado en 1845; dotado de un excelente material científico y más de 5.000 volúmenes.

De Teruel, creado en 1845, con rico material científico y unos 4.500 volúmenes.

De Toledo, fundado en 1845, con los restos de la extinguida Universidad que había fundado en la ciudad Imperial don Francisco Alvarez de Toledo. Cuenta un gran número de aparatos y útiles de enseñanza y 5.200 volúmenes.

De Valencia, creado en 1845, con los medios que encontró en el extinguido colegio de San Pablo. Tiene regular material científico y unos 6.000 volúmenes.

De Valladolid, creado hasta 1857, con muy modesto material y 4.000 volúmenes.

De Vitoria, fundado en 1842; tiene un rico material científico y 5.000 volúmenes.

De Zamora, creado en 1848, y con modesto aparato sostiene la enseñanza, que no es tan completa como en otros Institutos. Cuenta con unos 2.000 volúmenes.

De Zaragoza, creado en 1845; cuenta con unos 3.400 volúmenes.

Suman por todos 61 Institutos con 314.374 volúmenes, como pueden verse agrupados en el siguiente cuadro:

INSTITUTOS.	Número de volúmenes	INSTITUTOS.	Número de volúmenes
Instituto de Albacete..	3.960	Lugo	2.000
Alicante.....	12.800	Madrid (el de San Isidro)	8.000
Almería.....	3.000	Idem (del Cardenal Cisneros).....	9.000
Avila.....	4.000	Mahón (Baleares).....	9.000
Badajoz.....	6.000	Málaga.....	8.000
Baeza (Jaén).....	2.000	Murcia	11.000
Barcelona.....	5.600	Orense	14.114
Bilbao (Vizcaya).....	6.000	Oviedo.....	4.500
Burgos.....	5.000	Palencia.....	4.600
Cabra (Córdoba).....	2.600	Palma (Baleares).....	7.000
Cáceres.....	3.400	Pamplona.....	4.500
Cádiz	6.600	Ponferrada (León).....	600
Canarias.....	4.000	Pontevedra.....	3.700
Castellón	3.000	Reus (Tarragona).....	1.100
Ciudad Real.....	4.000	Salamanca	4.000
Córdoba.....	7.000	Santander.....	3.500
Coruña.....	1.600	Santiago.....	5.400
Cuenca.....	2.000	Segovia	3.200
Figueras (Gerona).....	2.500	Sevilla	6.100
Gerona.....	3.000	Soria.....	5.300
Gijón (Oviedo).....	12.000	Tapia.....	1.400
Granada.....	5.600	Tarragona.....	5.000
Guadalajara.....	4.000	Teruel	4.500
Guipúzcoa.....	6.000	Toledo	5.200
Huelva	4.000	Valencia.....	6.000
Huesca.....	4.800	Valladolid	4.000
Jaén.....	1.400	Vitoria.....	5.000
Jerez de la Frontera (Cádiz).....	4.400	Zamora.....	2.000
León.....	6.000	Zaragoza	3.400
Lérida.....	5.000		
Logroño.....	6.000		
Lorca (Murcia).....	2.000		
			<u>314.374</u>

Estos 314.374 volúmenes no están al uso de los escolares, aunque esto parezca extraño, sino al de los profesores, y así se da el caso, como en Badajoz, cuyo Instituto tiene una

buena biblioteca, que si no fuese porque la Sociedad Económica abre la suya al público diariamente, muchos estudiantes tendrían que dejar de asistir á las clases por falta de libros. No acertamos á comprender para qué están los libros guardados en los estantes de las bibliotecas de nuestros Institutos; porque si no se facilitan á los estudiantes que necesitan de ellos, ¿para qué se han comprado? ¿Para qué el sacrificio del Estado gastando una suma relativamente grande, si ha de ser del todo estéril? Nosotros estableceríamos en cada Instituto una biblioteca pública, como las hay en cada Universidad, si nó tan completa, con la dotación de libros suficientes á los estudiantes que comúnmente se matriculan en los establecimientos de segunda enseñanza. Y no pedimos mucho, porque dotando con 10.000 volúmenes á cada biblioteca de Instituto, resultarían 610.000 volúmenes por todas; pero como en la actualidad cuentan con 314.374, fácilmente podría llegarse á la realización de nuestro ideal.

Hemos dicho que las Universidades tienen bibliotecas y puede verse el número de volúmenes en el capítulo segundo de nuestro libro. Van incluídas entre las 30 que con carácter público existen en España, reuniendo las universitarias la suma de 136.565 manuscritos y 498.766 impresos, ó lo que es igual, 635.331 volúmenes.

Para apreciar mejor la importancia de las bibliotecas de nuestras Universidades, las damos agrupadas. Hélas aquí:

<u>Universidades.</u>	<u>Manuscritos.</u>	<u>Impresos.</u>	<u>Totales.</u>
Barcelona.....	No consta	136.642	136.642
Granada.....	138	22.628	22.766
Madrid.....	133.013	137.374	270.387
Oviedo.....	214	28.192	28.406
Salamanca.....	866	72.500	73.366
Santiago.....	271	37.000	37.271
Sevilla.....	796	60.092	60.888
Valencia.....	719	47.729	48.448
Valladolid.....	308	27.180	27.488
Zaragoza.....	240	29.429	29.669
TOTALES....	136.565	498.766	635.331

No nos parecen muchos 635.331 volúmenes para las nueve Universidades, pues cuando menos debían contar 800.000 para que cada una tuviese 80.000 volúmenes.

Hemos dicho que las bibliotecas de los institutos cuentan con 314.374 volúmenes, que unidos á los 635.331 de las diez Universidades suman 949.705; pero dotando á las bibliotecas de cada Instituto de 10.000 volúmenes, y á las Universidades de 80.000, reunirían entonces 1.410.000, número que creemos indispensable si estas bibliotecas han de prestar el servicio á que están llamadas, dentro de las necesidades de la instrucción superior y secundaria en España.

IV.

Pero el servicio de bibliotecas está aún peor que en los Institutos y las Universidades, en nuestras escuelas normales, donde por término medio ingresan anualmente 2.600 maestros alumnos y 1.500 alumnas, en su mayoría de la clase más modesta de la sociedad, y faltas, por tanto, más que otras, de los recursos necesarios para comprar el número de libros que se les exige.

De las 47 escuelas normales de maestros, la que figura en primer lugar, por el número de alumnos, según la matrícula del año anterior, es la de Valencia, que cuenta 165, y la última es la de Canarias, que sólo cuenta 12. La de Barcelona va contenida en el cuarto lugar por constar de 123 alumnos, precediéndola, además de la de Valencia, las de Madrid y Granada, que cuentan respectivamente 141 y 128 alumnos. Existen 29 escuelas normales de maestras, y figuran en primer lugar la de Barcelona, que cuenta 167 alumnas, y en último la de Guadalajara, con 14.

De estas 47 escuelas normales de maestros, una es central, la de Madrid, 40 son superiores y 6 son elementales, debiéndoseles agregar las 29 escuelas normales de maestras. Las de

los maestros cuenta cadauna con su biblioteca especial, y el número de libros que reúnen puede conocerse por el siguiente cuadro :

ESCUELAS.	Número de volúmenes.	ESCUELAS.	Número de volúmenes.
Avila (superior).....	280	Lérida (elemental)....	300
Albacete (superior)....	300	Logroño (superior)....	400
Alicante (superior)....	360	Lugo (elemental).....	300
Almería (superior)....	300	Málaga (superior).....	400
Avila (superior).....	500	Murcia (superior).....	600
Badajoz (superior)....	480	Madrid (superior central)	2.600
Baleares (superior)....	400	Navarra (superior)....	400
Barcelona (superior)...	1.000	Orense (superior).....	380
Burgos (superior).....	290	Oviedo (superior).....	400
Cáceres (superior)....	300	Palencia (superior)....	500
Cádiz (superior).....	700	Pontevedra (superior)..	476
La Laguna (superior)..	300	Salamanca (superior)..	460
Las Palmas (elemental).	200	Santander (superior)...	400
Ciudad Real (superior).	600	Segovia (superior).....	364
Córdoba (superior)....	500	Sevilla (superior).....	1.400
Coruña (superior de Santiago).....	496	Soria (superior).....	400
Cuenca (elemental) ...	200	Tarragona (superior) ..	511
Gerona (superior).....	450	Toledo (superior).....	346
Granada (superior)....	500	Valencia (superior)....	1.200
Guadalajara (superior).	600	Valladolid (superior)..	1.300
Huelva (elemental)....	300	Vizcaya (elemental)...	400
Huesca (superior).....	400	Zamora (superior).....	369
Jaén (superior).....	370	Zaragoza (superior)...	700
León (superior).....	600	Total.....	<u>24.032</u>

No puede darse un ejemplo más elocuente de la pobreza en que aquí se tiene todo lo que se relaciona con la enseñanza popular, que el cuadro anterior. Y es que no queremos reconocer que las escuelas normales son el plantel donde salen los instructores del pueblo, los que han de educar á los niños que mañana serán hombres y formarán la masa común de la nación española. El barómetro que marca los grados de instrucción y moralidad de los pueblos, es la instrucción pública. Por esta regia se puede preguntar: ¿Dónde existen más bibliotecas y más escuelas? Y se puede también responder: Pues

allí hay más instrucción, y allí también existe más cultura y más moralidad en todas las clases.

Pero concretándonos á nuestras escuelas normales, hemos de decir que son superiores á las de otros países, y no obstante que esto es una gran verdad, el diario *La Libertad*, días pasados, se ocupaba de las escuelas normales de Italia, exponiendo el deplorable estado en que se encuentran y aplaudiendo á la vez que el Ministro Baccelli haya emprendido una reforma útil y necesaria en tales establecimientos.

Esto está muy bien. En lo que no estamos conformes es en que *La Libertad* comparase á nuestras escuelas normales con las de Italia, si es cierto que en éstas sucede lo que el colega dice. Las escuelas normales de España, á pesar de las reformas que necesitan, se hallan á una altura incomparablemente mayor que las de Italia. No hay punto de comparación entre ellas, como pudimos observar el año pasado en que visitamos las de Roma, Milán y Nápoles.

Dice también *La Libertad* que sin maestros aptos no hay buenas escuelas. Cierto; pero no lo es menos que sin buenas escuelas no hay, ni habrá maestros aptos en el buen sentido de la palabra. Y que con dotaciones de 200, de 150 y hasta de 65 $\frac{1}{2}$ pesetas anuales, y aun éstas mal cobradas, sería un absurdo pretender maestros aptos. Así, pues, pónganse buenas dotaciones, páguense bien, créense buenas escuelas, dignifíquese la profesión por medio de la libertad de textos y desterrando ciertas rancias costumbres, y no faltarán á millares maestros aptos.

España cuenta con 9.372 ayuntamientos y 32.904 entidades topográficas, y entre estas hay 26.804 menores de 500 habitantes, y ¿sabe el lector lo que dice la ley vigente de instrucción pública sobre la escuela y sobre el maestro que debe haber en ella? Pues dice que en todas esas entidades topográficas que tienen menos de 500 habitantes, los gobernadores, de acuerdo con las juntas provinciales, fijarán en cada año la retribución y emolumentos que puede tener la escuela, porque hasta que las entidades topográficas no tienen mil almas, que son 3.004 las que pasan de ese número en España, hasta entonces la ley no fija un sueldo mínimo, que es el de

2.500 rs. Los *Boletines* de provincia anuncian las vacantes, y no hace muchos días se publicaba una de maestro en la provincia de Madrid, con 76 pesetas anuales, y en los *Boletines* del mes anterior, se anunciaban otras, entre las cuales figuraban las siguientes:

Valdealmendras, sueldo anual.....	88 pesetas.
La Barholai, sueldo anual.....	77 »
Quescuna, sueldo anual.....	71 »

Todas estas escuelas son de niños, y el maestro de la última, por ejemplo, percibirá diariamente la cantidad de nueve céntimos y una fracción.

No llega, pues, á un *perro grande* el sueldo diario de algunos maestros de escuela en España, cosa que puede explicar por sí nuestro deplorable estado de ilustración y el exceso de criminalidad que se nota.

Pagamos, por término medio, una peseta por habitante en España, para las atenciones de la instrucción pública, y esto se ve palpable con examinar el presupuesto de cualquiera de las provincias. Por ejemplo, en la de Alicante resultan los datos siguientes:

Importa el sueldo de los maestros 173.164 pesetas. El de las maestras 107.491. El de los maestros de párvulos 12.765, y de los de las escuelas de adultos 2.774.

El coste total de la instrucción primaria en esta provincia es el siguiente:

Personal y retribuciones.....	328.333 pesetas.
Material y alquileres.....	128.031 »
	<hr/>
Total.....	456.364 »
	<hr/>

De manera, que siendo el número de habitantes de esta provincia 400.000 y pico de almas próximamente, resulta que cada habitante sale gravado con una peseta por gastos de instrucción primaria, cuya cifra es tan exigua que no ad-

mite comparación con la que por tal concepto se paga en Francia, Alemania y Prusia.

Así está justificado el sueldo de 71 pesetas que se le señalan al maestro de Quescuna, por anualidad, y esta cantidad pagada como es proverbial que en España se paga á los profesores de instrucción pública. Y díganos el lector si por ventura aquel que va á tener á su cargo la enseñanza de un niño debe estar retribuído con 71 ó 76 pesetas anuales, añadiendo los emolumentos que representan eso que llama la ley retribuciones. Por mucho, pues, que se quiera exagerar, no hay ningún maestro en esas entidades topográficas, menores de 500 vecinos, que llegue á cobrar más de 1.000 rs., y podemos añadir, porque lo hemos visto en pueblos de Salamanca y Guadalajara, que existen muchas localidades, muchísimas donde el maestro cobraba diariamente 2 rs. de vellón. ¡Qué va á ser de esos niños de cuya instrucción está encargado quien sólo tiene como pago de su trabajo 1.330 rs. al año, quien gana menos que un bracero dentro de su localidad, y quien se halla comprendido en la definición que hace el Código de pobre de solemnidad, ¡de mendigo! ¿Se quiere dignificar al país y que se forme una generación vigorosa y con alientos para remover las dificultades con que todos los días se tropieza en la gobernación del Estado, con una juventud preparada de semejante manera? Imposible.

Unas 3.004 entidades jurídicas tienen 1.000 almas, y sus maestros 2.500 rs. de sueldo, que, con las retribuciones y el material de las escuelas, que algunos se apropian cuando no les pagan, ascienden á 3.000 rs. al año; 625 entidades topográficas tienen 10.000 almas, y sus maestros un sueldo de 4.400 rs.; 86 entidades topográficas pasan ya de 20.000 almas, y en estas tienen de sueldo 5.500 rs., y 12 entidades topográficas pasan de 40.000 almas, teniendo ya los maestros de 8 á 9.000 rs., según la ley, que con las retribuciones y el material podrán representar al año 12.000 rs. Es decir, que próximamente hay 200 maestros que pueden disfrutar, y se consideran muy felices, el sueldo de 12.000 rs. Y es que aquí nos conformamos con bien poco.

Consignaremos aquí, como de pasada, que la provincia en

que existen más escuelas incompletas es en la de la Coruña, donde la suscripción abierta para levantar una *hermosa* Plaza de Toros asciende hoy á la suma de 720.000 reales.

¿No harían mejor los coruñeses en promover suscripciones para crear escuelas?

El dato de los 720.000 reales para una Plaza de Toros permite creer que hacen bastante falta las escuelas en esa región de Galicia, y sobre todo, mejorar el estado de las allí existentes. Y es que España no quiere considerar la instrucción primaria como una de las primeras funciones del Estado, como hace con la religión cristiana, para cuyo culto sostiene 59.079 personas en esta forma:

Curas.....	42.948
Frtailes.....	1.406
Monjas.....	14.725
	<hr/>
Total.....	59.079
	<hr/>

Con la asignación de 170.429.796 reales anuales.

El día que España cuente con 59.079 maestros y gaste en la enseñanza primaria 170.429.796 reales anuales, cambiará la faz de su cultura y se redimirá de la ignorancia. Pero comparemos nuestras escuelas con las de América.

Una escuela de 500 alumnos en Nueva York tiene ocho profesores, cuatro ayudantes y cuatro señoras ayudantas; total 16; mas un director, que es el jefe de los demás profesores, y tiene 15.000 francos de sueldo.

Deberían existir en nuestro país, según la ley del 57, que fué la que adelantó más en la instrucción primaria; deberían existir 29.935 escuelas, y aun cuando hay bastantes ya, no se puede asegurar que pasen de 24.000.

Nuestra enseñanza primaria no tiene programas, ni método, ni material, ni las condiciones necesarias para los profesores. ¡Qué diferencia, con los datos que nos presentan otros países! En los Estados Unidos, por ejemplo, existen 188.618 escuelas públicas, que reciben á 9.729.189 alumnos. La enseñanza se

da por 280.812 profesores de ambos sexos; las 220 escuelas normales se ven frecuentadas por más de 25.000 alumnos, estando dedicados á la enseñanza superior de la mujer 227 colegios.

Para la enseñanza superior hay 351 facultades de letras, 83 de ciencias, 142 de teología, 48 de derecho y 120 de medicina.

La instrucción primaria importa anualmente 81.795.929 duros, esto es, 408.979.645 pesetas, ó de otro modo: 1.635.918.580 reales cada año!!!

Añadiremos á los datos anteriores estos otros que no son para despreciados. Las numerosas escuelas de la ciudad de Nueva York abrieron sus puertas el día 10 del mes de setiembre á 140.000 niños y niñas que á ellas concurren. Para el sostenimiento de las escuelas en este año ha destinado Nueva York 4.300.000 duros.

En presencia de tan elocuentes datos, se nos ocurre añadir como único comentario, que el presupuesto que tiene en España el Ministro de Fomento, para todas sus atenciones es de 44.939.717 pesetas, ente tanto que 418.979.645, destina la gran república, exclusivamente para la instrucción pública.

V.

Y, ¿qué resultados coge España con el olvido en que tiene sus bibliotecas, y la instrucción popular? Veámoslo con los datos que nos suministra la estadística. España contaba en principios del año anterior con un cuadro en la enseñanza primaria, reducido á las siguientes proporciones, que en términos más reducidos dimos en el capítulo segundo.

Escuelas públicas de niños.—Superiores, 200; elementales, 6.605; incompletas, 1.825; de temporada, 295. Total 8.925.

Privadas de niños.—Superiores, 151; elementales, 1.173; incompletas, 425; De temporoda, 214. Total, 1.963.—Total de escuelas públicas y privadas de niños, 10.888.

Públicas de niñas.—Superiores, 41; elementales, 5.913; incompletas, 481; de temporada, 5. Total, 6.440.

Privadas de niñas.—Superiores, 141; elementales, 1.920; incompletas, 594; de temporada, 34. Total, 2.690.—Total de escuelas públicas y privadas de niñas, 7.130, lo que da un resultado de 22.884 escuelas públicas, y 7.154 privadas, igual á 29.038. Faltan los datos de las escuelas privadas de Canarias, porque aquí donde tanto cuesta la estadística, jamás podemos saber con exactitud más que la contribución que se cobra, y las plazas de toros que cuenta España, y los cuarteles y regimientos que tenemos holgando en las murallas y en los pabellones, pensando acaso en preparar algún pronunciamiento que haga la felicidad de unos cuantos desalmados y aventureros, de estos que siempre juegan en los motines militares.

Verificado en 1.º de febrero de 1879 el último recuento de los niños y niñas matriculados en las escuelas públicas y privadas, resultaron en las primeras 842.430 alumnos (inclusos 33.024 párvulos y 49.867 adultos) y 528.614 alumnas (entre ellas 9.936 párvulas y 990 adultas). En las escuelas privadas existían 127.479 alumnos (7.224 párvulos y 9.968 adultos), y 134.765 alumnas (5.167 párvulas y 5.243 adultas). En resumen, 1.633.288 alumnos de ambos sexos, ó sea próximamente uno por cada 10 habitantes.

Madrid, el cerebro de España, tiene en sus diez distritos 36 escuelas de niños, 37 de niñas, 12 de párvulos y ocho de adultos de primera enseñanza con el carácter de públicas.

Con el de privadas existen en los mismos 124 de niños, 166 de niñas, 13 católicas de niños, 19 católicas de niñas, tres protestantes de niños, seis de patronatos, de niñas, una de adultos, 10 dominicales de niñas y 20 academias especiales.

Estos datos arrojan los totales de 196 escuelas de primera enseñanza para niños, 244 para niñas, 12 para párvulos y nueve para adultos, y el total general de 461 escuelas de todas clases.

En febrero último concurrían á las escuelas municipales 9.869 niños de ambos sexos.

A las 358 privadas concurrían en la misma fecha 14.172 niños de ambos sexos.

Las escuelas dominicales son 10, una en cada distrito, y proporcionan enseñanza gratuita á 1.234 niños.

Por los datos que arroja esta estadística puede venirse en conocimiento de lo mucho que aun resta por hacer en España para que desaparezca la ignorancia. Los esfuerzos del Gobierno, los esfuerzos del País deberán encaminarse muy principalmente á que ni un solo ciudadano pueda escaparse sin recibir los beneficios de la instrucción.

Pero ¿cómo responde el Gobierno español al aumento de los alumnos en Universidades, Institutos y escuelas públicas? No lo quisiéramos decir, por honor al País y porque no tengamos que sonrojarnos.

El presupuesto actual de guerra asciende en España á 494.486.820 millones de reales; el de la instrucción pública á 79.758.868 solamente. Sin embargo, no hay que conmovirse ante lo que anuncia un periódico ministerial al decir que «el presupuesto de instrucción pública será objeto de importantes economías en el próximo presupuesto.» Aquí estamos acostumbrados á ir rebajando el presupuesto de este centro administrativo, á la par que se aumenta el de guerra.

¿Y es así como se fomenta la enseñanza popular? No ha de sorprendernos de lo que en España pasa en esto de la enseñanza pública. El censo de 1860 arrojaba la cifra de 6.800.000 mujeres, de las cuales 300.000 sabían leer y escribir, y 400.000 sólo leer, leer como puede juzgar el que se ha detenido á observar cómo martirizan el lenguaje esas mujeres que tienen el privilegio de aumentar las cifras favorables de nuestra estadística intelectual. Aun así, resulta que sólo una de cada diez de nuestras mujeres sabe escribir ó leer. Este es un dato aterrador; pero veamos otros más generales, y meditemos después. El primer resultado, que aparece con una significación favorable al progreso de la cultura, es que desde 1860 á 1887 el número de hembras que saben leer y escribir ha crecido en 2,93 por 100, y el de varones en 1,58. Esto se explica por el mayor número de escuelas que se han creado para la enseñanza de la mujer.

De cada 100 varones, sólo saben leer 2,59, leer y escribir 14,73. No saben leer, menores de siete años, el 17,36 por 100, y mayores, el 45,30.

De cada 100 hembras, saben leer 4,33, leer y escribir, 16,68. No saben leer, menores de siete años, 16,18 por 100, y mayores, 64,78.

De detalles por provincias resulta que la provincia de Alava es la que cuenta mayor proporción de varones que saben leer y escribir (63,42 por 100). Le siguen Burgos con 63,36, Palencia con 62,22, Santander con 62,58 y Madrid con 61,79.

La menor proporción de varones que sepan leer y escribir está en las provincias de Canarias (15,22), Granada (15,61), Almería (17,95), Málaga (18,55), Alicante (19,46), Castellón (19,73) y Valencia (20,58).

En cuanto á hembras que sepan leer y escribir, la provincia de Madrid es la que figura con mayor número, 39,25, y siguen Alava con 32,70, Santander 27,11, Logroño 25,80, Murcia 25,51 y Vizcaya 25,09. Las demás no llegan á la proporción de 25 por 100, descendiendo á 6,80 en la provincia de Castellón, 4,58 en la de Lugo y 4,16 en la de Orense.

La provincia que figura como primera en cuanto al desarrollo total de la instrucción, es decir, tomando en cuenta no tan sólo los que saben leer y escribir, sino también los que saben nada más que leer, es la de Alava, donde carece de toda instrucción el 35,10 por 100 de hembras mayores de siete años y el 16,96 por 100 de varones. Lleva mucha ventaja á la de Madrid, donde carecen de toda instrucción el 43,51 por 100 de hembras mayores de siete años y el 23,17 de varones. Están muy atrasadas en instrucción las provincias de Albacete, Almería, Alicante, Baleares, Castellón, Coruña, Granada, Huesca, Lugo, Lérida, Murcia, Orense y Teruel. En la de Pontevedra se observa que mientras carece de toda instrucción el 75,05 por 100 de varones, sólo se encuentra en este caso el 37,74 de hembras.

En las capitales resulta, como es natural, mayor instrucción que en los demás pueblos de la provincia respectiva. La cifra media de los que carecen de toda instrucción es de 32,22 por 100 en los mayores de siete años, al paso que el promedio

de toda la Península é islas adyacentes es de 45,30. Digna es de mención la capital de Alava. Sólo carece allí de toda instrucción el 13,12 por 100 de varones y el 26,75 de hembras. Ninguna otra capital le iguala. La más aventajada después de Vitoria es Madrid, donde carece de toda instrucción el 15,06 por 100 de varones y el 36,87 de hembras.

Comparando ahora estos datos con otros pueblos de la Europa del Norte, vemos vergonzosamente nuestra situación, y para esto sobra con citar aquí la relación que existe entre algunas naciones de Alemania y España, respecto á la enseñanza.

En Baviera no saben leer ni escribir el 3 por 100 de la población.

En Prusia y Austria el 2 por 100.

En Suiza en 1,95 por 100 de su población.

En España de cada cien varones, saben leer 2,59; leer y escribir 34,72. No saben leer: menores de siete años, 17,36 por 100, y mayores al 45,30.

Y todavía la desproporción es más horrible entre las mujeres españolas que tienen alguna instrucción, en tanto que en Prusia atienden con preferencia á la instrucción de la mujer. Así se comprende que en aquel país existan 700.000 jóvenes dedicadas á la industria, 247.000 á las artes útiles y 13.000 á las artes bellas, esto es, 960.000 mujeres viviendo del trabajo libre, en la mecánica, en el comercio, en los talleres, en las oficinas y en los museos (1). Si España estuviese al nivel de Prusia, no registraría la estadística tantas cifras de mujeres en la prostitución, en las cárceles y en la

(1) Parece que una de las disposiciones más importantes que dictará el Sr. Moret, será una disponiendo el ingreso de las mujeres en los servicios de correos, telégrafos y teléfonos, cumpliendo así los compromisos que adquirió tanto en el Congreso al tratarse del proyecto de ley sobre comunicaciones, como en las conferencias dadas en el Fomento de las Artes y otras asociaciones.

El servicio telefónico que en breve habrá de inaugurarse ofrece una gran oportunidad para la realización de los propósitos del Sr. Ministro de la Gobernación, que son los de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, incansable en cuanto se refiere á este asunto.

mendicidad, arrastradas al crimen y á la miseria por la ignorancia y la falta de hábito en el trabajo. Podíamos mejorar el estado de instrucción de nuestro pueblo y colocarnos bien pronto al nivel de Prusia, si el Gobierno fuera más pródigo con los profesores, y dotara los establecimientos de enseñanza de todos aquellos medios que les son precisos para responder á las necesidades por todos exigidas. Sin esto no progresaremos gran cosa.

El bello ideal de los amantes de la instrucción primaria, es dotar á las escuelas de cuantos elementos prescribe la pedagogía moderna y de las comodidades que sean posible en bien de los alumnos y de la enseñanza.

Si las escuelas de Madrid á más del excelente menaje que poseen y de la ilustración probada de sus profesores estuvieran instaladas en amplios locales de fácil acceso á la niñez, bien en pisos bajos ó para mayor salubridad en primeros pisos con anchas escaleras y grandes ventanas, ¿tendrían defecto alguno?

Pues si en la capital de la nación no se ha dotado á las escuelas de todos los medios conducentes á que la educación sea la más excelente y perfecta, ¿que no ocurrirá en los pueblos donde la escuela y el maestro es lo último de que se preocupan los Ayuntamientos, más que á esto, atentos á las cábalas políticas?

Lastimoso es el estado de los maestros, aunque ha mejorado mucho en los últimos años; no tanto como ellos justamente desean y merecen, pero lo suficiente para contrastar con el abandono en que por parte del Estado, de las provincias y aun de los Municipios vivían hace veinte años.

Pero aún más lastimoso es el aspecto que las escuelas presentan en la mayor parte de los pueblos. En unos, la enseñanza se da en un portal abandonado; en otros, en una habitación destinada á usos de índole diversa, y en algunos al aire libre.

Ninguno de los locales destinados á escuela, y hablamos de casi todos los pueblos de España, tiene condiciones para tal objeto. El menaje, escaso y malo, forma *pendant* con el edificio, y así sea un Salomón, no hay profesor capaz de dar

una educación mediana con tales elementos, y más si á lo dicho se agrega que los alumnos en varias partes emplean en las labores agrícolas un tiempo precioso.

Poco se cuidan los municipios de remediar estos males, aun tocando de cerca sus resultados; se contentan casi siempre con echar la culpa de lo ineficaz de la instrucción primaria al maestro, por lo general víctima del caciquismo y rencillas del lugar.

Dotar á las escuelas de locales apropósito parece á primera vista empresa difícil á los pequeños pueblos y á los de alguna importancia, cuando es fácil de realizar, consignando anualmente en los presupuestos una cantidad á ellos proporcionada, efectuar las obras por contrata y abonar su coste en cierto número de años, mediante un pequeño interés á favor del contratista.

Si los pueblos intentaran esta para, ellos beneficiosa empresa, las Diputaciones provinciales y el Ministerio de Fomento acudirían con algún auxilio, y en corto plazo, millares de escuelas trocarían el portal, la barraca ó el patio, por edificios merecedores de aquel nombre.

Con un poco más de esfuerzo, se dotaría á los nuevos locales del material educativo necesario, y el profesorado, teniendo medios suficientes, combatiría victoriosamente la ignorancia, por desgracia todavía muy extendida en algunas provincias.

Si en las pequeñas poblaciones se ocuparan menos de política y más de lo que de cerca les interesa, se fomentaría la primera enseñanza hasta darla igual perfección que en otros países, más prácticos y menos impresionables que el nuestro.

El maestro no lo hace todo; necesita auxilios de diferentes clases, y el más necesario es el de un edificio en que ejercer su ministerio con decoro y provecho.

Pasan de 10.000 las escuelas de España cuyo local es una molestia para maestros y niños, y una vergüenza para el País; agréguese á todo esto que las bibliotecas populares no están instaladas en ninguna escuela y que de las que se habían concedido por el Ministerio de Fomento hasta 1.º de enero de 1883, ni 100 están abiertas al público, en muy po-

cas de éstas se sirven los pedidos que hacen los lectores, en ninguna se sirve á domicilio, no tienen catálogo, ni local para gabinete de lectura. Y ante estos hechos, ¿para qué comentarios?

VI.

Contrasta tal estado de cosas con la conducta que sigue Italia y Francia en esto de la enseñanza popular. Ahora mismo el Ministro de Instrucción pública en Italia ha dirigido á los profesores del Reino una circular cuya necesidad se sentía hacía mucho tiempo. En esta circular el Ministro recuerda á los representantes del Gobierno las disposiciones dictadas contra los padres de familia que no envían sus hijos á la escuela, y les recomienda muy especialmente que vigilen el cumplimiento de aquellas disposiciones.

La ley que hace obligatoria la instrucción es letra muerta, no solamente en las regiones rurales, donde la vigilancia de las autoridades es, por razones locales, menos eficaz, sino también en algunas grandes poblaciones, sobre todo, del Mediodía. En Nápoles, por ejemplo, es decir, en la capital más populosa de Italia, se puede afirmar que la ley actual sobre instrucción es más desconocida que en parte alguna.

En la referida capital, el problema se complica por razones políticas.

El pueblo no envía á la escuela á los niños de poca edad, por hábito arraigado ya, y porque el servicio de vigilancia deja mucho que desear; pero otras clases sociales no mandan á sus hijos á la escuela por verdadera oposición á las disposiciones vigentes. Aconsejadas por los neo-católicos más fanáticos, impiden que sus hijos obtengan los beneficios de la instrucción, pretestando que la enseñanza que se da en las escuelas es impía, habiéndose excluído de esta enseñanza la religiosa, lo cual no es exacto.

Vese, pues, que la circular del Ministro ha llegado á tiem-

po de modificar el presente estado de cosas, que pudiera ejercer funesta influencia en el porvenir de Italia.

Pero tienden hoy los esfuerzos del Gobierno italiano á dotar de nuevas escuelas todos los pueblos rurales, de aumentarlas en las grandes poblaciones y de dotarlas á todas de un excelente material y de una buena biblioteca.

Francia, por otra parte, ya se anticipó á todas estas reformas, y los que hayan seguido el curso de las discusiones habidas en las Cámaras, á propósito de las mejoras propuestas por Mr. Ferry, tendrán el convencimiento de esta verdad. Entonces fué cuando se concedió al Estado el derecho á revocar los acuerdos de los concejos municipales y provinciales de instrucción pública cuando se opongan á la creación de una nueva escuela.

Con este motivo discutióse ligeramente, por ser casi unánime la opinión de la Cámara, el principio, ya establecido por las leyes, de la enseñanza gratuita y obligatoria; pero fué empeñado el debate sobre los medios que deben emplearse para llevar á la práctica la ley.

La discusión, por lo tanto, se concretó á dos puntos principales: el de economías y el de libertad de los concejos de instrucción primaria para tomar acuerdo en los asuntos de enseñanza.

Respecto del primero, Mr. Ferry pronunció un notabilísimo discurso, confesándose culpable del delito de haber realizado grandes esfuerzos por fomentar la enseñanza con predilección á otras atenciones del Ministerio correspondiente. Dijo que se habían gastado en Francia 220 millones en edificar escuelas y bibliotecas, y que era preciso invertir en esas construcciones 700 millones más para dar á la enseñanza la difusión que debe tener en un país civilizado.

La Cámara ahogó estas palabras con aplausos entusiastas.

El antiguo Ministro recordó á la ligera lo que pasa en Suiza, donde los Municipios parecen inspirados por una emulación de generosidad, y cada cual procura tener mejor acondicionada escuela que los demás.

De aquí se desprende la necesidad de educar á los Municipios en estos sentimientos, para que la enseñanza obliga-

toria se decreta antes en la voluntad de los pueblos y en la opinión pública que en las leyes, á fin de que los resultados sean tan seguros como fecundos.

El segundo punto discutido era saber si en el caso de un conflicto entre la autoridad central y un Municipio ó un departamento, debía resolver el Prefecto, la Cámara ó el Consejo; pero poco importa, bien examinado el asunto, que un conflicto sea resuelto por una ú otra autoridad.

Lo que importa es saber que para que una ley de enseñanza obligatoria sea aplicada con utilidad, necesita más del concurso de las fuerzas morales del país que de la influencia coercitiva del poder central.

Este concurso de fuerzas es lo que hace falta fomentar, no paralizando su desarrollo con reglamentos inflexibles. El Ministerio de Instrucción pública en Francia da hoy modelos para la construcción de escuelas, y programas limitados para la enseñanza, con lo que sólo se consigue que los Municipios que cuentan con medios suficientes, no pueden tener mejores escuelas ni ampliar la instrucción que se dé en ellas.

Si en lugar de un modelo y de un programa *máximum* se diese un programa de enseñanza y un modelo de construcción *mínimum*, claro es que entre los Municipios se despertaría la emulación y se obtendría el progreso verdadero y rápido.

En leyes como la de enseñanza obligatoria, que necesitan raíces en las costumbres para que fructifiquen, hace falta, en primer lugar, educar á los Municipios, para que la mala voluntad de los unos, la ignorancia de los otros, la indulgencia excesiva de las comisiones escolares, la resistencia de los padres y la mala inteligencia de los profesores, unido á las imperfecciones y dificultades de las obras humanas, no hagan inútiles y letra muerta las leyes que están llamadas á realizar un verdadero progreso.

Ya se comprende que con este criterio y estas disposiciones, la enseñanza popular en la vecina República progresa rápidamente, y que como las tendencias de la República han sido difundir la instrucción hasta en los países más apartados de la metrópoli, los beneficios de la enseñanza la sienten por

igual, lo mismo los vecinos de París, que los de las ciudades más insignificantes de las colonias. Y una prueba de esta verdad nos la da una carta de *El Siglo* de París en los siguientes párrafos de su corresponsal, en la Argelia, en que da cuenta del estado de la enseñanza popular en aquella colonia francesa :

«Sidi-Bel-Abbes—dice,—en cuyo casco de población apenas habitarán unas 12.000 almas, pues las restantes viven en el campo dedicadas á la agricultura, cuenta con cuatro escuelas públicas de niños, otras tantas de niñas, y dos colegios pensionados dirigidos por religiosos. Nada hasta aquí encontrarán de notable nuestros lectores. Que una población de 12.000 almas cuente con cuatro escuelas públicas de cada sexo, es en Francia moneda corriente. ¿Dónde está, pues, lo tan digno de admiración? En lo que son estas escuelas. Bajo tan modesto nombre se comprende un establecimiento de primera enseñanza, á cuyo frente se hallan cuatro profesores titulares, bajo la dirección de uno primero, encargado á la vez de la clase superior, con un material tan abundante y adecuado como nosotros no podríamos soñar, é instalados en edificios que, por su grandiosidad y magnificencia, pudieran muy bien llevar el nombre de palacios.

»La descripción de algunas escuelas hará comprender que no exageramos.

»La primera que hubimos de visitar en Bel-Abbes fué la dirigida por Mr. Bonomó, maestro de *Brevete* de título elemental. Alrededor de un gran patio central plantado de gigantescos árboles, y con su correspondiente depósito de agua, se encuentran los cuatro salones de clase, que comprende la superior, medio elemental y párvulos, en que se divide la enseñanza. La clase superior, á cargo del Sr. Bonomó, con una asistencia de cuarenta alumnos, está adornada con profusión de mapas-mundos, con las montañas en relieve proporcional á su verdadera altura. Completas colecciones de láminas de Historia natural, de Francia, artes y oficios, planos de edificios y otros útiles de enseñanza, le dan un aspecto agradable. Como las escuelas son mixtas en cuanto al culto, no se ve ningún signo ó emblema religioso, colo-

cando solo sobre el sillón del profesor un busto en alabastro de la República. Nada de cuanto pueda hacer agradable y útil á la estancia de los alumnos, se echa de menos en la clase. Los cuerpos de carpintería, construídos con arreglo á los últimos modelos, dan sólo cabida á dos alumnos cada uno.

»Como libros de enseñanza...»

Pero basta. Es inútil seguir copiando datos de estas correspondencias.

Conste que en España, y en Madrid mismo, tienen mucho que adelantar la generalidad de sus escuelas para llegar al estado en que se encuentran muchas de Africa.

Y con este solo dato, y con esta observación estaríamos relevados de pedir al Gobierno el establecimiento de bibliotecas populares, una al menos por cada escuela pública, porque cuando las escuelas españolas están en el estado que hoy vemos, no es posible hacerse la ilusión de que nuestras excitaciones serán atendidas.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Se continuará.)





EL JUEGO DE PELOTA

(DE ANDRÉS CHENIER.)

Conclusión (I).

XII.

Cual triple rayo brilla en las alturas,
tremola en su ágil mano tres colores:
trueno su grito victorioso; el mundo,
ante su augusta voz, su voz que sabe,
cual la de dioses, transformar la arcilla
en hombres, se estremece; el luto arroja:
y henchida de esperanza y noble orgullo,
gozosa ríe la familia humana.
Los torröones cäen por sí mismos,
y hasta ¡oh poder! en sus lejanos tronos,
sacudidos los déspotas, dirigen
á su pálida sien trépida mano
para afirmar sus frágiles coronas.
A su soplo de fuego, de repente
huyen de nuestros campos los soldados

(I) Véase la página 344 del tomo anterior.

dispersos, cual la nieve de los montes;
y el hierro á nuestros muros dirigido,
como ante foco ardiente se derrite
súbito á nuestra vista, y se soterra.

XIII.

Renace ciudadano; y en copiosa
mies de soldados tórnase la gleba,
y Ceres misma apréstase al combate.
En sus hijos la patria confiando,
jura afrontar intrépida la muerte;
á los reyes celosos desafía,
y al tráfuga impostor, y del guerrero
el asesino acero, y los delirios
hipócritas de Zoilos habladores.
¡Salud, pueblo francés! ¡Mi mano trenza
para ti las guirnaldas de mi lira:
recobra tus derechos; sé tu dueño!
Por ti, fiera igualdad, bajo el divino
nivel se ajusta todo; y de tu mano
vestida de esplendor, los grandes brotan;
por ti se yergue la, por tanto tiempo,
frente abatida del linaje humano,
y ante los pueblos, únicos señores,
se humillan las llamadas soberanas,
y allana la virtud las altas cumbres.

XIV.

¡Oh pueblo, que dos veces has nacido!
¡Pueblo vetusto y nuevo! ¡Tronco viejo
que á la acción de los años reverdeces!
¡Fénix surgente vivo de la tumba!

¡Salve, salve! á vosotros, portadores
de la luz que mostró nuestros destinos!
¡Os abraza París! ¡Padres de un pueblo!
¡Arquitectos de leyes, que supisteis
fundar con valerosa y firme mano
un código solemne para el hombre!
Una constitución antigua y pura,
basada en sus derechos primitivos,
sagrados y nacidos con el mundo,
del Supremo Hacedor contemporáneos!
Todo lo habéis domado: ¿que os detiene?
Toda rémora ha muerto á vuestros golpes.
Heos subidos ya sobre la cumbre!
Sed pronto en cumplir vuestros deberes;
tenéis una gran cuenta que ofrecernos;
tenéis que limitaros á vosotros
y á los demás, y descender os resta.

XV.

Es léal vuestro pecho; mas sois hombres
y todo lo podéis. De un hombre libre
oid la libre voz. Sólo á vosotros
debéis temeros: reyes, magistrados,
ciudadanos y pueblos, todo el mundo
alimenta en su pecho, aun sin saberlo,
de la ambición á la insidiosa sierpe,
¡árbol impuro de corteza hermosa!
El poder absoluto, aun para el justo
melosos atractivos siempre guarda.
De mucha fuerza nacen los deseos:
todo lo puede ansiar, quien puede todo.
Despreciará, seguro del sufragio
común, la humanidad equitativa
y la decencia de cortés lenguaje.
Engrandece el obstáculo. Espoleado

por él, el hombre con afán persigue
penosa gloria, pero va á perderse
de la prosperidad en el escollo,
y su victoria misma le derrota.

XVI.

Y sobre todo ¡oh padres de la patria!
salvad al pueblo del amargo abuso
de su rápida y fiera independenciam.
Contened en su lecho al mar airado;
le despojasteis de sus lazos férreos,
dirigidle hora en su soberbia infancia,
y que ¡ay! su joven libertad se mueva
en la ley y el deber, equidad y orden.
Celad de que ningún remordimiento
venga á hacer triste su radiante fiesta.
Al rechazar antiguas ignominias,
rompa por siempre en su conquista noble
el ominoso yugo de su cuello,
sin hacerlo pesar sobre otras frentes.
¡No le dejéis en la sangrienta rabia
de inhumano y feroz resentimiento,
manchar su causa y vuestra egregia obra!
No le dejéis sin freno é inconsciente
empuñar en sostén de sus conquistas
tea incendiaria y asesino hierro,
y vengar la razón con atentados.

XVII.

No creas, pueblo, no, poderlo todo.
¡Oh pueblo soberano! Teme, teme
la avidez de tus viles cortesanos,

oradores verdugos, que se llaman
 tus amigos, y atizan el incendio.
 Sujetando el derecho á nuestro orgullo,
 en santa ley convierten las pasiones;
 el pensamiento sufre en sus torturas:
 rebuscando traiciones por do quiera
 ofrecen pasto abominable al odio,
 á la sospecha injusta y al perjurio.
 Sus periódicos, negros de ponzoña,
 son patíbulos, avidos de carne,
 que van por todas partes atizando
 la proscripción feroz y el vil insulto:
 desgarran las entrañas de personas
 que al furor de las bestias entregamos,
 y su muerte nos venden, y de sangre
 llenas están las copas que nos tienden.

XVIII.

La libertad con religioso brazo
 guarda ¡oh pueblo! el nivel inconmutable
 del derecho, del cielo descendido:
 no es su valor feroz y arrebatado,
 y el opresor jamás ha sido libre.
 ¡Perezca el vil! ¡Perezca el lisonjero,
 infame corruptor de pueblo y reyes!
 En sus labios de almíbar siempre se hallan
 el amor á la ley y al soberano,
 ¡y es su Dios la avaricia, el miedo, el odio!
 ¡Y sobre la virtud, su amarga lengua
 destila siempre hieles é ignominias!
 Hidra aplastada en vano, siempre pronta
 á renacer: Seyanos, Tigelinos
 presurosos con todo nuevo dueño;
 si á muerte condenados, agonizan

cobardes, de sus cómplices en mano;
si la matanza triunfa, si perversos
brazos profanan heredados techos.

XIX.

¡Para ellos está bien! ¡Hazte justicia!
¡Oh pueblo soberano! Clama, ronca
esa corte cobarde é insolente.
También dijeron: *¡Está bien!* de aplausos
coronando al cantor incestuoso,
cuando embriagado de romana sangre
con la lira el incendio acompañaba!
Así, de dos partidos los consejos
imprudentes y ciegos la paz roban;
contrarios, pero siempre semejantes
á igual abismo, á idéntica demencia
fatalmente los dos son conducidos.
El uno, necio Vándalo, en su humilde
arrogancia, pretende ser tirano,
al par que esclavo vil, y se incomoda
de que arrastrarse sea vergonzoso.
El otro, su puñal arma del sello
de la ley santa, y saborear ansía
del débil indefenso el miedo y lloros.
Vasallo el uno, el otro ciudadano
su alma perversa de antifaz revisten,
y mutuamente encarnizados, tienen
en nada libertad, verdad y patria.

XX.

El fanatismo pródigo de incienso
y de oraciones se alza noche y día,

ya mártir, ya tirano, ya verdugo
ó rebelde: da aliento á pavorosos
ministros del amor y la concordia
venidos á traer cruenta espada,
y á sublevar contra la tierra el cielo;
rivales de las leyes, sediciosos
humildes, creadores implacables
de odios, de turbaciones y anatemas...
¿Mas dónde voy?... El ojo omnipotente
penetra el corazón, cerrado al hombre,
y antes de que ultrajemos la inocencia,
mil veces perdonemos al culpable.
Si falaces algunos nos ofrecen
escrúpulos fingidos, otros muchos
crédulos son tan solo y virtuosos.
Aún vive la virtud. Brotar dejemos
de ejemplos elocuentes fruto rico;
existen almas, sí, donde la patria
adorada sin pompa y gritería
arde en llama voraz, inestinguible.

XXI.

Libres por estos sabios, de atropellos;
rocas firmes en medio de las ondas,
tus triunfos ¡oh razón, hija del tiempo!
han de fundar la paz sobre las leyes.
Y vosotros, del mundo usurpadores,
sibaríticos reyes orgullosos,
abrid los ojos: ¡pronto! ¡apresuraos!
¿No veis, no veis que santo torbellino
de próximas venganzas os aguarda?...
El huracán ya ruge; prevenidlo;
evitad vuestra próxima caída,
y disfrazad mejor vuestras cadenas;
los pueblos libertad del peso grave

de un déspota; curadles las heridas
que vuestras plantas en su seno abrieron;
la voz del cielo truena en sus murmullos.
Si el aspecto de un Rey prudente y bueno
vuestras costumbres ablandar aun puede,
ó si el acero salvador, que se alza
ya sobre vuestras frentes, os ocupa
el pecho, de temor salubre y sabio,

XXII.

Sed justos: vuestros fútiles caprichos
no constituyen, no, vuestros derechos.
Si vuestro cetro impío se atreviera
á barrenar las leyes; ¡parricidas!
¡Temblad, temblad entonces viles Reyes!
La santa libertad legisladora,
como supremo juez recorre el orbe,
venga al hombre y los crimines castiga.
Temblad: el rayo lanza de sus ojos,
y ante ella á responder, vosotros mismos
tendréis que presentaros, sin diadema,
sin pompa, adulación, ni armados guardias.
Necesidad potente é irresistible
á vuestra frágil majestad arrastra
al soberano tribunal, en donde
recogidos serán todos los lloros,
que ha derramado la familia humana;
¡do, juez incorruptible, y rayo en mano,
oirá al pueblo y los broncineos cetros
fenecerán, á polvo reducidos!

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.



LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)

XX.

HIMNOS DE AROLAS.



AROLAS, el poeta escolapio, nos pertenece por varios conceptos: 1.º como autor de orientales, cantos ú odas amorosas, encendidas en la llama de un sol meridional; 2.º como autor de eróticas no orientales, menos llenas que éstas de la lava y escoria de los volcanes; 3.º como autor de leyendas breves y perfumadas, salpicadas como los poemitas de esta clase de trozos eminentemente líricos; y 4.º como egregio cantor de asuntos morales y religiosos, tratados con el entusiasmo propio de la oda sublime.

En 1842 vió la luz en Barcelona un tomo de poesías de Arolas. Una segunda edición revista y aumentada, acaba de salir en Valencia (1883 librería de Pascual Aguilar). El prólogo sin firma con que empieza el libro del romántico

(1) Véase la página 449 del tomo anterior.

poeta, es un tejido de vaguedades que nada enseñan. ¿Cuándo querrá Dios que las introducciones y prefacios en España sean algo más que alabanzas difusas y confusas del escritor celebrado? En poesía lírica española ¿cuán poco ha trabajado la crítica que en todo se mete! Omitiendo el nombre del discreto historiador de la poesía lírica en el siglo XVIII, ¿qué otros pueden citarse con justos encomios entre los prologuistas de la Biblioteca de Rivadeneyra? Sobrios apuntes, noticias biográficas, rápidas ó inconexas, juicios críticos contradictorios, materiales informes apilados desordenadamente, es todo lo que el aficionado á la historia literaria encuentra en ese monumento admirable, digno por otra parte de las mayores alabanzas. ¿Qué poeta lírico eminente, ni dramático tampoco, ha tenido la fortuna de encontrar un Fernández-Guerra, biógrafo insuperable de Quevedo? Un retrato de cuerpo entero por fuera y por dentro, es ardua empresa llevada por muy pocos á su cima. «*El poeta H: su siglo y sus obras,*» título expuesto por algunos escritores á discursos del doctorado, á oraciones académicas henchidas de generalidades enfáticas ó á breves disertaciones que se quedan en la primera estación de la vía. Pero no ya un retrato de cuerpo entero de algunos líricos insignes pedimos con mucha necesidad: nos satisfaría un libro como el de Molíns sobre Bretón, y nos colmaría de placer otro como el de D. Luis Fernández-Guerra y Orbe acerca de la vida y milagros del zaherido y famoso poeta Alarcón, el de *La Verdad Sospechosa*. Pedimos y suplicamos que no se escriban prólogos como el de la segunda edición de D. Juan Arolas.

El presente Esbozo Histórico adolece de la enfermedad que ingenuamente lamentamos. Camina con rapidez por entre nebulosidades. Falta grave, tiene fácil disculpa en la escasez de libros que nos aflige, en la pobreza de datos que existe en los pocos reunidos con dinero y paciencia, y sobre todo, en el carácter de suyo generalizador que distingue estas excursiones literarias, destinadas únicamente á marcar los jalones y lindes del arrecife ancho y cómodo que ha de trazarse entre selvas espesas, cerros pelados y descauzados torrentes.

Arolas es un gran lírico que merece un retrato de cuerpo entero. En este lugar tendrá que contentarse con dos ó tres pinceladas y rasguños. Veinte poesías religiosas son en este capítulo objeto de breves consideraciones.

1.^a *Las Armonías.*

Está en cuartetos ó sea en estrofas de cuatro endecasílabos, enlazando el 1.^o con el 3.^o y el 2.^o con el 4.^o

Los pinos son las arpas del desierto
que, entregando á los euros su ramaje,
dan á la soledad largo concierto
con un eco monótono y salvaje.

Los *euros* gustaban mucho á Arolas, porque abusa del vocablo poético.

Las Armonías, como las restantes poesías religiosas del ilustre escolapio, no son himnos porque no se destinaron al canto; pero como valientes odas de la fe cristiana son excelentes himnos. El poeta sacerdote oye los armoniosos que levanta á su Creador la Creación entera.

Esa voz funeral de la campana
que resuena en el alto monasterio,
da sinfonía tétrica y lejana
con los más graves tonos del misterio.

.....

Sonido de la brisa que traviesa
va jugando entre lirios y espadaña,
susurro del insecto que los besa,
murmullo del arroyo que los baña,
gorjeo de avecilla que enamora,
canto del ruiseñor que penas calma,
vosotros sois la música sonora
que extásia el corazón y es dulce al alma;
mas cuando airado Dios omnipotente
nubla ese cielo de zafir sereno,
y le presta la luz del rayo ardiente,
por el espacio retumbando el trueno;

esa voz de terrible fortaleza
 es un grito de enojo al hombre reo,
 para el justo una muestra de grandeza
 y una lección de fe para el ateo.

2.^a *Canto religioso.*

Consta de tres párrafos en versos de doce sílabas, que dividiéndose en hemistiquios de seis, fluyen cadenciosamente con proporciones y condiciones musicales, que revelan en este canto aspiración al himno propiamente dicho. El párrafo ó parte segunda adolece de amaneramiento y monotonía en sus frases finales: ¡Dios calla! ¡Dios hiere! ¡Dios mira! Pero la solemnidad pindárica de esa elevada poesía, las enérgicas y sobrias pinceladas con que retrata la omnipotencia formidable de Dios y la vana pequeñez del hombre, las galas espléndidas de que el *Cisne del claustro* hace magnífica ostentación, convierten esta oda en un himno que no cede á los de Vida ó Prudencio.

Yo tiemblo á tus iras, cual grímpola leve
 que azotan los vientos en golfo profundo:
 si truenas, me escondo; mi pie no se mueve,
 cual si desquiciases los ejes del mundo...

Si envías el hambre, los Reyes más vanos
 que pisan el oro, llorando sus yerros,
 serán como furias que muerdan sus manos,
 y el pan se disputen que comen los perros;
 y á nobles infantes, que ensalza su cuna,
 colgados de un seno sin fuentes de vida,
 famélicas madres darán por fortuna
 las últimas gotas de sangre perdida.

Si envías la guerra, la aurora que hiciste
 verá hervir el mundo con bélico alarde;
 verá ser el mundo sarcófago triste,
 la luz amarilla del sol de la tarde.

Y el ancho Danubio, lamiendo las rocas
 con lengua rojiza que anuncie escarmiento,
 raudales de sangre dará en cinco bocas,
 que corren al fondo del mar turbulento.

Si viertes la copa de airados furoros
do el rey de los astros sus vuelos encumbra,
será mancha enorme de opacos colores,
final esqueleto del sol que hoy alumbrá.

Sin hombres la tierra, sus ámbitos solos
verá, si te olvida con ciego idolismo;
si miras con ceño, vacilan los polos,
si el brazo levantas, ya todo es abismo.

¡Qué soberbia expresión! No es inferior esta imagen estupenda al *omnia pontus erat* del poeta latino al describir el diluvio. Ni tiempo ni ocasión hay para fijarse en algún epíteto ocioso ó en algún neologismo innecesario: la belleza lírica envuelve con piadoso y lujoso manto mayores defectos.

3.^a *La Creación.*—*Himno al Supremo Ser.*

Así la apellida el autor. Tiene variedad de metros, gusto romántico poco laudable; si bien en la hipótesis de que este canto sea propiamente tal, resultaría oportuna y hasta plausible la diversidad de rimas. No tiene la solemne entonación del *canto religioso* ni sus golpes de efecto, pero abunda en gallardas descripciones.

Del sol de topacio
la luz se dilata
por todo el espacio
cual rayo de plata.

La bóveda toda
reviste su giro
con traje de boda,
color de zafiro.

Su seno que crece
revela la nube:
la brisa la mece,
la brisa la sube;

ó en tiendas flotantes,
de rojo amaranto,
con varios cambiantes,
divide su manto.

.....

Tiende el valle su alfombra de verdura,
la colina su término le sella,
y do nace una brisa que murmura
nace una leve flor que es hija de ella.

El remanso que forma fuente fría,
remeda sombras trémulas, verjeles;
miente nubes de hermosa pedrería,
y sauces que desmayan en doseles;

aves, que se columpian en las ramas,
insectos, que festejan á las rosas,
de celajes de púrpura las llamas,
y ornatos de elegantes mariposas.

El espumoso mar ocupa un centro;
y, aunque amarga su furia turbulenta
con la tierra chocar en duro encuentro,
sobre linde arenosa desalienta.

Y es como ardiente esclavo que, nacido
para lucha feroz y bramadora,
con un lazo de flores detenido,
besa el nevado pie de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya,
se despierta en los golfos peligrosos,
y tumbos bullidores en la playa
levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños istmos y arenales,
y es Rey que de mil islas se enamora,
y les rinde tributo de corales,
y de perlas y de ambar que atesora.

Le pagan claros ríos homenaje,
y algunos tan subidos en orgullo
que sienten el humilde vasallaje,
y mueren con un hórrido murmullo.

La lima no ha trabajado mucho en las composiciones poéticas de Arolas. Las eses de *fría*, *frente* y *forma* producen desagradable cacofonía. Incorrecciones son éstas fáciles de evitar. Lo que no puede negarse es el vivo color de descrip-

ciones tan bellas. El naturalista, ó mejor dicho el colorista, las haría suyas de buen grado.

4.^a *Flores del alma.*

Poesía en cuartetos. Algunas veces toma el carácter sentencioso.

Bajo la planta rústica oprimida,
rinde olor la violeta y embalsama;
y es como la virtud que, perseguida
como no tiene hiel, perdona y ama.

Más grande que los mares extendidos
es el alma del hombre en sus arcanos;
y el polvo de sus restos consumidos
no llenaría el hueco de dos manos.

El sacerdote se acuerda del *unum ovile, unus pastor*, un solo rebaño, un solo pastor, á que aspira la Iglesia católica, y el poeta, mecido en sueños de libertad y progreso, exclama:

Pues todo lo nivela y lo concilia,
y arrancando del mundo las murallas,
hará de todo el mundo una familia,
sin linderos, ni términos, ni vallas.

Con este cuarteto ramplón y malamente versificado, que envuelve una utopía jurídica en versos inarmónicos, concluye la poesía:

Hay una nación fuerte y aguerrida,
y un sabio ha escrito en ella, en dos renglones,
que la pena de muerte irá abolida,
segun el giro actual de las naciones.

5.^a *Meditación.*

El poeta ve á Dios en todas partes; en las altivas montañas, en la luz que las ilumina, en el cráter de los volcanes, en las venas de las fuentes, en los breñares poblados de malezas, en los picos donde el águila renueva sus días, en las olas del mar y hasta en el enorme cetáceo...

.... que, entre hielos,
que muros de cristal pueden decirse,
alza dos ríos de agua hasta los cielos,
y agita el mar del norte al rebullirse.

Al ocuparnos en odas elevadas y no religiosas, veremos una descripción naturalista y valiente de la pesca de la ballena en mares boreales.

La *Meditación* recuerda muchos rasgos de los salmos de David.

6.^a *Himno de la noche.—Súplica al Criador.*

La súplica es ésta (cuarteto final):

Tenga tranquilo hogar, pecho sin hieles,
palabras de tu amor, rostro sin ceño,
el pan de mi trabajo, amigos fieles,
y de tu santa paz el dulce sueño.

Dos bellas descripciones episódicas llenan este himno de la noche, que empieza pintando la hermosa puesta del sol, y reclamando paz y soledad para cantar lo que cantó Arolas:

Deme el cielo en la choza solitaria
del arpa de Sión la melodía,
y escríbase en mi losa funeraria:
Dios, Amor y la dulce Poesía.

Uno de estos episodios es el siguiente:

Un insecto de púrpura y topacio
sobre flexible tallo se asegura,
y á su cerrada flor, que es su palacio,
estas quejas tristísimas murmura:

—Ábreme, hermana mía, el blanco seno,
que vengo fatigado del camino;
por extraño pensil, de lilas lleno,
me perdí susurrante peregrino.

Me persiguió un rapaz de ojos azules,

y por huir su mano codiciosa,
 escondido entre ramas de abedules,
 me sorprendió la noche tenebrosa.

Al tiempo de besarse dos amantes,
 crucé por una gótica ventana,
 y sus ósculos tiernos y constantes
 empañaron mis alas de oro y grana.

Gozaba en su balcón auras amenas
 una bella de formas celestiales;
 quise entrar en su pecho de azucenas,
 y huyó de allí cerrando sus cristales.

Errante voy y encuentro poseído
 todo cáliz, do bebo la ambrosía,
 de sonoro amador que está dormido:
 ábreme tu capullo, hermana mía.—

Poco á poco la flor va desplegando
 su seno virginal al que la llama,
 y ofrece á su cariño lecho blando...
 ¡delicioso jardín!... esa flor ama.

El cisne de las eróticas orientales se descubre en las religiosas, deleitándose en los vagos amores de una flor y de un insecto. A esta episódica divagación añádase la de las nubes y los vientos, y la *Súplica al Criador* se verá reducida á un par de cuartetos. Esta falta de plan, esta desproporción entre el asunto principal, fundamento de la unidad, y los episodios, fundamento de la variedad, se disculpa por la inspiración, audaz y mal regida, del espíritu romántico, y la tendencia de Arolas á pintar cuadros de la naturaleza, animados y embellecidos por las galas del amor.

7.^a *El hombre.*—*El ángel bueno y el ángel malo.*

En la introducción de esta larga poesía, el vate recuerda los vagidos de dolor que desde el nacer produce el hombre, y se presenta en cuna de flores un niño que duerme, como el cisne en un lago de márgenes de rosas y alelíos, ó como el pequeño alción en su nido, que flota sobre la espuma de los mares.

De los cielos baja un ángel hermosísimo.

Sus cabellos que hería el aura leve,
 como el ébano negros y bruñidos,
 eran gasa de luto sobre nieve,
 por los hombros y espalda desprendidos.

Su túnica bordada de luceros,
 desmayándose en pliegues por la falda,
 dejaba en libertad los pies ligeros,
 que calzaban coturnos de esmeralda.

.....

Mientras esta visión sin pena alguna
 absorto en su placer me entretenía,
 ví alzarse al otro lado de la cuna
 sulfúrico vapor, niebla sombría.

Era Luzbel, retratado con épico vigor por el poeta. Merece este bosquejo ser reproducido:

Ya en las negras cavernas del abismo,
 al llanto del precito siempre sordas,
 es, á más de verdugo de sí mismo,
 torvo adalid de las tartáreas hordas.

Mónstruo entre fiera, sátiro y harpía,
 conjunto abominable de torpeza,
 oprobio de la luz, baldón del día,
 alzaba como escollo su cabeza.

La ensortijaban sierpes por cabellos,
 que en sus sienes surcadas rebullían;
 eran de tigre en furia sus resuellos,
 en tanto que las sierpes le mordían.

Cual de cerda que cría en selva brava
 jabalí montaraz, áspero bruto,
 era su luenga barba, y le tapaba
 con feo desaliño pecho hirsuto.

Negra sangre salía de su boca,
 de tan amarga hiel, de tal ponzoña,
 que las piedras abrasa si las toca,
 y do cae, la hierba no retoña.

Carbones encendidos son sus ojos,

ata en nudos su cola serpentina,
que se agita al rigor de sus enojos;
tiene rostro infernal, forma ferina.

Esta poesía vigorosa es lírico-épica: lírica, porque refleja en brillantes imágenes el sentimiento subjetivo del poeta, asombrado de la lucha entre el bruto y el ángel, que se disputan el dominio de la naturaleza humana; y es épica, porque se dilata en personificaciones y etopeyas, y usa y abusa de la forma narrativa, que se compadece mal con la rápida enunciación, característica del género lírico.

8.^a I.—*Armonía religiosa*.—EL ALMA.

¡Emanación celeste y escogida,
que descienes de climas superiores!
¿Cuándo te uniste á mí, sin ser sentida,
para correr la senda de dolores?...

Obra del Hacedor, eres su aliento;
no desmientes tu cuna soberana.
Tú naciste en el claro firmamento
más sublime que el sol que lo engalana.

En esta gran tensión está la oda. La inmortalidad se pinta con vivos colores. Las grandezas y esplendores á que en la vida terrena aspiramos, inspiran al vate religioso frases levantadas.

¿Qué ha sido el esplendor que te ceñía?
Fuego fatuo, fosfórico y errante,
que, halagando el dintel de tumba fría,
es nocturna irrisión del caminante.

¿Qué ha sido aquella fama vagabunda?
Sirvió para dar bulto á la rüina,
fué aluvión que destruye y no fecunda,
rayo que da fulgores y calcina.

8.^a II.—*Himno al Criador*.

Es la parte segunda de la *Armonía religiosa*: la primera, *El Alma*.

Himno se dice como cántico de alabanzas al Gran Sér, Lumbre, Salud y Principio de las cosas.

Que Dios formó la lluvia y el rocío,
pintó también la aurora nacarada,
y llenó los espacios del vacío
con globos que ha sacado de la nada.

9.^a *Himno á los ángeles.*

Es magnífico. Para demostrar Chateaubriand la superioridad de la poesía cristiana sobre las musas del paganismo, eterna invocación y recurso irremplazable de los clasicistas ó pseudo-clasicistas, opuso á las ninfas de fuentes, ríos, montes y selvas, los espíritus que son invisibles auxiliares del hombre: los ángeles.

Ellos aparecen en el canto de Arolas en sus variadas y poéticas funciones. Las ondinas, dríadas y hamadriadas se esconden avergonzadas ante las huestes luminosas que evoca el poeta católico.

Tranquilizan los párpados que lloran,
ó mecen de los huérfanos la cuna;
nos envían los sueños y los doran,
en despique de agravios de fortuna.

Otros calman las iras y venganzas,
sirven de estrella y norte al peregrino,
y hermocean con dulces esperanzas
la polvorosa nube del camino;

ó en la cumbre del monte levantado,
do las aguas derrumban á su asiento,
con un eco uniforme y prolongado
de más profunda voz que la del viento,
detienen cariñosos y propicios
la planta que flaquea vagorosa
del que pisa en los altos precipicios
piedra resbaladiza y peligrosa...

Halagan con recuerdos deleitosos
el desamor de vida solitaria,

y guardan el placer de los esposos
y dan fragante amor á la plegaria.

Las lágrimas del justo, que da quejas,
sirven á sus cabellos de ornamento;
y, al sacudir las nítidas madejas,
rocían el celeste pavimento.

Los suspiros de virgen querelosa
atesoran en urna cristalina,
para dar las fragancias á la rosa
y á la primer violeta matutina...

Dan una tabla al náufrago que llora
perdido en la extensión del mar profundo,
un remedio al enfermo que lo implora,
y un destello de luz al moribundo.

10.ª *El ángel caído.—El toque de la oración.*

Pinta la caída de la tarde y el progreso de la noche. Canta
la voz del sagrado bronce:

Su voz ha sido un canto
que la alabanza encierra
del que es tres veces santo,
Señor de cielo y tierra.

Pasa una extraña visión por los cristales deslucidos de la
ventana:

¿Quién eres? ¿Eres Gabriel,
conductor de querubines?
¡Ah!... tu aliento de jazmines
dice que eres Ithuriel.

Es el ángel que vió Milton reprimir los furros de Luzbel,
sublevado contra el Omnipotente. En el párrafo 2.º, Ithuriel
responde al poeta, que le pregunta acerca de su misión, que
al descender el sol, como un guerrero, de su carro triunfal,
él, errante por las llanuras del aire, oyó la voz de una cam-
pana que marcaba en la torre de un convento la hora de la
plegaria vespertina. Voló al claustro é hizo gustar en taza

de oro á las vestales el néctar de los cielos; recorrió sus pobres lechos dejándoles sueños dorados; multiplicó las flores de sus jardines, y ahuyentó los espíritus de las tinieblas. El eco de los dolores del poeta atrajo al ángel á la casa donde suspiraba, y por satisfacer su deseo, le cuenta algunos secretos de la región divina.

En la parte III, titulada *El ángel caído*, se describe con hermosos colores la lucha de Miguel y Satanás, con sus enemigas huestes: valiente descripción, que desmerece si se la compara con otras análogas, más circunstanciadas y soberbias, de poetas épicos.

El núm. 4.º es sólo un cuarteto, que dice huyó Ithuriel de la tierra, después de pintar estas batallas de ángeles.

II. *El juicio final.*

Consta de dos escenas. En la 1.ª, después de presentarse las señales apocalípticas con solemnidad digna del asunto, hablan mujeres tan ilustres como Eloisa, la amante y amada de Abelardo; Laura, famosa por las canciones del enamorado Petrarca; Leonor de Este, querida del célebre Tasso, é Isabel de Segura, que tuvo por lecho nupcial la tumba de Marsilla. El Eterno exclama:

Venid á mi seno de paz y alegría,
y en lechos de estrellas gozad allí todas,
sin sombras que pongan su límite al día,
placeres eternos y eternas las bodas.

En la escena 2.ª se presentan los tiranos Nerón, Calígula, Heliogábalo y Caracalla, entre coros de matronas y de pueblos, que piden justicia al Juez Supremo para aquellos mónstruos.

Pagad vuestra deuda, que el mundo reclama;
cumplido está el plazo, comienza el dolor.
Mirad los abismos con hórrida llama;
pagad vuestra deuda: ¡justicia, Señor!

Es poesía lírica en el fondo, épica en la forma interna y en la externa dramática. Su versificación es brillante.

12. *Majestad y Justicia de Dios.*

Por no alagar mucho este capítulo, diremos solamente que está escrita la poesía toda con la misma ó más vigorosa entonación que el cuarteto final:

Sobre los tristes males que lloramos,
 tiende mano benéfica y propicia:
 grande es tu majestad y la adoramos,
 témplanos el rigor de tu justicia.

13. *Himno de la mañana.*

Rico en graciosas descripciones: la de las horas, hijas del tiempo, muy bella. En esto se condensa el himno:

¡Origen y principio de ti mismo,
 eterno en el empíreo donde moras,
 que miras las estrellas y el abismo,
 de tí viene la luz y tú la doras!

14. *La Deuda del muerto.*

Es una breve leyenda religiosa del castigo de un avariento. Su lirismo, sostenido con galanura, le roba el carácter épico de este linaje de poesías, fragmentos de la epopeya.

15. *El hombre.*

Canta, en quince estrofas, la caída de Adán, el Diluvio, el orgullo de Babel, la ruina de las ciudades nefandas y la soberbia, en fin, y la vanidad del hombre, polvo y humo ante las justas iras del Eterno.

16. *Flores del alma.*

Colección de máximas morales.

«Hay eco en el gritar del maldiciente.
 La calumnia es carbón: sólo una brizna
 que se arroje á la faz del inocente,
 si no logra manchar, al menos tizna.

17. *Adán á su compañera después de su caída.*

Huyamos de sus iras; mas ¿adónde?

Si no apaga su sol, ¿quién nos esconde
del ofendido Dios?

Y si de noche oscura se presenta,
¿no hará, con su mirada que calienta,
cenizas de los dos?...

Oda elegiaca matizada de imágenes y pensamientos que deslumbran.

Mas ¡ah! que con su dedo omnipotente,
sostiene todo mar y continente,
y el dedo encogerá;
y desquiciado entonces con asombro,
para vagar en átomos de escombros,
el mundo caerá.

18. *Armonía religiosa.*

Pone en boca del alma al despedirse de este valle de lágrimas palabras de religioso entusiasmo:

Adiós, ciudad de llanto, cuyas puertas
se abren de par en par á los dolores;
ciudad sobre laguna de aguas muertas,
que levantan sus fétidos vapores...

19. *La Providencia.—Himno al Hacedor.*

Es entusiasta. Invoca al Sér que sabe el número de las olas que riza el mar y las hebras de luz que desatan los astros. Pinta al justo, sereno, inmutable en medio de las ruinas del Universo.

¡Vela!... Si todo el mundo con asombro
despidiese al caer fragor robusto,
el átomo más débil de su escombros
no pudiera tocar al hombre justo.

20. *Laura y el Angel.*

Leyenda religiosa, pura y suave. El ángel custodio de la

niña inocente, que al oírla cantar un himno de David creía trasportarse á los cielos, deja de acompañarla y vuela á las alturas al sonar un beso criminal en la mejilla de Laura. Es que voló la inocencia.

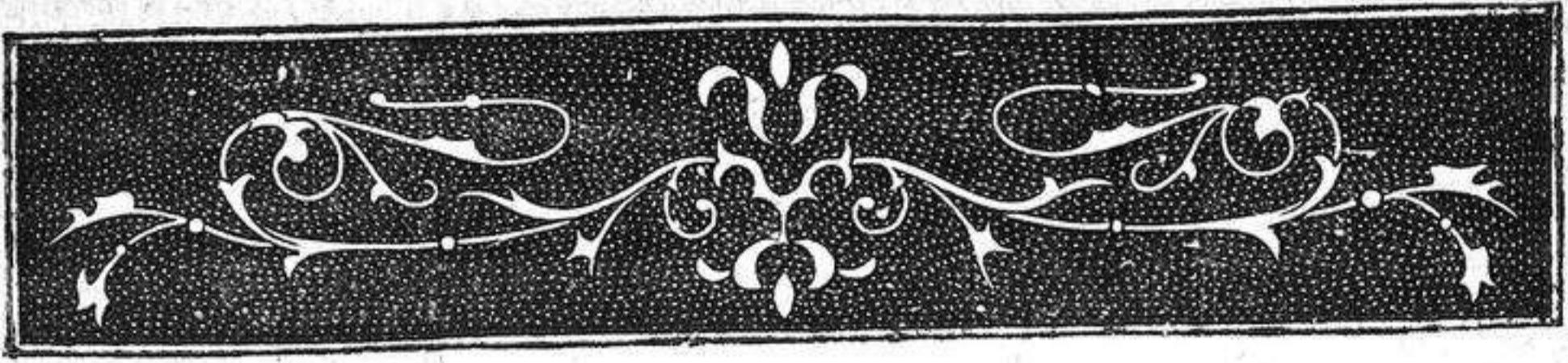
La estrechez del espacio en que nos movemos impide largas consideraciones sobre las poesías religiosas del escolapio. Lira de fuego, caldeada en el horno del romanticismo, arroja al vibrar candenciosamente, imágenes poéticas, no tan luminosas que el humo respete su diafanidad, y palabras ardientes, no tan puras que el amor santo y divino se destaque vigoroso sin apariencias de amor carnal ó mundano.

Las odas eróticas nos revelarán el corazón apasionado del sacerdote Arolas.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)





DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).



ATALIA se llevó á los labios la mano de su madre, y ésta besó la frente inclinada de su hija.

—Oye siempre mis consejos y no olvides que eres una Lassounska... é hija mía—añadió.—Sé feliz y ahora ya puedes retirarte.

Natalia salió silenciosa.

Daríala siguió con la vista diciendo para sí: «Se parece á mí; también ella sufrirá por el corazón, pero será menos expansiva que yo.» Y se sumergió en las reminiscencias del pasado... de un pasado ya muy lejano... Después hizo llamar á Mlle. Boncourt y estuvo mucho tiempo encerrada con ella. Después de despedirla llamó á Pandalewski, pues quería absolutamente saber la verdadera razón de la marcha de Roudine. No hay que decir que su amigo la tranquilizó completamente. Este era su papel.

Al día siguiente fueron Volinzoff y su hermana á comer á casa de Daríala, y aunque ésta siempre había sido muy ama-

(1) Véase la página 475 del tomo anterior.

ble con ellos, aquel día les acogió con particular benevolencia: Natalia sintió una inmensa tristeza; apesar de que Volinzoff se mostró tan respetuoso con ella, entraba tan tímidamente en conversación, que no pudo menos de agradecersele en el fondo de su corazón.

El día había sido tranquilo y hasta poco divertido, pero al separarse, todo el mundo comprendió que se había vuelto al antiguo modo de ser, lo que no era poco.

Sí, la antigua existencia comenzaba para todos, hasta para la misma Natalia. Cuando se quedó sola, al fin se arrastró hasta su cama, con gran trabajo, y fatigada, llena de angustia, se dejó caer en la almohada.

La parecía el vivir tan amargo, tan vulgar y repulsivo; estaba tan avergonzada de sí misma, de su amor, de su tristeza, que en aquel momento hubiese probablemente consentido en morir. Tenía aún en perspectiva muchos días de pesar, muchas noches sin sueño, muchas agitaciones y disgustos; pero era joven, su vida apenas comenzaba, y tarde ó temprano, la existencia con su actividad y las inevitables distracciones que trae, se sobrepone á cualquier golpe que sea. Cualquiera que sea el golpe que abata á un sér humano, no puede impedir—perdone el lector la rudeza de la expresión—el comer el mismo día, ó al siguiente, y esto es ya el primer consuelo. Natalia sufría cruelmente por la primera vez; pero ni el primer sufrimiento, ni el primer amor se renuevan, y el debemos dar de esto gracias á Dios.

XIII.

Habían trascurrido cerca de dos años; estaban ya en los primeros días del mes de mayo. Alejandra Paulowna, pero no ya Lipina, sino la Sra. de Lejnieff, está sentada en su balcón. Hacía ya más de un año que se había casado con Michael Michailowitch, y está tan bella como siempre, solamente algo más gruesa. El balcón comunica por unos cuantos escalones con el jardín, en donde hay un ama de cría paseando en sus brazos á un niño sonrosado, vestido con una

capa blanca y con un sombrero también adornado de blanco. Alejandra no separa de él los ojos. El niño no llora, sino que se mama con gravedad el dedo gordo, y mira á su alrededor con aire tranquilo. Todo en él denota ya el hijo de Michaël.

Nuestro antiguo amigo Pigassoff está sentado al lado de Alejandra.

Ha adelgazado mucho, y se le ha puesto el cabello gris desde que no le hemos visto. Su espalda se ha encorvado, y silba al hablar á causa de la pérdida de un diente que se le acaba de caer. Este silbido aumenta aún más la acritud de sus discursos; la extremada irritabilidad de su carácter no ha disminuído con los años, pero se ha suavizado su talento, y la misantropía se repite más á menudo que antes. No está Michaël en casa, y le esperan para tomar el té. El sol ha desaparecido dejando una raya color de oro pálido, que se extiende por todo el largo del Occidente, mientras en el lado opuesto del cielo se dibujan dos líneas de colores diversos; la más baja tira á azul, la otra, más elevada, entre rojo y violeta. Nubes ligeras se confunden en las alturas del cielo; todo parece anunciar un tiempo magnífico.

Pigassoff se echó de repente á reír.

—¿Qué os sucede, Africano?—preguntó Alejandra.

—Nada, nada absolutamente. Ayer oí á un aldeano que decía á su mujer, que estaba hablando hasta perder el aliento: «Vamos, deja de charlar.» Esta expresión me ha gustado mucho, porque, en efecto, ¿hay alguna mujer que sea capaz de razonar? Ya sabéis que yo exceptúo siempre á las personas presentes. Nuestros padres, que eran mucho más sabios que nosotros, representaban en sus cuentos á las jóvenes sentadas debajo de una ventana, con una estrella en la frente, pero con la lengua muda. Eso debería seguir siendo así: Juzgad vos misma. Antes de ayer, que ví á la mujer del gobernador, me vino á lanzar á la cabeza (lo que esperaba mucho menos que una descarga de pistola); que mis *tendencias* no la agradaban. ¡Mis tendencias! ¿No sería mucho mejor que una benévola disposición de la naturaleza hubiese privado á esa señora y á todas sus hermanas del uso pernicioso de la lengua?

—Nunca cambiaréis, Africano, siempre tenéis que decir de nosotras, las pobres mujeres. Casi estoy por compadeceros de esta idea fija, como lo haría por una desgracia.

—¡Una desgracia! ¿qué es lo que decís? Primero, que yo no conozco en el mundo más que tres desgracias, que son: el vivir en invierno en un cuarto frío, llevar en verano botas muy estrechas, y el pasar la noche con un niño que llora y á quien no hay derecho para pegar con un látigo. Además, ¿no me he convertido en uno de los hombres más pacíficos del globo? Se me puede poner por ejemplo á los demás seres humanos; tan grande es la moralidad de mi conducta.

—¿De veras? ¿Os conducís bien? ¿Pues cómo ha sido que ayer, sin ir más lejos, vino á quejarse de vos Elena Antonowna?

—¡Me dejáis admirado! Quisiera saber lo que os ha dicho.

—Pues me ha dicho que todo un día os habéis obstinado en no responder á sus preguntas, sino ¿qué? ¿qué? Y esto con la voz más ridícula.

Pigassoff se echó á reír.

—Convenid, señora, en que la idea era muy buena.

—¡Admirable! ¿Cómo podéis ser tan impertinente con una mujer?

—¿Con una mujer? ¿Conque, según vos, Elena es una mujer?

—¿Pues qué es á vuestros ojos?

—Un tambor sencillamente; un verdadero tambor, en el que se pega con varitas.

—¡Ay, amigo mío!—exclamó Alejandra deseosa de cambiar de conversación,—parece que hay que felicitaros.

—¿Por qué?

—Por el fin del pleito de los prados de Glinova, que al parecer conserváis.

—Sí los conservo—respondió Pigassoff con aire sombrío.

—Hace ya tantos años que trabajáis para lograr esto, y ahora parece que no estáis satisfecho.

—Tengo el honor de haceros observar—replicó lentamente,—que no hay nada más desagradable en este bajo mundo

que una dicha que os llega tarde; pues lejos de proporcionarnos un placer, os priva solamente del más precioso de nuestros derechos: el de enfadarse y maldecir nuestra suerte. Sí, señora, lo repito, una felicidad tardía no es sino una burla amarga que ofende.

Alejandra encogió imperceptiblemente los hombros sin responderla, y gritó:

—Ama, me parece que ya es hora de acostar á Michá. Tráemela.

Alejandra se dedicó á su hijo, y Pigassoff se retiró murmurando al otro extremo de la terraza.

De repente apareció al fin del camino que atravesaba el jardín el perro de Michaël. Otros dos enormes perros de ganado, uno gris y el otro rubio, corrían delante del caballo. Lejnieff acababa de comprar aquellos dos animales, que habían resuelto el problema de vivir en una inalterable amistad, mordiéndose día y noche.

Otro perro, guardián de la casa, abandonó el patio para salir á su encuentro. Abrió la boca como si se dispusiera á ladrar; pero se contentó con bostezar, y se retiró moviendo benévolamente la cola.

—¡Sacha, adivina quién te traigo!—exclamó Legnieff dirigiéndose á su mujer en cuanto la vió.

Esta no pudo al principio ver la persona que venía sentada al lado de su marido.

—¡Ah, Bassistoff!—exclamó al fin.

—El mismo, que nos trae una buena nueva que sabrás dentro de un instante—dijo saltando del coche precedido de su compañero.

Momentos después estaban ya sentados en la terraza.

—¡Hurra!—exclamó abrazando á su mujer.—Se casa Sergio.

—¿Con quién?—preguntó ella conmovida.

—Naturalmente, con Natalia... Nuestro amigo nos trae de Moscou esa noticia y una carta para ti... Lo oyes, Michá, —continuó estrechando á su hijo entre sus brazos,—¡tu tío se casa! ¡Qué flema tan imperturbable! Apenas le hace guiñar los ojos un acontecimiento tan grave.

—Tiene sueño,—respondió riéndose el ama.

—Todo esto es verdad; hoy ha llegado de Moscou, encargado por Daría de la revisión de las cuentas de la propiedad. Pero aquí tenéis la carta de Volinzoff.

Alejandra abrió precipitadamente la carta de su hermano. No contenía más que unos cuantos renglones escritos en el primer momento de entusiasmo de alegría; avisaba á su hermana de que había pedido oficialmente á Natalia, y que tenía su consentimiento y el de su madre, prometiendo que escribiría más largo, por el correo próximo, y mientras tanto saludaba y daba un abrazo á toda la colonia. El desconcierto de su carta anunciaba evidentemente el profundo goce y la emoción viva que le embargaba.

Se sentó Bassistoff y trajeron el té.

Las preguntas llovían sobre él como el granizo, y hasta el mismo Pigassoff tomaba parte en la alegría que causó á todos la noticia de que era portador el joven.

—Os suplico que me deis algunos detalles—preguntó Lejnieff—entre otras cosas, de un tal Karchagine, cuyo nombre ha llegado hasta aquí. Los rumores que de él han corrido serán falsos. ¿No es cierto?

Ese Karchagine, del cual aún no hemos tenido tiempo de ocuparnos, era un joven, un *dandy*, muy satisfecho de su propia persona y que se da gran importancia. Tiene unos aires que él cree llenos de majestad, que le hacen parecer su propia estatua, erigida por suscripción nacional.

—Los rumores tenían verdadero fundamento—replicó el recién llegado sonriendo.—Daría ha estado muy encantada con el joven ese; pero Natalia ni quería oír hablar de él.

—Pero si yo le conozco—interrumpió Pigassoff;—es un imbécil, un fatuo, desde los pies á la cabeza. Si todos se pareciesen á él, ¡misericordia! ¡qué caro se pagaría á aquél que consintiera en vivir!

—No lo niego, apesar de que en la sociedad hace un papel bastante brillante.

—En fin, ya basta; dejémosle en paz—interrumpió Alejandra.—¡Qué contenta estoy con la boda de mi hermano!... ¿Y Natalia... está contenta, es feliz?

—Sí, señora; parece, como siempre, tranquila; ya la conocéis; pero está satisfecha.

La noche pasó en conversaciones íntimas y amistosas; después se sirvió la cena.

—A propósito—preguntó Lejnieff á Bassistoff, sirviéndole una copa de Burdeos,—¿sabéis dónde está Roudine?

—Ahora, en este momento, no sé. El invierno pasado vino á Moscou á pasar unos días, después se volvió á marchar á Simbirsk con una familia. Estuvimos en correspondencia los dos algún tiempo; en su última carta me anunciaba que iba á marcharse de Simbirsk, sin precisar el sitio á que pensaba ir. Desde entonces no he tenido noticias suyas.

—¡No se perderá!—dijo Pigassoff.—Estará en algún sitio predicando. Ese caballero siempre se procura dos ó tres admiradores que le escuchan con la boca abierta y á los que toma dinero prestado, y acabará por morir en cualquier parte, en un presidio ó en el destierro; pero seguramente en los brazos de alguna vieja solterona con peluca, que le tendrá por uno de los mayores ingenios de este mundo.

—Tenéis una manera de juzgarle demasiado dura—observó Bassistoff á media voz y en tono contrariado.

—Dura no, señor—replicó Pigassoff,—sino perfectamente justa. Según yo creo, es sencillamente un *pica-platos*.

—Había olvidado deciros—continuó, volviéndose hacia Lejnieff,—que he conocido á ese Tarlasoff, con quien Roudine ha estado en el extranjero, y no podéis imaginaros lo que me ha dicho acerca de él; hay cosas que hacen morir de risa. Hay que notar que todos los amigos y discípulos de Roudine se vuelven después enemigos suyos, más tarde ó más temprano.

—Os ruego—dijo Bassistoff con fuego—que no me contéis á mí en el número de esos amigos.

—¡Vos no!... Eso es otra cosa; así que no era cuestión de vos.

—¿Qué os ha contado Terlasoff?—preguntó Alejandra.

—Me ha contado tantas historias, que no puedo recordarlas todas; pero escuchad una de sus mejores anécdotas respecto de Roudine.

—Parece—continuó Pigassoff—que de razonamiento en razonamiento se convenció un día que debía enamorarse, y se puso á buscar un objeto digno de justificar aquella decisión. Al fin le sonrió la fortuna, deparándole una francesa encantadora... y modista. Notad que esto pasa en Alemania á las orillas del Rhin. Empieza por hacerla algunas visitas, después la presta varios libros, y por último, la habla de la Naturaleza y de Hegel. ¡Figuraos la posición de esa desgraciada modista! Le toma por un astrónomo; su exterior agrada, como sabéis; además es un extranjero, un ruso; ¿cómo no había de inflamarse el corazón de la bella? Después de dudas sin fin, se decide á darla una cita; pero una cita poética: la propone un paseo en góndola por el Rhin. La francesa consiente en ello y se pone el traje más seductor, y ved ya á los dos en la nave. Navegan así durante tres horas. ¿Y en qué creéis que emplea todo este tiempo Roudine? En acariciar los cabellos de su Alicia, contemplar el cielo, soñando, y en repetir á su amada varias veces que siente por ella una ternura *paternal*. La francesa, que no esperaba aquel idilio, vuelve furiosa á su casa y ella misma fué la que más adelante se lo contó todo á Terlasoff. Mirad lo que es Roudine.

Pigassoff se echó á reír.

—Sois un libertino—exclamó Alejandra con despecho;—pero yo estoy convencida que los mismos que quieren injuriar á Roudine, no encuentran nada deshonroso que decir de él.

—¡Nada deshonroso! ¡Misericordia divina! ¿Y su vida, eternamente á costa de los demás, y sus empréstitos?... Apostaría que os ha pedido dinero prestado, Michael.

—Oid, señores—comenzó Lejnieff tomando su semblante una expresión infernal:—ya sabéis, y mi mujer también lo sabe, que no tenía en los últimos tiempos particular inclinación por Roudine; que, por el contrario, muy á menudo me ponía en contra de él. Apesar de eso—Lejnieff sirvió vino de Champagne en la copa,—os propongo que ya que acabamos de beber á la salud de vuestro amado hermano y de su futura esposa, bebamos ahora también á la salud de Dimitri Roudine.

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS



ESPUÉS de una penosa marcha se siente fatiga en el cuerpo y decaimiento en el espíritu; parece que un letargo adormece los miembros é imposibilita todo movimiento de progresión; la inercia se apodera de nosotros y nos hace sus prisioneros sin cuartel ni piedad; esto ó parecido sucede á las empresas teatrales que, después de la jornada de Pascuas, no tan victoriosa como en otras épocas, se duermen sobre sus laureles ó siguen explotando las obras *del tiempo*, paralización que nos sorprende por no haber para ello causa eficiente, pues los laureles no han sido abundantes y casi todas las producciones dramáticas estrenadas *ad hoc* han desaparecido de los carteles sin que otras nuevas las reemplacen, lo que prueba que el esfuerzo (aunque no le hemos conocido) debió ser heroico para haber logrado rendir el estro de los poetas, la actividad de los empresarios y las fuerzas de los actores, lo que al parecer es causa de que suban los unos y los otros con parsimonia y á duras penas la *cuesta de enero*, que así tenemos entendido se denominan los días que subsiguen á los de Pascuas, en los que la numerosa afluencia á todo género de espectáculos es sobrado motivo para que decrezca visiblemente después; pero no para que el marasmo se apodere de las empresas, interesadas en llamar la atención á fin de hacer más llevadera la pendiente y excitar la curiosidad del

público, que, ó bien se repone de las exacciones prodigadas en la pasada quincena de diversión y solaz, ó se encuentra pletórico de haber visto mucho, pero poco ó nada nuevo, efecto de que, plagiando uno de los artículos del inmortal *Figaro*, hoy no se sabe *quién es por acá el autor de una comedia*, no sólo por lo que respecta á derecho de propiedad, sino porque ya nos hemos dado demasiado, no sólo á traducir sino á copiar lo ya traducido ó escrito, por lo que es difícil encontrar novedad ni originalidad en ninguna de las producciones modernas.

Testigos de mayor excepción son entre otras las tituladas *Pérez ó López*, estrenada en el Teatro de la Comedia, y el *Ramo de oliva* en el Español, la una porque se parece á todo, y la segunda porque ha servido de norma á infinitas que parecen hijas de un mismo padre, si bien—y preciso es confesarlo—la culta y correcta forma, pensada trama, bien trazados caracteres y magistral desarrollo del plan, acusan sea hija legítima del Sr. Cisneros, que escribió en mejores tiempos, y cuando la solución de problemas sociales no era patrimonio del teatro, por entonces la genuina esencia y el fiel reflejo de las costumbres, y no cátedra filosófico-social donde las divagaciones por el campo de la metafísica hacen de los dramaturgos contemporáneos propagandistas acérrimos de ideas, teorías y sistemas que podrán ser propias de una cátedra, un ateneo ó una academia; pero que no entrañan ni entrañarán nunca con la índole del teatro, más conforme á enseñar moralizando, que predicar lo que no se entiende ni puede entender nunca un público heterogéneo, que si es ilustrado no necesita allí de esas lecciones, y si no lo es, es inútil pretenda aleccionarse en materias tan arduas y difíciles que exigen estudios preparatorios y conocimientos anteriores, y esta es la razón en nuestro juicio que ha evitado á la comedia del señor Cisneros el mismo éxito que obtuvo en su estreno, y que hoy parezca pálida y soporífera, apesar de sus muchas bellezas y de haber sido la base de las que llevan por título *A caza de divorcios*, *Dar en el blanco* y *El forastero*, á las que excede en mérito y condiciones dramáticas.

Y ya que el correr de nuestra pluma nos ha llevado á este teatro, á fuer de imparciales no podemos omitir la expresión

de nuestro humilde juicio respecto á la manera con que fué interpretada la obra que nos ocupa.

La Sra. Cirera dijo su papel con naturalidad, arte y muy dentro del carácter que el autor pinta, convenciéndonos una vez más de lo que ya en otra ocasión dijimos, consignando que no tiene rival para la comedia, en la que está á doble altura que en el drama; Sofía Alverá muy bien en el suyo, sintiendo y sabiendo lo que decía; Mariano Fernández hizo un Alfonso, mozo cordobés, á la perfección, sin salirse de los límites de su papel y sin acudir á chocarrerías más propias de un *histrión de bululu*—como se decía antiguamente,—dándonos á conocer una vez más que es un maestro en la escena, el único de los actores cómicos que hoy quedan.

Alfredo Maza interpretó á conciencia su difícil papel del protagonista, anciano sexagenario, que teniendo por norma el *Ramo de oliva*, símbolo de paz, no interviene en cuestión ni asunto alguno, en especial en lo que al matrimonio se refiere, que no lo indisponga y cree graves conflictos; pero supo dar al personaje que interpreta marcadas tintas de buena fe que lograron no hacerle repulsivo, sino víctima de un estravío mental digno de compasión más que de odio, demostrando que el actor no necesita gritar ni dar á la acción exagerados movimientos, sino saber decir y hacer á un mismo tiempo y ser fiel reflejo de un carácter verosímil y natural, sin pantomímicos gestos ni exuberantes y ridículas contorsiones en palmaria oposición con la escuela de Julián Romea, del que fué predilecto y aventajado discípulo el Sr. Maza.

La Sra. González y los Sres. Cirera y Balaguer—aunque éste algo descompuesto—contribuyeron á que la interpretación fuera digna de aplauso, como así lo demostró el público, no tan numeroso como en las obras de *puñal y veneno*, que requieren muchas voces y grandes pulmones, y que hoy como á principios del siglo, vuelven á estar en boga y sobre lo que nada se puede decir sino trasladar aquí lo escrito en un libro viejo que de comedias trata.

*¿Qué nos quiere esta dureza
de ingenio, que nos persigue*

*con obras que no se pegan
por más que nos las imprimen?*

Como fin de fiesta, aplaudimos el monólogo titulado *Las macetas*, debido á la festiva y satírica pluma de Eloy Perillán, de la que nos dejó abundantes muestras cuando se separó de nosotros con rumbo á la República Argentina, y la que ha devuelto á su patria con igual brillo y natural gracejo.

En esta obrita lo ha demostrado escribiendo un artículo de periódico satírico, en el que pone de relieve ciertos vicios del sistema parlamentario, ridiculizando con cortés frase á algunos de nuestros hombres políticos y renombrados oradores. Mezclados con tan fina sátira, se advierten trozos sentidos, versos llenos de fluidez, chistes de primer orden y recursos, si no nuevos, adecuados á la situación, que es todo lo que puede exigirse á un monólogo, composición difícil para el poeta y para el actor, y ahora más que vamos careciendo visiblemente de buenos actores, opinión que no reza con Pepita Hijosa, que figura en la primera fila de nuestras mejores actrices cómicas, y que dijo el monólogo de una manera admirable, con marcada intención, inimitable gracia y reconocida maestría, recogiendo, en unión del autor, infinitos y prolongados aplausos.

* * *

Tanto en la revista anterior como en la presente, dejamos pendiente de un *hilo*, al ocuparnos del Teatro de la Comedia, la titulada *¿Pérez ó López?* del Sr. Echegaray, D. Miguel, y en esa situación queremos que quede, para bien de la literatura dramática y el buen gusto. ¡Qué lástima que tan aplaudido autor haya decidido arrinconar sus conquistados laureles, agregándose al infinito número de los que escriben *Pane lucrando*, y qué lástima que los actores pierdan su tiempo y pongan su conato en interpretar con fe, de un modo irreprochable, esos abortos del ingenio humano!

Antes de abandonar este favorecido coliseo, diremos breves frases acerca de la revista *Un año más*, que por falta de espacio omitimos en nuestros anteriores trabajos.

Este género de literatura va decayendo mucho, y ya no se presentan con el mismo lujo y aparato escénico que no hace pocos años, privilegio que las ha usurpado esas otras composiciones de última hora, mal apellidadas *sueños, viajes y sainetes de espectáculo*.

La que nos ocupa no está mal puesta la última decoración; que figura el pabellón central de la Exposición minera, aunque no viene á cuento, es preciosa.

Respecto á lo demás, es aceptable; tiene mucha gracia en algunos pasajes, y los cuadros de la conferencia, el Consejo de Ministros, el juicio oral y otros que no recordamos, por ser excesivo su número, tienen chiste y prueban que sus autores, Vital Aza y el indispensable Echegaray, corren parejas con los de Variedades, Ruesga, Lastra y Prieto, en darse buena maña para escribir *panoramas cómicos*.

En el mismo teatro hemos visto la zarzuelita *El tambor mayor*, y por su bonita música felicitamos sinceramente al señor Romea.

La interpretación de ambas producciones, digna del coliseo de la calle del Príncipe.

*
**

Por falta de espacio y no por voluntad, hemos pasado sin hacer mención del regio coliseo, y hora es ya que le llegue su turno. *Gemma de Virgy, Traviata, Favorita y Aida*, en la que se presentó por vez primera el tenor Santis Marianecchi, han sido las óperas á cuya audición hemos acudido, sintiendo no poder decir en conjunto nada digno de especial mención. La Theodorini, la Borghi, la Gargano, Mazzini, Batistinni y Nannety, forman el cuarteto de *primmo cartello*, y fuera de estos artistas, es imposible encontrar otros que con ellos lleven el peso del regio coliseo: ni el tenor Santis ni la Srta. Mazoli, han llenado por completo las exigencias del público, y sobre todo, el *ramo* de tenores está tan por las nubes, que permitiéndonos una frase vulgar, no se encuentra uno por un ojo de la cara, ó se cotizan á precios muy altos, cuyo desembolso no puede hacer el Sr. Rovira en favor de sus abonados ó no tiene tino para encontrarlos ó no quiere que los oigamos, vién-

dose obligado á repetir siempre un corto número de partituras de las que no todas obtienen un aceptable desempeño, y olvidándose de cumplir una parte del contrato, en el que, según tenemos entendido, se prescribe la representación de una ópera nueva, la cual por este año en el cartel, símbolo de esperanzas, brilla.

Sigue su curso tranquilo é impasible, contentándose con dar alguna ópera que otra que, como á la *Lucrecia*, la cabe en suerte un admirable conjunto, honor que merece la preciosa partitura de Donizzeti, en contradicción completa con la escuela alemana de *Meyerbeer* y *Wagner*, reunir en torno de la acción copioso conjunto de melodías hermosas en las que pintan los afectos más tiernos en sus inspiradas notas, armonizando el músico y el poeta sus ingenio en las diversas relaciones del drama lírico.

Donizzeti comprendió en esta época dónde termina la misión del poeta y dónde comienza la del músico, guiándole con dichoso acierto para comprender hasta dónde puede llegar la verosimilitud en la música, sobresaliendo en toda la composición un refinado gusto, una exquisita sensibilidad y una comprensión fija de la oportunidad y belleza, aplicada al sentido que se refleja en la acción, huyendo de amontonar notas, variar frecuentemente de temas y seguir más los impulsos de su fantasía que lo que el carácter de la composición exige.

La interpretación estuvo en armonía con el indiscutible mérito de la obra, y la Theodorine, la Borghi, Mazzini y Nanchetty la dijeron admirablemente, inclusa la aplaudida romanza de tenor, composición del Sr. Goula, el que, en unión de Mazzini, recibió una justa y merecida ovación.

La orquesta, como siempre.

*
* *

Siguiendo la relación de los teatros líricos, diremos que en el de Apolo hemos aplaudido á todos los artistas que con general aceptación actúan en *La marsellesa*, *El Salto del Pasiego* y *La tempestad*, puesta en escena á beneficio del Sr. Berges,

en la que recogió gran cosecha de aplausos y de valiosos obsequios.

La obra ha sido presentada con el aparato que prueba el laudable afán con que procura complacer al público la sociedad de autores que constituye su empresa.

No es menos digno de elogio el Sr. Ducazcal por la brillantez con que ha presentado *Las mil y una noches*, obra ya conocida de nuestro público, pero que esto no es óbice para ponderar el lujo que en ella se ha desplegado y aplaudir la interpretación encomendada á las Sras. Varela, Bardó, Lola Díaz y los Sres. Mesejo, Benec y Bardó, haciendo particular mención del coro de niños del segundo acto.

Los barrios extremos de Toledo están de enhorabuena desde que el Sr. Ducazcal tomó á su cargo el abandonado teatro de Novedades.

En el de Variedades se estrenó noches pasadas un juguete lírico ó cosa así, original (al parecer) del Sr. Lastra, titulado *Perder el tiempo*; lastimosamente, y contra su costumbre le ha perdido el autor de la letra, no así el de la música, Sr. Caballero; ésta es agradable, festiva y salva la obra.

De la zarzuela *El día y la noche*, estrenada en el Circo de Price hablaremos en la quincena próxima.

*
* *

La precipitación con que nos ocupamos de *La Pasionaria* en nuestra anterior *Revista* nos imponía el deber de decir algo más sobre tan aplandido drama, pero el temor de aparecer oficiosos nos lo veda.

*
* *

Terminamos dedicando un cariñoso recuerdo unido á la más sincera expresión de nuestro sentimiento, á la memoria del autor dramático y muy querido amigo nuestro, D. Franco Pérez Echevarría, cuya muerte lamentamos muy de veras. Deja obras que no morirán nunca: Dios le haya acogido en su seno.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



A política española atraviesa, en los momentos en que escribimos, una crisis harto trascendental y perturbadora para que la pluma se solace en la calma indiferente de la fría expectación, procurando extraer la nota cómica de los debates sostenidos en el Congreso de los Diputados. Sobre aquella lucha violenta de las pasiones excitadas, de los odios recrudecidos, de las recriminaciones mutuas; por encima de aquel desconcierto de ideas que se rechazan y de palabras que se chocan con el estampido del trueno y el fulgor del relámpago, ya que no en vano se forjan en una atmósfera cargada de electricidad; ajeno á la conveniencia particular de cada hombre, de cada grupo y aun de cada partido, flota y se remonta el interés supremo de la patria y de las instituciones, en pro del cual se trata de cohonestar tantos alardes y cuyas exigencias se desconocen, sin embargo, con lamentable obcecación. ¡Lástima, en efecto, que los primores de la elocuencia y las gallardías del ingenio, malgastados en inútiles logomaquias, no aparten los jugos de fecunda y regeneradora semilla del tronco carcomido de nuestra administración, de nuestro crédito, de la verdadera libertad política, que en la libertad civil y en la moralidad pública, y en la consolidación del orden, y en

el regular funcionamiento de los poderes encuentra las más sólidas, respetables y eficaces garantías!

Dijimos desde un principio que la conciliación de los bandos liberales monárquicos sería tan efímera de hecho, que apenas se sometiera á la piedra de toque de la contradicción en el Parlamento, quedaría anulada, rota y destruída, como fabricada sobre débil malla... Así ha acontecido, realmente. Los esfuerzos que unos cuantos paladines de la concordia han hecho con intención magnánima, demostrando los inconvenientes de una ruptura entre las huestes del señor Sagasta, árbitro de la mayoría, y las de la izquierda, dueña del Gobierno, no han producido hasta la fecha otro resultado que ahondar diferencias y ensanchar distancias.

¿Qué principios separan á las unas de las otras? No hay para qué hablar de principios, donde sólo se discuten jefaturas. He ahí el grave escollo de todo intento de apacible componenda. La conciliación no se realizó ocupando el poder el Sr. Sagasta, porque la izquierda no se avino á rendirle vasallaje; no se realiza ahora, dirigiendo los destinos del país los amigos del Duque de la Torre, porque los sagastinos no toleran que se relegue á segundo término su representación y su influencia.

Mucho se ha hablado; muy galanos discursos se han oído; tumultuosas imprecaciones han estremecido las ondas del aire en el Congreso... ¿Qué puede deducir de todo ello el espíritu imparcial de la opinión serena y desinteresada? Ni más ni menos sino que la plausible aspiración de organizar dos grandes partidos de la monarquía en esta tierra de la indisciplina y la vanidad, donde todos tenemos talla para mandar y ninguno virtud para obedecer, es una de tantas pretensiones imposibles, negada por la historia, que sólo nos concede timbres peleando, y desautorizada por el espectáculo de estos días, poco edificante ciertamente para los que en el arte de gobernar ven algo más que una satisfacción del amor propio ó un instrumento de apasionadas miras personales.

Dividida la comisión de contestación al mensaje y puesto un voto particular de individuos de la mayoría enfrente del dictamen de los amigos del Gobierno, únicamente el señor

Romero Robledo, elegido para la misma, y cuya digna actitud ensalzan de común acuerdo tirios y troyanos, ha correspondido noblemente á las exigencias de su especial posición entre los inconciliables. Sin cuentas que saldar con unos ni con otros, ha presenciado con honda pena sus diferencias y aun ha contribuído á procurar que se aviniesen...

Por lo demás, el Ministerio está muerto: no le mata el sufragio más ó menos universalizado, ni la revisión constitucional más ó menos requerida. Le mata el personalismo desatentado que le dió vida; le matan las rivalidades de apellidos, los odios de raza que enconaron siempre á los hombres de los partidos avanzados. Para ese pecado no hay redentor posible, ni el mismo Sr. Posada Herrera.

*
* *

Una de las últimas sesiones merece párrafo aparte por su importancia excepcional. Borrascosa como todas las que ahora se celebran, tuvo una nota saliente con relación á las clases militares. Se habló de que éstas no pueden tener representación directa en el Parlamento.

Sensible es que un coronel de cuerpo facultativo haya provocado las generales manifestaciones hostiles al doble carácter del militar y del diputado con que la prensa y los hombres políticos de las más distintas ideas han acogido el incidente.

Repetidas veces se ha dicho en teoría que el diputado no es más que diputado; que desde el momento que jura su cargo en las Cortes, deja de ser allí militar, y que, en caso ninguno, puede alegar el empleo de su profesión para hablar como soldado, escudándose con la inmunidad de legislador.

En esta doctrina no es difícil que coincidan desde las serenas esferas de la especulación científica todas las escuelas y aun todos los partidos. Pero ¿es tan fácil conciliar en la práctica las respectivas exigencias políticas y profesionales, cuando las unas son opuestas á las otras, como de las declaraciones del Sr. Portuondo podría deducirse sin trabajo?

He aquí el verdadero tema de debate que importa esclarecer con ánimo tranquilo en bien de la patria y del ejército.

El Sr. Cánovas del Castillo, con la claridad de su poderosa inteligencia, por amigos y adversarios respetada, sostuvo elocuentemente que aun separando al Monarca de la cualidad de tal Monarca; aun considerándolo sólo como jefe supremo del ejército, ningún militar puede atacarle directa ni indirectamente sin faltar á la disciplina, ni en las Cámaras ni fuera de las Cámaras.

Allí, donde las palabras son actos, el acto que se opone á la ley es ilegal, y aunque quede impune, no debe tolerarse.

¿Hemos de dejar, decía, que la bandera levantada en Santo Domingo de la Calzada, causa de que se derrame sangre, con dolor de todos, sirva de propaganda en ningún sitio, siquiera sea en el augusto recinto de las Cortes?

Por lo demás, el orador cree que después del juramento prestado ante el señor presidente del Congreso de fidelidad y lealtad á S. M. el Rey D. Alfonso XII, no hay derecho para atacarle sin faltar al presidente, sin faltar al Congreso, sin romper el pacto votado en las leyes y en el reglamento, sin consumir un acto ilegal, sin cometer un perjurio.

Tal fué la impresión producida por las apreciaciones del Sr. Cánovas del Castillo, que el Sr. Ministro de la Guerra, cediendo al peso de la razón, declaró que las escabrosidades de ciertos temas van madurando la opinión de que quizá sea precisa la incompatibilidad del cargo de diputado con todo empleo militar, y que si puede ser grave en todo país la propaganda republicana de los militares por los deberes que les impone la ordenanza, aumenta esta gravedad en España, donde hay un partido republicano en rebelión abierta con los poderes públicos y en trabajos constantes de seducción para minar la disciplina del ejército.

Planteado está, pues, una vez más el grave problema relativo á la intervención de los militares en la cosa pública. Todos habíamos convenido, salvo intereses parciales, que no hay para qué atender bajo ningún concepto, en que el ejército, como colectividad, debe permanecer inquebrantablemente alejando de las ardientes luchas de la política. ¿Es indispensable, además, que ninguno de los que en él sirven al

Estado tenga otra investidura que la de su carácter profesional como individuo de la institución armada?

La experiencia va imponiendo una respuesta afirmativa. El mismo Sr. General López Domínguez lo confiesa; por dolorosas que sean tal vez sus consecuencias para los que han hecho de los triunfos parlamentarios cómodo escabel de los encumbramientos militares.

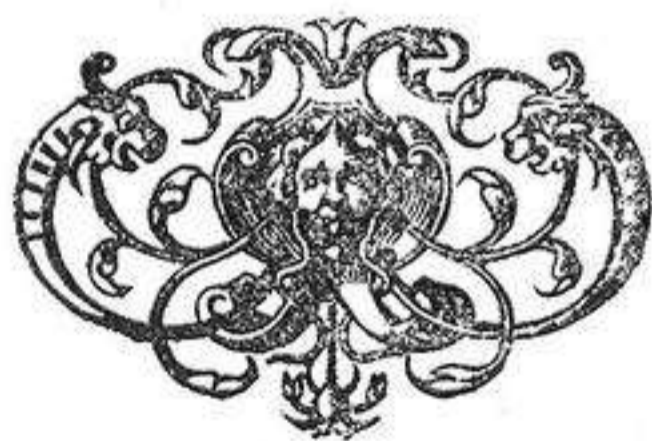
*
* *

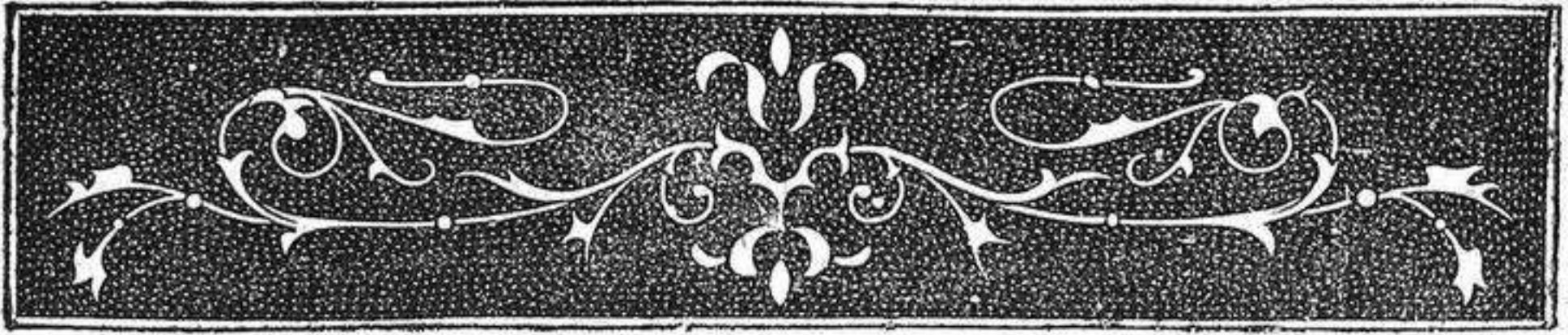
¿Á quién entregará el Rey el decreto de disolución?.....

.....

Conque, señores, quedamos
en que la apuesta está en pie.

U.





REVISTA EXTRANJERA

LA situación de Inglaterra en Egipto es cada vez más crítica. El fanatizado ejército del Mahdí, el profeta, trata de ocupar Khartum, es decir, la puerta de los caminos que ponen en comunicación al Alto Egipto con el delta del Nilo. Sus emisarios en la ciudad amenazada han ejercido tal impresión, que los habitantes, apesar de la vigilancia y de los esfuerzos de las autoridades egipcias, aclaman ya con entusiasmo al que creen enviado de Dios.

El Mhadí sitia Sinkat con fuerzas considerables y trata de detener la marcha de la columna de auxilio mandada por Baker, y finalmente, favorecida la insurrección por una alianza con el Rey de Abisinia Ras Alula, deja de estar localizada en el interior y se extiende por toda la costa del Mar Rojo.

Parece que Baker se ha visto precisado á enviar dos parlamentarios á Ras Alula pidiéndole paso, en tierra de Egipto, para la guarnición de Khartum, pues los abisinios se adelantan en territorio egipcio y pretenden dar ciento cincuenta leguas de ensanche á sus fronteras, zanjando así, á mano armada, la antigua é interminable disputa que entre los dos países existe hace más de veinte años.

Los Generales ingleses comprenden que no pueden luchar á la vez contra el Mahdí y contra Ras Alula. Demasiado sería ya uno solo de estos enemigos en la situación apurada en que se encuentra Egipto.

Impotente ante la irrupción el General Baker está resuelto á hacer evacuar á las guarniciones egipcias todo el Sudán

Meridional, concentrándose todas sus fuerzas y constituyendo dos líneas de defensa que impidan que el Mahdí llegue al corazón de Egipto y propague su causa por la Arabia entera.

Pero es lo cierto que la rebelión gana cada día terreno. Se dirige al Norte y se extiende por el litoral y el interior, confirmándose la noticia de que el profeta, con el Corán en la mano y repartiendo proclamas religiosas en las que dice que su misión es divina, quiere marchar sobre el Cairo para arrojar de allí á los invasores ingleses.

El peligro, en una palabra, apremia, y el Gabinete de San James ve con inquietud que ha sonado la hora de tener que salir forzosamente de la inacción en que se encontraba. ¿Qué forma dará á la intervención y en qué momento la creará oportuna? ¿Esperará á que el Mahdí esté á la vista del Cairo?

La necesidad de obrar pronto y enérgicamente, se impone desde el momento en que está demostrado que Egipto es impotente para dominar la insurrección con sus propias fuerzas. Tiene Inglaterra que empezar una nueva campaña con el país de los Faraones, y esta campaña será indudablemente más seria que la del General Wolseley, pues los enemigos son ahora mucho más resueltos que los que éste ahuyentó en Tell-el-Kebir por medio de unas cuantas salvas. Falta saber si dispone de los medios necesarios para llevar á buen término una lucha de carácter religioso y de raza. Hasta entre muchos egipcios ha de tener grandes simpatías el profeta, fomentando el odio natural é inveterado de los buenos musulmanes contra sus tiranos y opresores.

La Gran Bretaña, que indudablemente no carece de lo que se llama el nervio de la guerra, es decir, el dinero, tendrá que ponerse de acuerdo en sacrificar sus soldados. Se ha hablado de la cooperación de Turquía; pero saltan á la vista los inconvenientes de la intervención del Sultán, que se cree soberano de los Estados de su vasallo el Khedive, y no es su intención abrir la puerta á reivindicaciones que teme.

A la gravedad é inminencia del peligro que presenta la guerra del Sudán, hay que agregar las dificultades que han de ofrecer también los asuntos interiores en Egipto. Una crisis acaba de cambiar el Gobierno. El Gabinete presidido por Cherif-Pachá ha sucumbido, sustituyéndole otro formado por Nubar-Pachá. El nuevo Ministerio egipcio es un Ministerio inglés, y Nubar-Pachá no es más que un instrumento dócil de la política inglesa. El Khedive no es más que un soberano nominal y pasivo.

¿Cuál ha sido el motivo de la crisis? Su explicación es muy sencilla. Después de la derrota del General Hicks, Inglaterra

aconsejó al Khedive que renunciase definitivamente á considerar el Sudán como una provincia de Egipto, dejando de proseguir contra el falso profeta una guerra sangrienta y ruinosísima. El Khedive se manifestó dispuesto como siempre á obedecer sin réplica; pero sus Ministros se opusieron, enviando una enérgica nota al Gobierno inglés en la que declaraban que la situación era insostenible y que era necesario tomar un acuerdo definitivo. Decían en la nota: «Si Inglaterra niega á Egipto su asistencia, el Khedive y sus Ministros están firmemente resueltos á abandonar á Turquía la parte oriental del Sudán, reduciendo así el tributo que su país paga á la Puerta por esta extensión de su territorio. Las tropas egipcias se concentrarán entonces y tendremos una fuerza disponible de 15.000 hombres, suficientes para mantener el orden y proteger nuestras fronteras sin auxilio de un ejército de ocupación.» Los ingleses no podían permitir tal lenguaje en la tierra que dominan, y vino la crisis. El Gabinete de Londres no necesita la opinión del Khedive ni de sus Ministros para regir á su antojo el Egipto, y quiere disponer arbitrariamente de aquel territorio conquistado.

Para no tener que ir á combatir contra las victoriosas huestes del Kadiv, Lord Gladstone acaba de mandar á los Ministros, hechura suya, y á Egipto que se abandone el Sudán á la insurrección árabe. Egipto ha de resignarse sin protesta, y una gran provincia que el genio de Mehemet-Alí y de sus sucesores había conquistado á la civilización, volverá á la barbarie, porque así conviene á los intereses de la política británica. Así era ya de presumir desde el día en que Lord Beaconsfield compró las acciones del canal de Suez y se apoderó de la isla de Chipre.

Inglaterra es señora de Egipto, y quiere serlo. Positivista siempre, no la conmueven los arranques de patriotismo y de entusiasmo. ¿Qué le importa abandonar al Madhí y á las tribus sublevadas el Sudán, cediendo á la Abisinia posiciones importantes, y fijando los reducidos límites de Egipto á la segunda categoría del Nilo, con tal de que ella pueda instalarse como soberana en el delta y subyugar á su placer las poblaciones que aún obedecen al Khedive? ¿Qué le importa que nada gane en ello y pierda mucho la obra de humanidad y de progreso emprendida en Africa por la civilización europea?

El interés inglés en Egipto está en tener en la mano las llaves del canal de Suez, camino de la India, no teniendo que luchar á orillas del Nilo contra la influencia de ninguna otra potencia. Lo demás le importa muy poco.

La pantalla de Ministerio que precide Nubar-Pachá no es más que un episodio en el desarrollo fatal é inevitable de la dominación británica. Quizás no tardemos en ver allí, ejerciendo el poder, un Ministerio exclusivamente compuesto de ingleses. Algunos importantes periódicos de Londres lo reclaman, y, en verdad, debe confesarse que son perfectamente lógicos, cuando con tanta franqueza lo pretenden.

*
* *

La *Gazeta* oficial de Londres ha publicado un real decreto aboliendo la jurisdicción consular inglesa en Túnez desde el día primero del mes actual, excepto en los asuntos pendientes.

El Times ha dado sobre este acuerdo entre Francia é Inglaterra varios detalles. Todos los súbditos británicos, residentes en la Regencia, serán de aquí en adelante juzgados, tanto en lo civil como en lo criminal, por los tribunales franceses instituídos en Túnez; pero se declaran subsistentes los privilegios comerciales garantidos por las capitulaciones, y subsistirán también la aplicación de la ley local en todos los casos relativos á la propiedad inmueble. Lo mismo sucedería con todos los demás europeos, en virtud de los tratados que concedieron á los extranjeros el derecho de poseer inmuebles en la Regencia. Se ha convenido además que ciertas cuestiones, actualmente pendientes entre los súbditos británicos y el Gobierno de la Regencia, se decidan por vía de arbitraje.

El protectorado francés en la Regencia queda así reconocido por Inglaterra, aunque con ciertas limitaciones, que no son del todo del agrado de Francia, pues imponen cargas y responsabilidades. Por esto la prensa de París pide que las potencias renuncien igualmente á esos privilegios que los tratados les concedieron.

La política llamada colonial se acentúa en la República nuestra vecina con este pequeño triunfo sumado á los que se suponen obtenidos en el Tong-King.

Se anuncia ya como inmediato el ataque de Bac-Ninh por el almirante Courbet, que se apoderó de Son-Tay. La prensa francesa da por seguro el buen resultado, no teme que los nuevos hechos de armas constituyan para China un *casus belli* y toma á broma la actitud del habilidoso Marqués de Tseng, representante del Celeste Imperio.

Debiera, sin embargo, la República estar sobre aviso y no dejarse llevar demasiado de entusiasmos prematuros, recordando los inmensos sacrificios que le cuesta su protectorado

en Túnez, los desengaños recibidos en Madagascar y cómo se han evaporado aquellas abundantes cantidades de pepitas de oro, marfil, cautchuc, algodón y otras infinitas riquezas que se soñaron en el Senegal y en los Estados del llamado Rey Firdú. Ya se ha renunciado al fin á la difícil ó imposible empresa de enlazar el Níger con el Senegal; ya no se piensa en construir caminos de hierro en países desiertos y sin agua, en medio de la estupefacción de las gentes que se maravillan de ese afán de llevar á lejanos países el poder de un Gobierno que es no obstante incapaz de resolver en el interior la crisis financiera é industrial que se acentúa de una manera alarmante.

Es un justo castigo. Ciertos actos de protección á los elementos más demagógicos y perturbadores no pueden dar gran fuerza en el interior ni mucha gloria fuera. El mundo se maravilla de que los aspirantes á civilizadores universales den tristes espectáculos de descontento.

Se presentan dolorosos ejemplos todos los días. La mayoría radical del municipio de París, por ejemplo, costeó hace poco el viaje de quince obreros, elegidos entre los delegados sindicales, para ir á América á estudiar los progresos de la industria y las condiciones del trabajo en los Estados Unidos. El pretexto era atender á las necesidades de las clases trabajadoras con el deseo de mejorar su suerte y poner á los industriales franceses en estado de instruirse y luchar ventajosamente contra el comercio extranjero. Los quince pensionados cruzaron en efecto el Atlántico y emprendieron sus excursiones por el país que inspiró páginas tan instructivas á Tocqueville y tan entusiastas á Laboulaye. Lo natural era que, al llegar á Nueva York, se pusiesen en contacto con fabricantes, industriales y obreros; pero, en lugar de esto, en lugar de ir á visitar la Exposición de Boston, se han echado en brazos de Megy, antiguo miembro de la *Commune*, y de Most, el socialista alemán expulsado de Inglaterra, declarando que la Exposición y la industria eran los fines secundarios de su viaje, siendo su más interesante objeto restablecer bajo ancha base la Internacional.

Aquellos obreros pagados por el municipio de París han repetido públicamente que lo que pretendían era concertarse con los obreros americanos, haciendo que de la Exposición de Boston saliese hoy organizada en ambos hemisferios la revolución social, como de la Exposición de Londres salió triunfante, en 1862, la idea internacionalista de los explotados.

*
* *

Las escenas del más espantoso terrorismo siguen escribiéndose en Rusia en la historia de la terrible y misteriosa asociación que ha llenado ya tan ensangrentadas páginas.

Los nihilistas han hecho una nueva víctima en la persona del jefe de seguridad pública.

Un nihilista muy conocido, Degaieff, exoficial de artillería, condenado á ser deportado á Odessa, había conseguido escaparse. Se fué á San Petersburgo y ofreció sus servicios á la policía secreta, bajo el nombre de Jablonsky. Supo captarse la confianza del coronel Sudeikine, y á casa del exoficial iba secretamente el coronel á recibir las confidencias.

Aquel Jablonsky debió algún tiempo titubear entre cometer una infamia contra Sudeikine ó hacer una traición al partido nihilista, pues varias veces advirtió al coronel que su vida estaba amenazada.

Sudeikine sabía perfectamente el riesgo que corría; tomaba todas las precauciones necesarias y estaba tranquilo. Llevaba debajo de su ropa una fuerte coraza, y no salía nunca sin armas de fuego en su bolsillo. Además, se disfrazaba siempre, poniéndose desconocido en lo posible.

El día del crimen, Jablonsky avisó á Sudeikine que tenía que hacerle una confidencia importante. Este último llegó entre cinco y seis de la tarde, acompañado de un sobrino suyo, á casa del traidor exoficial, que los recibió en un gabinete y les ofreció té, haciendo que se sentasen de espaldas á la puerta.

En el momento en que el coronel Sudeikine tomaba su taza, la puerta se abrió con violencia, y cuatro hombres, armados con barras de hierro, se lanzaron sobre él y su sobrino, golpeándolos repetidamente. El sobrino cayó inerte; pero Sudeikine, aunque gravemente herido, pudo coger con fuerza hercúlea dos fuertes candelabros y se defendió con éxito. Pero Jablonsky le mató entonces de un disparo de revólver por la espalda. Dagaieff, ó sea Jablonsky, ha sido detenido como los demás asesinos.

Parece que el asesinato del coronel Sudeikine había sido acordado por los nihilistas después del arresto de una señora llamada Wolkenstein, que había venido de Charkoff con intención de matar al Emperador.

Por la mañana del día siguiente, los redactores de los periódicos y varios funcionarios recibieron por el correo un aviso del *Comité ejecutivo del partido de la voluntad nacional*, anunciando que, á consecuencia del juicio pronunciado por el Comité, el coronel Sudeikine, inspector general de la policía de seguridad, había sido ejecutado.

Sudeikine profesaba un odio mortal á los nihilistas, entre los que había conseguido infundir terror durante algún tiempo. Su bravura rayaba en temeridad, como lo demostró en 1880 en Kief. Habiendo sabido entonces que diez y seis nihilistas se encontraban reunidos en una casa, subió por la escalera acompañado de un solo gendarme y derribó la puerta de la habitación. Aquella intempestiva visita fué recibida con una descarga de los sectarios. El gendarme fué muerto; pero el jefe de policía quedó ileso, y varios guardias que oyeron las detonaciones se precipitaron por la escalera y desarmaron y detuvieron á los diez y seis criminales.

La emoción es naturalmente vivísima en San Petersburgo. Se susurra que uno de los oficiales superiores de policía, el coronel Kihirlieff, que recientemente murió, estaba envenenado. Se afirma también que el accidente que se ha referido del trineo del Czar es una fábula inventada para ocultar una tentativa de asesinato. He aquí cómo se cuenta este pretendido atentado. Volvía el Emperador de caza á las tres y media de la tarde y se dirigía á Gatschina con un acompañamiento de ocho trineos y numerosos criados, cuando aparecieron en el camino varios individuos vestidos de aldeanos. Dos ayudantes que ocupaban el trineo que precedía al de Su Majestad dieron una voz para que los aldeanos se separasen, y éstos obedecieron, haciendo el acostumbrado saludo. Pero en el momento en que el Czar se encontró en la misma línea le hicieron tres disparos, ocasionándole una herida poco peligrosa. Los asesinos pudieron escaparse entre la nieve y favorecidos por la oscuridad de la noche que ya se acercaba.

Sea como quiera, es lo cierto que vuelve á reinar el pánico en las esferas oficiales, y el telégrafo ha dado cuenta de una nueva proclama nihilista contra el Czar, proclama que establece una comparación entre la vida tranquila del soberano en el castillo de Fredensborg, protegido por la Constitución danesa, y la vida llena de zozobras que tiene en Gatschina y en Peterhoff, en medio de sus centinelas. Los autores del manifiesto piden una organización política diferente de la que hoy en Rusia rige.

*
**

La despedida del año 1883 parece por otra parte pacífica. El Rey de Italia, en las recepciones del día de Año Nuevo, ha confirmado lo que ya había dicho el Ministro señor Mancini en las Cámaras. La triple alianza tiene un objeto

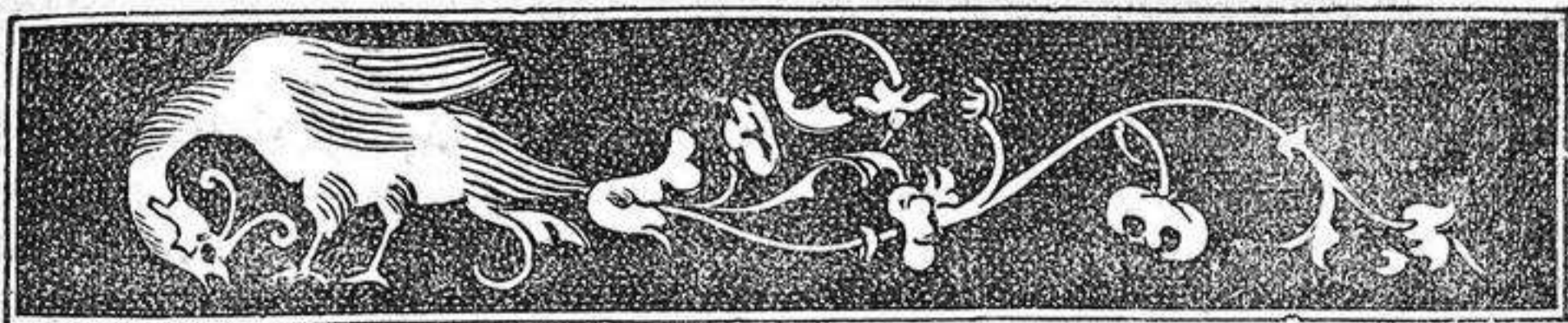
estrictamente defensivo; es la liga de la paz en toda la extensión de la palabra.

El anciano Emperador Guillermo dió el mismo sentido á la felicitación que le dirigía el Municipio de Berlín. «Siento—dijo en su respuesta el soberano alemán,—siento una viva satisfacción por las circunstancias en que principia este año, circunstancias que nos permiten esperar tiempos pacíficos y exentos de turbaciones.» El Emperador hizo también alusiones al reciente viaje del Príncipe heredero á Madrid y á Roma, añadiendo: «Abrigo una confianza firmísima de que, á la sombra de la paz cuyo mantenimiento ha recibido nuevas garantías con las buenas relaciones personales que sostengo con Príncipes amigos, la Nación continuará desarrollándose y prosperando de una manera muy satisfactoria.»

De desear es que tantos pronósticos de ventura tengan realización cumplida durante el curso del año de 1884, que con días tan serenos en la Europa central se inaugura.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Goya-Borrás (Baronne de).—*Le livre de ma fille.*—Paris, Chio, editor, 1883.

Nada más elegante y bien impreso que este libro: nada más bello y verdaderamente consolador que las poesías que comprende. La forma corresponde al fondo; y el arte y el sentimiento dominan el conjunto.

Nosotros conocíamos algunos trabajos de la Baronesa. Ellos enriquecen el precioso álbum de la Condesa de Velle, su íntima y cariñosísima amiga, que guarda además, entre su correspondencia más preciada, cartas en francés, por supuesto, que por la corrección de su estilo y la profundidad de sus pensamientos, colocan á la Baronesa de Goya-Borrás á la altura de las que más se han distinguido en ese género de literatura. Si vencidos los escrúpulos de su modestia por los esfuerzos del amor filial ha consentido al fin en dar á la estampa sus composiciones en verso, justo es que las en prosa sigan el mismo camino, siquiera combata esto el dulce privilegio de las contadas personas que hoy las poseen. El interés del hogar doméstico lo demanda así: que ante

la invasión cada día más temible de los malos libros que á éste constantemente amenazan, es, si cabe, mayor y más legítimo el regocijo que en él debe producir una obra del carácter y de las condiciones de la que examinamos, antídoto grato y eficaz contra la perversión de ideas y del buen gusto que en general domina. Y hasta la circunstancia de estar escrita en francés le favorece; pues en ese idioma, tan extendido por todas partes, se dan á luz los peores y más execrables libros. De esta suerte, el bien puede, al menos, perseguir en toda su carrera al mal, haciéndose comprender de todos. ¿Quieren saber los lectores la razón del título del libro? Pues su misma autora la da, y de una manera tan convincente como delicada y poética en estas líneas del prólogo: «Ce livre sera donc le *Le livre de ma fille*. C'est par elle et pour elle que l'idée premiérem'en est venue. C'est elle qui, dans un élan tout filial, á pris l'initiative de sa publication et l'a pour ainsi dire amené au jour; je le lui dédie. Ce sont des parcelles de mon cœur, des échos de mon âme.» De ninguna mejor manera podrían, en

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

efecto, calificarse las poesías de la Baronesa de Goya-Borrás: son, parte, verdaderos pedazos de su corazón y ecos sublimes de su alma.

Si se nos pidiera una muestra de la mejor entre todas las composiciones que el libro contiene, nos veríamos en un grave compromiso, pues dudamos á cuál de ellas dar la preferencia; pero si en la elección sólo hubiéramos de atender á nuestro gusto, resueltamente nos inclinaríamos á la primera con que la serie se encabeza y á la cual se refiere la Baronesa en este párrafo del *Avant propos*: «Un jour, l'idée vint à ma fille, alors enfant, petite pensionnaire au convent des

Oiseaux, de me demander des vers. Je fis ceux qui servent d'introduction á ce livre, et la pensée de reunir mes premiers essais et d'en écrire d'autres *pourelle germa* dans mon sprit.»

El amor de madre, la ternura del corazón, la pureza del sentimiento, los sanos consejos de la moral, las ideas más hermosas sobre la virtud y el honor, resplandecen en esa poesía titulada *A ma fille*, que es en nuestro humilde parecer una verdadera joya como obra de arte y como obra de inspiración. Apesar del corto espacio de que podemos disponer, vamos á transcribir algunos trozos de la misma, que confirmarán nuestros elogios:

.....
 Confondant mon automne et tou jeune printemps,
 Ensemble nous irons, cueillant, en même temps,
 Moi les fruits sains et murs des celestes doctrines,
 Toi les fleurs, dont ma main t'ótera les épines.
 ¡Quand je te soutiendrai, tu me consoleras:
 J'ai deja tant versé de larmes ici-bas!
 ¡Ah! Combien de douleurs, que d'améres souffrances,
 Que viennent tour á tour briser nos esperances.
 Dans ces rudes sentiers de rouces herissés,
 ¡Que de soupirs de l'ame, et que de cœurs blessés!

.....
 Dans ton cœur de chrétienne, ¡oh! je sondrais pouvoir
 Incruster ces trois mots: Dieu, famille et devoir;
 Car vois-tu, tout est lá, ma fille, et moi qui t'aime
 Ce que je veux pour toi l'est le bonheur supreme,
 Se bonheurdes élus, le bonheur éternel
 Qu'on sême sur la terre et qu'on récolte au ciel.

Los sentimientos en que esta poesía se inspira, son en general los mismos á que obedece la mayoría ó la casi totalidad de las 36 composiciones que comprende el elegante volumen que tenemos á la vista. Y si bien al carácter elevado y grave de muchas de ellas se contrapone el sencillo y gracioso que en *Roses et Papillons*, v. gr., domina, jamás, ni por un instante, el ejemplo moral se olvida, ni se empaña siquiera en la más mínima parte la pureza y la ternura de afectos que brillan en todas las composiciones.

Recomendamos su lectura, y no dudamos que el libro tendrá entre nosotros la misma favorable acogida que

ha merecido en Francia, cuyos más distinguidos críticos saludaron su aparición con frases de elogio que encarecían su valor.

SS. MM. y A. A., han recibido de manos de la Baronesa preciosos ejemplares, cuyas cubiertas están enriquecidas con excelentes pinturas, obra también de la misma autora, que con igual habilidad maneja la pluma y el pincel; y que en la ocasión á que nos referimos, vió recompensado su trabajo con las alabanzas más sinceras y entusiastas, y premiado su desprendimiento al ceder en beneficio de la iglesia de la Almudena el producto de venta de gran número de ejemplares.

res, con frases de gratitud que acrecentaban su valor al salir de tan augustos labios.

Felicitemos, pues, á la ilustre Baronesa por el primer libro que ha dado á la estampa, el cual ha encontrado desde luego las más vivas simpatías, no ya «au moins parmi les meres surtout parmi celles qui ont pleuré,» como la autora solicita, sino entre todas las personas de buen gusto y corazón sano, que á pesar de los tiempos de positivismo que alcanzamos son muchas, y pesan todavía, con su legítima autoridad, en la pública opinión.

M.

*
* *

Javier de Castro y Pérez (don Francisco).—*Discurso leído en la Universidad central en el acto de la solemne inauguración del curso académico de 1883 á 1884.*

Demostrar cumplidamente el acuerdo que existe entre la Biblia y las ciencias naturales; rebatir las argucias con que Buchner, Flammarión, Draper, Darwin y tantos otros procuran desautorizar la narración mosaica, son testimonio sobrado de grandes alientos y vastísima erudición. Así lo demuestra gallardamente el distinguido catedrático Sr. Castro en su último trabajo, donde campean en armónica unidad la belleza de la forma con lo profundo y acertado de los juicios.

Bien quisiéramos poder estudiar con el detenimiento que requiere discurso tan magistral, prueba clara de que en su autor no se ha extinguido la llama de la fe, porque en sus investigaciones no ha encontrado la contradicción que se supone entre lo que afirman los libros revelados y lo que se desprende del progreso científico.

Trabajos como el del Sr. Castro son ahora más que nunca de gran valor, en esta triste época de duda y descreimiento, cuando se niega todo lo que no cae bajo el dominio de los sentidos y se pretende sustituir al gran Creador del génesis por la impercep-

tible célula ó el rudimentario *Cathybio* de Huxley. ¡Qué ceguedad la de algunos sabios! Porque no comprenden bien la Biblia niegan su origen divino, y porque no hallan en ella explicación clara de todos los fenómenos del mundo físico, la desprecian, olvidándose de que *si la Biblia no contiene toda la verdad, todo lo que dice es verdad.*

No es este momento oportuno de hacer consideraciones. Léase el discurso del Sr. Castro, á quien sinceramente felicitamos, y concluimos—¿de qué mejor manera?—copiando el último párrafo en que el respetable profesor se dirige á la juventud universitaria: «Proclamad en alta voz la religiosidad de la ciencia y su alianza con venerandas tradiciones; conser- vad en lugar sagrado el Arca Santa donde se encierran tan sublimes verdades; y si es que está decretada la submersión general del globo en las cenagosas aguas de un nuevo diluvio de iniquidades y errores, en ella podréis salvaros del cataclismo universal, y trasmitir á generaciones posteriores el inapreciable tesoro de la ciencia cristiana.»

R. A.

* * *

Loise (Ferdinand).—*Una campaña contra el naturalismo.—París.*

La escuela naturalista, aunque disfrute de muchos admiradores, tiene y tendrá siempre enemigos encarnizados. Prescindiendo de la razón que puedan tener unos y otros los partidarios de la antigua ó de la moderna escuela, el hecho es que en literatura, como en política, como en todo aquello que tiene un cierto carácter histórico, la tradición conserva hondas raíces y trae en su ayuda fuerza mayor de la que el entusiasmo de los innovadores supone.

La escuela naturalista ha extremado su verdadero carácter. En vez de pintar al hombre tal como es, prefiere recargar las tintas del cuadro y hacerlo peor de lo que es. Este es su gran pecado. Aquí está el mal, el error que da armas á los contrarios

para sostener brillantemente la lucha.

Mr. Loise es sin duda de los enemigos más temibles. Sus conocimientos literarios, su juicio clarísimo, su ilustración profunda, son condiciones sobradas para justificar nuestro aserto.

El notable estudio literario que á la vista tenemos ha sido publicado en Bélgica en el *Journal des gens de lettres*. Al hacerlo así, Mr. Loise ha obedecido á la indignación producida en él ante el éxito escandaloso obtenido en estos últimos años, por los productos nauseabundos de la literatura llamada naturalista. Verdadero campeón de su escuela, colócase Mr. Loise enfrente de tales principios, y con el valor que infunde á todo hombre el peso de sus convicciones, trata de atajar los progresos del mónstruo, tanto más temible cuanto más consume á las modernas sociedades la insaciable sed de lo nuevo, de lo desconocido, de lo inesperado.

Es un principio de buena lógica, pero que muchas veces se olvida entre los que discuten, el oponer una doctrina á otra doctrina.

Nada más fácil que destruir, nada más llano que hacer que desaparezcan, á los golpes de una piqueta, los más soberbios edificios; pero Mr. Loise no sigue este sistema. Combate el naturalismo, porque profesa otro sistema; contesta á las razones que alega en su favor la nueva literatura, con las que informan la escuela á que pertenece. En su libro empieza por determinar los principios de la escuela que conserva el culto del ideal, única que á su juicio merece el nombre de literaria, y después de esto se dispone á la lucha, y punto por punto condena los procedimientos y los productos del sistema naturalista, entrando más tarde á resolver varios de los problemas que éste ha traído á discusión, tal como el de saber si estamos conformes con la naturaleza al representar al hombre como un sér simpático, y si es verdad que el arte debe permanecer indiferente ante los principios de moral.

Los dos artículos con que termina el libro, tienen por título: el primero, *Un poco de filosofía: del objetivo y del*

subjetivo en la doble esfera del pensamiento y del arte; el segundo, La cuestión de arte.

En ambos trabajos se hacen profundas consideraciones acerca de la multitud de puntos y consideraciones que abrazan. Aquí el autor eleva un tanto el vuelo, y abandonando esas cuestiones palpitantes, cuyo principal interés estriba en la impresión del momento, se remonta á la elevada región de los principios, demostrando clarísimo ingenio y grande y muy exacto conocimiento de las cuestiones de que se ocupa.

El trabajo es de importancia, y puede ser, á no dudarlo, de grande utilidad.

Como anteriormente hemos indicado, el naturalismo, que pudiera responder á una idea profunda, perfectamente conforme con las exigencias y gustos de nuestro tiempo, ha exagerado sus doctrinas. La escuela realista, propiamente tal, es la única que puede admitirse en buena ley. Pinta al hombre como es, con mezcla de vicios y virtudes, no por el gusto de hacer sólo sensibles y hasta simpáticos á los primeros.

Zola, el revolucionario por excelencia entre los modernos escritores, ha incurrido en el mismo defecto en que generalmente caen todos los revolucionarios: en hacer impracticable su doctrina.

Reformadores vendrán que, menos entusiastas, pero más juiciosos que el autor de *Pot-Buile*, restablecerán el orden literario, depurarán el sistema de los errores que hoy contiene, harán más simpática la causa y dejarán las cosas en el justo medio en que vive todo organismo social después que las borrascas han desaparecido.

Cuando así suceda, el libro de Mr. Loise habrá perdido indudablemente una gran parte de su autoridad y de su interés.

*
* *

Gil (D. Constantino).—*Los postergados, manual de ciencias políticas, método fácil y breve para formar Ministros.*—Imprenta de A. Pérez Du-brull.—Madrid.—Precio, 3 pesetas.

El conocido escritor de quien vamos á ocuparnos tiene dadas repetidas pruebas de su ingenio. Nuestros elogios serán, pues, de todo punto desinteresados por lo mismo que no los necesita.

Los postergados, esto es, aquellos hombres que se consideran víctimas de la injusticia social, son los personajes elegidos para su obra. Se trata, por tanto, de una colección de artículos, inspirados en un mismo pensamiento, y que sólo varían en cuanto tratan de tipos y personajes diferentes. Es un estudio del natural hecho con sumo gracejo y no escasa exactitud, por más que á primera vista resultan un tanto fuertes las tintas del cuadro.

España es, en efecto, el país de los postergados, y esto nace precisamente de que aquí todo el mundo se cree con aptitudes para todo. Una infinidad de hombres pasan la vida sin hacer nada, ó poco menos, y sin ceder por esto un punto en sus aspiraciones. Y no se diga que este es achaque de nuestra época, y que allá en tiempos más felices sucedía lo contrario. España es siempre la misma, y como afirmaba el insigne Larra, puede decirse de ella lo que de esas personas que no envejecen nunca: «No pasan los años por V.»

Los postergados que ofrece á nuestra consideración el Sr. Gil son de esos que se creen con derecho á todo, por más que realmente no sirvan para nada. Tipos esencialmente cómicos, que en medio de sus desprecios producen risa á toda persona de juicio, y que por desdicha se encuentran por docenas en todas las calles, cafés y rincones de la villa y corte.

Todos se explican de igual modo, todos emplean un mismo lenguaje. Sírvanos de ejemplo el teniente Zerote, amigo del autor de este libro:

«El ejército está como todo en España, completamente perdido. Los oficiales pundonorosos y valientes están de reemplazo ó retirados; alguno conozco yo que debía ser Capitán general á estas horas, y le tiene V. todavía de alférez y vendiendo su mujer cañamones y alpiste para poder man-

tenerse. Ya no se premian el valor ni el mérito, ni la buena conducta, ni siquiera la inteligencia. Yo, por ejemplo, soy teniente desde el año 44 y me moriré sin ascender á capitán. ¿Le parece á V. que no estoy postergado?»

»Y todo ¿por qué? Por intrigas que me han tenido separado del servicio una porción de años; y no me han dejado lucir mis conocimientos estratégicos, ni mi valor, como podía haberlo hecho. Y sin embargo, si yo le presentase á V. mi hoja de servicios, se quedaba V. bizco. Mire V., no es amor propio, pero dudo que haya otro oficial ni otro jefe en el ejército español que pueda presentar una hoja como la mía.»

¿Y cuáles son las hazañas de un hombre que habla así? preguntará cualquiera que tenga la desdicha de tropezarse con un sujeto de estas condiciones.

Una serie indefinida de torpezas y de necedades, según se deduce de su propio relato. Los detalles búsquense en el ingenioso librito de D. Constantino Gil.

Los tipos que éste describe son los siguientes:

Un empleado.

Un militar.

Un poeta.

Un médico.

Un diplomático.

Un orador.

Un hacendista.

Un marino.

Y un presidente.

El libro merece leerse por el gracejo y exactitud de los cuadros y la excelente forma literaria que avalora sus méritos.

*
* *

Nicolás (Augusto).—*Roma y el Papado, obra precedida de una carta de Su Santidad León XIII.*—Un tomo de 203 páginas.—París.—3 francos 50 céntimos.

Se trata de un escritor ilustre cuya notoriedad no puede ponerse en duda. Este solo título es bastante para dar importancia á la obra, de cuyo pensamiento vamos á dar cuenta á nuestros

lectores, sin hacer por nuestra parte comentarios de ningún género.

El autor sostiene que Roma debe ser del Papa; he aquí el punto sobre que gira todo el interés del libro y á cuyo fin se extiende en largas y profundas consideraciones, que van sucediéndose paulatinamente hasta descender al estudio de la situación de Roma, de su historia y de su carácter en el pasado.

Cuando se trata de autores de grande importancia, como el que nos ocupa, preciso es reconocer que la fe va en ellos unida á la ciencia hasta un punto tal, que sus propios enemigos se ven precisados á reconocerlo así.

Roma se presenta á los ojos de Augusto Nicolás como una preparación providencial, por la que el mundo antiguo llega á la unidad romana, y más tarde al régimen cristiano que debe dominar todas las revoluciones del mundo moderno.

Roma debe ser entregada al Papa, puesto que se le usurpó. No se trata

solamente de una reparacion que es preciso hacer, sino también de una necesidad á la cual no es posible sustraerse.

Cualesquiera que sean los puntos de vista que, tratándose de esta eterna cuestión puedan aceptar nuestros lectores, es de todo punto indudable que el libro de Augusto Nicolás está inspirado en las ideas que informan la escuela filosófica á que pertenece, y en la cual ha sabido colocarse, por sus especiales condiciones, á grande altura.

Hoy que tanto y con tal ardor se proclaman las tesis que como inconcusas verdades defiende la escuela racionalista, justo es tributar algún elogio á los apóstoles de la fe.

El mundo está lleno de sombras por todas partes. Quien sepa disiparlas merecerá ciertamente mayores laureos que aquellos que tan sólo son elocuentes para hacerlas más densas y profundas.

H.

